

Universidad de San Buenaventura Cali

DETERMINISMO PSÍQUICO, RESPONSABILIDAD MORAL Y PSICOANÁLISIS

Determinismo psíquico, responsabilidad moral y psicoanálisis



UNIVERSIDAD DE
SAN BUENAVENTURA
CALI

Determinismo psíquico, responsabilidad moral y psicoanálisis

Marco Alexis Salcedo

2013

Salcedo, Marco Alexis

Determinismo psíquico, responsabilidad moral y psicoanálisis / Marco Alexis Salcedo.
— Cali : Editorial Bonaventuriana, 2013

126 p.

ISBN: 976-958-8785-15-8

1. Psicoanálisis 2. Determinismo (psicología) 3. Pulsión (psicoanálisis) 4. Psicología genética
5. Psicología y psicoanálisis 6. Psicoanálisis y ética 7. Moral 8. Inconsciente (psicoanálisis)
9. Inhibición (psicología) 10. Insciente (psicoanálisis) 11. Fantasía (psicología)
12. Metapsicología 13. Formación profesional de psicólogos I. Freud, Sigmund, 1856-1939
II. Tit.

150.195 (D 23)
S161d

 Editorial Bonaventuriana
© Universidad de San Buenaventura

*Determinismo psíquico,
responsabilidad moral y psicoanálisis*

© Autor: Marco Alexis Salcedo.
Grupo de investigación: Estéticas urbanas y socialidades
Universidad de San Buenaventura Cali
Colombia

© Editorial Bonaventuriana, 2013
Universidad de San Buenaventura
Coordinación Editorial Cali
Calle 117 No. 11A-62
PBX: 57 (1) 520 02 99 - 57 (2) 318 22 00 - 488 22 22
e-mail: editorial.bonaventuriana@usbrecgen.edu.co
<http://editorialbonaventuriana.edu.co>
Colombia, Sur América

Los autores son responsables del contenido de la presente obra. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio, sin permiso escrito de la Editorial Bonaventuriana.

ISBN: 976-958-8785-15-8

Tiraje: 300 ejemplares

Cumplido el depósito legal (Ley 44 de 1993, Decreto 460 de 1995 y Decreto 358 de 2000).

Impreso en Colombia - Printed in Colombia.

2013

Contenido

Introducción	7
CAPÍTULO I	
El determinismo en el psicoanálisis	11
Consideraciones previas sobre el determinismo como concepto	13
El determinismo freudiano	17
CAPÍTULO II	
El determinismo genético.....	21
La herencia en la teoría freudiana.....	23
Las fantasías originarias	29
La pulsión	33
CAPÍTULO III	
El determinismo mecanicista de lo fisiológico	47
Freud y el mecanicismo	49
La teoría freudiana en el periodo pepsicoanalítico (1893-1899)	53
La metapsicología	70
CAPÍTULO IV	
El determinismo del otro.....	83
La vateractiologie	85
Las imposiciones normativas de la sociedad al sujeto	96
CAPÍTULO V	
El determinismo epistémico.....	105
Freud y la <i>ratio</i> cartesiana	107
Lo inconsciente, mucho más que lo reprimido	110
Conclusiones.....	119
Bibliografía	123

Introducción

Imaginemos la siguiente situación:

Un individuo cualquiera y en esa medida representativo de todo ser humano, ha cometido uno de esos viles crímenes que a diario se cometen en la sociedad. El homicidio lo realiza atendiendo a los más simples y bajos intereses personales, aunque para su desdicha, no logra disfrutar de los beneficios de su crimen. Es capturado y con todas las pruebas inculpadoras del caso su condena es irremediable. Su abogado, un profesional que recuerda por sus mañas discursivas a los sofistas, decide organizar la defensa en torno a lo que él considera son las ideas de Freud. Así, aduce lo que sigue:

A mi cliente, hombre caído en desgracia, lo agobia una pena que no inició con la comisión del delito que se le imputa, sino desde mucho tiempo atrás. Sus antepasados, no se sabe obedeciendo a qué tipo de compulsión, se convirtieron cada uno en su momento en reconocidos y peligrosos criminales. Quién sabe por qué el buen Dios quiso que la vena criminal se transmitiera en esta familia, pero así ha sido. Circunstancia que hace inteligible el comportamiento de mi cliente, pues circunscrito a este marco biológico inmodificable, los genes heredados han controlado indirectamente su conducta. Freud ya lo había dicho. Los seres humanos son impulsados a actuar a causa de ciertas mociones que él llamó pulsiones. Ellas, como todo factor genético, en algunas ocasiones toman cuerpo en los individuos con una intensidad por entero excesiva, y el aquí presente es uno de esos desdichados hombres cuya perdición el destino ha decidido. Su vida ha sido un reiterativo y fracasado intento por controlar las pulsionales indomeñables que heredó de sus progenitores. De esta manera antes del crimen había nacido un criminal cuya alma agitada estaba destinada a violentar la ley. Pero ese no fue el único infortunio al que la naturaleza lo sometió. Se le suma la desventura de crecer en un contexto familiar en el que el padre, fiel representante de la tradición familiar, educó al hijo invirtiendo los valores morales habituales: lo bueno era para él lo malo; y a su vez, lo malo era a su parecer lo deseable y lo que se debía seguir. Y lo que es peor aún, un día de esos en los que el destino despiadado busca alguna víctima, mi cliente fue objeto de duras palabras por parte de su madre. Desde ahí quedó claramente traumatizado siéndole imposible olvidar lo enunciado por ella.

El hecho criminal era, entonces, forzoso para este hombre, aunque para sus congéneres y aun para sí mismo su actuar se realizó con plena libertad y conocimiento de causa. Ilusoria es esa sensación de libertad. Eso es lo que Freud llamó determinismo psíquico. Y de tal grado es, que para el caso presente, si hubiéramos conocido con precisión los eventos que a diario iba a enfrentar hubiéramos podido predecir con total certeza como actuaría en cada circunstancia. Hay que admitirlo: el acusado es, para decirlo en una sola palabra, un autómatas sujeto estrictamente al programa que le fue introducido a través de los genes y reforzado por la educación impartida por sus padres. Por consiguiente, ¿qué responsabilidad le cabe por su hacer si él responde tan sólo a las pautas que lo inducen a vivir dominado por las delicias del crimen? Yerra quien opine lo contrario y yerra también quien bajo el desconocimiento de tan desgraciadas circunstancias pretenda condenarlo.

Esta narración ficticia tiene la intención de presentar del modo más condensado una serie de interpretaciones muy comunes de la teoría psicoanalítica de Sigmund Freud. Curiosamente no son las apreciaciones que haría un lector ajeno a los ámbitos analíticos y que de forma casual tomara conocimiento de algunos de sus postulados; es decir, es para muchos una visión “oficial” del escrito freudiano. Se la encuentra enunciada en algunas obras de divulgación psicoanalítica y basa su validez en una afirmación muy conocida de él: “el psicoanálisis se distingue por una creencia particularmente rigurosa en el determinismo de la vida anímica” (Freud, 1990, *Conferencias sobre el psicoanálisis* p. 33).^{*} Este planteamiento dio lugar para que algunos de sus intérpretes llegaran a la conclusión de que de ser verdadera la teoría psicoanalítica del determinismo no sería posible ejercer juicios morales sobre persona alguna ya que nadie sería responsable de su conducta. Desde esta perspectiva, en efecto, el psicoanálisis ha sido reconocido como una teoría que ofrece toda una serie de justificaciones que permiten disculpar a cualquiera por toda acción realizada. Así, por ejemplo, con citas escogidas de Freud se asegura que él, en sus conceptos de “determinismo psíquico”, “pulsión” y “aparato psíquico”, postuló las premisas ineludibles e inexorables que gobiernan la praxis humana. Sitúa la responsabilidad del sujeto y el fundamento de la acción por fuera del individuo, en un ente exterior, en los genes, en los padres o en la sociedad donde nació y creció, por lo cual esta, con toda lógica, desaparece.

^{*} Todas las citas de Freud provienen de la misma fuente. De ahora en adelante se citará solamente el texto puntual del que se sustrae la cita y el número de página. Se dará por sobreentendido que el texto proviene de las *Obras completas* de Sigmund Freud.

Los que adoptan esta perspectiva aseguran que “Freud ha demostrado a tal punto que nuestras reacciones están determinadas inconscientemente, que su trabajo es responsable en gran parte de minar la voluntad y la decisión en toda esta época” (Wallwork, 1994. p.64). Según esta opinión, “el determinismo freudiano haría de cualquier característica de la conducta... algo carente de significado” (Wallwork, 1994. p. 64). En palabras de Estanislao Zuleta (1985), “hay muchos que objetan a Freud como pasadista, como un individuo cuyo pensamiento consiste fundamentalmente en que hace del hombre un esclavo del niño que fue, una marioneta movida por lazos desconocidos que ligaban a los efectos de la infancia, inmodificables porque ya fue” (p. 175).

Pues bien, el trabajo que a continuación se presenta consiste en una amplia reflexión hermenéutica sobre la obra de Sigmund Freud, en la que se revisan uno a uno los argumentos que sustentan la común interpretación de ser esta teoría una doctrina que proclama la no responsabilidad de los sujetos en su hacer, al volver a los seres humanos agentes pasivos de un conjunto de determinismos: el genético, el fisiológico, la influencia del otro y el epistémico. El escrito que a continuación se presenta tiene la intención de evaluar la validez de estas atribuciones y señalar que tales afirmaciones tergiversan las cuidadosas exposiciones que Freud desarrolló en su obra. Para este fin se utilizó la expresión “sujeto moral” para designar con él al sujeto que se aspira reconocer y localizar en la doctrina que Freud formuló.

* La temática aquí planteada fue tratada en extenso en el texto “El determinismo en el psicoanálisis”. Marco Alexis Salcedo. En: *Revista psicología CES*, Medellín, Colombia. Volumen 3 - Número 1, enero-junio 2010.

CAPÍTULO I

El determinismo en el psicoanálisis*

Consideraciones previas sobre el determinismo como concepto

En su acepción más corriente, la palabra determinismo califica ciertas tesis contrarias a la doctrina del libre albedrío, al plantear que la acción de un sujeto humano es inevitable y predecible. Como ejemplo, citemos las siguientes definiciones.

- Determinismo: “Sistema filosófico que subordina las determinaciones de la voluntad humana a la voluntad divina. Sistema que admite la influencia irresistible de los motivos” (Diccionario Enciclopédico Espasa, 1985, Tomo I, p. 535).
- “El determinismo auténtico es en realidad un predeterminismo, o sea, la creencia de que la acción humana encuentra su motivo determinante en el tiempo que la antecede, y de tal manera que no está en poder del hombre en el momento en que se efectúa” (Abbagnano, 1963, p. 312).
- “En una acepción general, el determinismo sostiene que todo lo que ha habido, hay y habrá, y todo lo que ha sucedido, sucede y sucederá, está de antemano fijado, condicionado y establecido” (Ferrater, J., 1988, p. 777).

Las dos formas de determinismo que se han distinguido (causalismo y finalismo o teleologismo) afirman que hay un encadenamiento riguroso de todos los fenómenos, por lo que no puede proclamarse la existencia de alguna forma de libertad en ninguna clase de ser. La forma inicial de determinismo, la teleológica, basaba sus explicaciones en fines o metas que debían necesariamente ser alcanzados por todos los seres en especial el hombre. Así, se veían en todos los movimientos vitales de los seres animados y en las transformaciones del mundo inanimado tendencias guiadas hacia un fin. En los griegos es reconocible la prevalencia de esta forma explicativa característica también de las formulaciones religiosas. Lo llamativo de las tesis teleológicas es que crean entes metafísicos (Dios, los espíritus, la naturaleza) los cuales dan cuenta del origen de los supuestos fines que han orientado el universo entero.

Ahora bien, con la llegada del pensamiento moderno estas teorías fueron cuestionadas. Para explicar los fenómenos de la naturaleza las creencias teleológicas fueron sustituidas por hipótesis basadas en explicaciones del tipo causa eficiente aristotélica. Así, en la actualidad la gran mayoría de las doctrinas deterministas han surgido por extensión de las premisas de la mecánica clásica que establecen ciertas propiedades de los cuerpos y formulan una serie de ecuaciones con el fin

de establecer la dependencia funcional existente de tales propiedades respecto de otras. Esto es lo que encontramos en muchas tesis deterministas modernas, lo que ha llevado a que se identifique determinismo con mecanicismo.

En el caso de la conducta humana, el modelo teleológico fue sustituido por un modelo explicativo basado en la categoría de la voluntad. A partir de la modernidad, los seres humanos son pensados como sujetos cuyo hacer es producto de un debate interior que está más allá de determinantes exteriores al de la propia voluntad, en el cual se sopesan los pro y los contra de las acciones propias y se prevé al máximo el orden de los medios y los fines. Este es un modo de comprensión que impulsó René Descartes (1977), al decir:

No puedo quejarme de que Dios no me haya dado un libre arbitrio, o sea, una voluntad lo bastante amplia y perfecta, pues claramente siento que no está circunscrita por límite alguno... solo la voluntad o libertad de arbitrio siento en mí tan grande que no concibo la idea de ninguna otra que sea mayor... (y) consiste solo en que podemos hacer o no hacer una cosa (esto es: afirmar o negar, pretender algo o evitarlo); o mejor decir, consiste solo en que, al afirmar o negar y al pretender evitar las cosas que el entendimiento nos propone, obramos de manera que no nos sentimos constreñidos por ninguna fuerza exterior. (p. 48).

Además aseguró: “Siempre nos está permitido apartarnos de un bien claramente conocido o admitir una verdad clara” (Descartes, R., p. 428). En otras palabras, “la mayor libertad consiste en una mayor facilidad de determinarse o en uso mayor de aquel poder positivo que tenemos de seguir las cosas peores aunque veamos las mejores” (Descartes, R., p. 429). Esta tesis cartesiana estuvo claramente en contra de la doctrina ordinaria de la ideología de su tiempo y de los siglos anteriores que defendía la voluntad por entero subyugada al entendimiento en consonancia con una de las máximas socráticas que rezaba: “la virtud es conocimiento y el vicio es ignorancia”.

Aunque estas afirmaciones resultan obvias para los occidentales modernos, lo cierto es que han competido largamente con explicaciones científicas mecanicistas o causalistas que promueven la ilusión de que la conducta humana se puede predecir con certeza a partir del conocimiento y análisis de todos los factores que intervienen en su devenir. Lo expresado aquí es lo que John Stuart Mill llamó “la doctrina de la necesidad”, que torna a “las voliciones y las acciones humanas necesarias e inevitables” (1917, p. 839), y que llevan a creer en la confiabilidad de la siguiente conclusión:

...dados los motivos presentes al espíritu del hombre, dados igualmente su carácter y disposición a actuar, la manera cómo obrará, puede ser inferida infaliblemente;

si conociésemos a fondo a la persona, y si supiésemos todas las influencias que se ejercen sobre ella, podríamos predecir su conducta con tanta certidumbre como la que implica la predicción de un fenómeno físico. (Mill, 1917, p. 839).

Según el modelo mecanicista, los humanos son máquinas de reacciones automáticas cuyo *locus* de control se encuentra en el ambiente exterior o en un programa prediseñado por la naturaleza. El mecanicismo configura un individuo al que no le es posible controlar voluntariamente su hacer. Todas sus reacciones ya estarían decididas de antemano sin que tenga la más mínima posibilidad de realizar variación alguna a ese proyecto de vida y sin conocer, la mayoría de las veces, lo que está ejecutando. Una de las consecuencias más trascendentales de esta visión es que convierte al ser humano en un ser no responsable de sus acciones. Si el destino existe o si somos la mera hechura de causalidades ajenas a nosotros mismos, no seríamos responsables de nuestros actos ni nos podrían juzgar o condenar por lo que hiciésemos, ya que obramos (con agrado o sin él) de acuerdo con los designios ineludibles del universo. Solo cuando el hombre sea dueño de su destino, solo cuando se consideren la voluntad y la intención como los resortes fundamentales de la acción de un individuo, permanecerá incólume ese poder de la voluntad que Descartes calificó como infinito, e igual en nosotros que en Dios, porque en contraste con el entendimiento necesariamente limitado en las criaturas, no implica el más o menos. La condición ontológica del libre albedrío depende, pues, de que el hombre tenga la opción de establecer los linderos dentro de los cuales va a discurrir su vida. Por consiguiente, deterministas son las tesis que diluyan la posibilidad de elección del ser humano; esto es, que desconozcan rotundamente el poder de la voluntad para aceptar o rechazar aquello que se le propone.

Ciertamente, el sentido del determinismo que hemos esbozado hasta el momento está especificado de alguna manera como la definición en negativo del libre albedrío, pues se parte de definir lo que es la libertad para afirmar que determinismo es lo que se le opone. Así, si “libre es todo lo que es voluntario” (Descartes, p. 424), determinado está todo aquello no hecho a través de la voluntad.

Ahora bien, existe una definición positiva del concepto de determinismo. Desde la antigua Grecia se ha sostenido un férreo convencimiento del principio universal de la necesidad de causalidad, según el cual el universo se encuentra sometido rigurosamente al imperio de las leyes. De tal modo, la palabra determinismo ha sido adoptada también para designar el reconocimiento de que hay un fundamento explicativo para las cosas que acontecen en el mundo; es decir, “el orden de los fenómenos se encadena sin dejar margen al azar o a la libertad... La concepción determinista no consiste sino en proclamar la vigencia

absoluta de este tipo de legalidad en el orbe total de lo real” (Gran Enciclopedia Larousse, 1971, p. 831). Esta comprensión determinista se relaciona con la posibilidad misma de cognoscibilidad del mundo y con la posibilidad de que pueda fundarse una ciencia que dé cuenta de él. Tal concepción refleja la esencia de lo considerado como racional, ya que se asocia con una de las categorías kantianas, sintéticas a priori de entendimiento. Anularla, refutarla o simplemente cuestionarla, implicaría tener que resignarse a la incognoscibilidad de la realidad.

A cierto nivel, de lo que se trata es de la negación de las causas cuando es planteada la cuestión de la libertad. Es como si se afirmara que los eventos ocurren sin explicación alguna; o sea, que ningún acontecimiento es reductible a una razón suficiente, lo cual solo podría tener sentido en términos irracionalistas. Libertad es, pues, en este contexto acausalismo, indeterminación; al contrario del primer sentido esbozado que la sitúa como autodeterminación. Dicho en otros términos, deterministas son en un primer momento las tesis que refiriéndose siempre al futuro afirman un transcurrir necesario de las cosas. Recuérdese simplemente la imagen del destino: a los individuos ubicados en un presente se les anticipa cuáles van a ser los incidentes posteriores de sus vidas porque se supone el futuro como “ya escrito”. En la segunda acepción, determinismo implica la creencia en un fundamento pasado para las cosas presentes.

Es importante observar que la tesis de la autodeterminación tiene como una de sus máximas el causalismo, entendido como el supuesto de la existencia de fundamentos precedentes a lo actual. En efecto, esta última creencia se encuentra subsumida en el precepto de la autodeterminación y ello de modo tal que no existe manera de refutar la concepción de antecedentes explicativos para los fenómenos actuales sin arruinar toda posibilidad de aceptación de la idea de una voluntad. Sin embargo, suponer un fundamento precedente a lo actual no significa admitir un encadenamiento necesario y predecible para, por ejemplo, el porvenir de las actuaciones. El determinismo del pretérito y la libertad del futuro no son, pues, lógicamente excluyentes. En este sentido no son ininteligibles las doctrinas que consideran válidos a los dos últimos aspectos indicados. Para el caso, basta recordar las palabras de Kant:

...a posteriori tendremos motivos para buscar en la sensibilidad el fundamento de la acción, a saber, el fundamento explicativo (Erklärungsgrund), pero no el fundamento determinante (Bestimmungsgrund) de la misma; a priori, empero, cuando la acción se representa como futura... nos sentiremos indeterminados con respecto a ella y capaces de hacer un primer inicio de la serie de los fenómenos. (Kant, citado por Torrente, 1980, p. 256).

Sin duda, aquí hay asuntos para muchas reflexiones; sin embargo, consideramos que con las indicaciones señaladas nos basta para los fines perseguidos en este proyecto.

El determinismo freudiano

De las dos distinciones trazadas respecto a la palabra determinismo la creencia de un fundamento pasado para las cosas presentes es la que Freud promulgaba cuando reivindicaba al psicoanálisis como una teoría defensora de las tesis deterministas. Dicho de otro modo, lo que Freud denotaba era su convicción de que la psique no podía estar al margen de las exigencias impuestas a la realidad. Los fenómenos mentales debían tener un antecedente explicativo que permitiera dar cuenta de ellos. Esta interpretación es la más plausible para la noción de determinismo en el psicoanálisis y trajo consigo el preciado aporte de hacer de la psique un objeto válido y serio de investigación para la ciencia: “La contribución del psicoanálisis a la ciencia consiste en la extensión de la investigación al terreno psíquico” (Freud, 1990, Vol. XXII, p. 58). Desde este punto de vista, Freud estimó como incongruentes las objeciones de quienes veían, por ejemplo, en los *lapsus linguae* y otros errores fútiles “pequeños accidentes” indignos de interés científico y carentes de sentido: “(quién hace esta crítica) ¿qué quiere decir? ¿Pretende que hay hechos tan pequeños que no entran en la secuencia causal de las cosas, que podían ser diferentes de lo que son? Cualquiera que prescindiera de la explicación de los fenómenos naturales en un solo punto, abandona toda la visión científica del mundo” (Freud, 1990, Vol. XV, p. 110).

Freud estaba interesado por encontrar la causación del síntoma que diera cuenta de todas sus vicisitudes y le permitiera demostrar que “la ocurrencia producida por el preguntado no (era) arbitraria ni indeterminada” (Freud, 1990, Vol. XV, “Conferencias de introducción al psicoanálisis. Premisas y técnica de la interpretación), p. 96). Esta sólida confianza en la existencia de un rígido determinismo dentro de lo anímico, de “un condicionamiento en la vida psíquica” (Freud, 1990, Vol. IX, p. 89), que produjera y explicara los síntomas histéricos fue, a propósito, aquello que le permitió sustituir la técnica de la hipnosis por la de la asociación libre, condicionamiento que demostró en “el olvido temporario de palabras, de nombres conocidos, en los tan frecuentes deslices en el habla, en la lectura, la pérdida de objetos [...] en actos en que la persona se infiere un daño en apariencia casual [...] y tantos otros, para los cuales, hasta entonces ni siquiera se había exigido una explicación psicológica” (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 235). El examen de los anteriores hechos –la mayoría de ellos de poca tras-

endencia en la vida de una persona y que se caracterizan por ser operaciones fallidas— fueron precisamente los que posibilitaron a Freud ratificar la vigencia universal de la *weltanschauung* de la época, la visión científica del mundo en la que se considera que absolutamente todo responde a una razón de ser:

Si una persona se trastraba al hablar, no cabe responsabilizar por ello al azar [...] sino que en todos los casos se puede pesquisar un contenido de representaciones perturbadoras [...] Considere también en las pequeñas acciones casuales de la gente en que no parece guiada por propósito alguno y se les desenmascara como una acción sintomática, que se vincula con un sentido escondido... Ni siquiera es posible que a uno se le ocurra por azar un nombre propio, pues se verificará siempre que su ocurrencia estuvo comandada por un poderoso complejo de representaciones. (Freud, 1990, Vol. IX, p. 88).

La extensión de la *weltanschauung* científica al reino de lo anímico conllevaba para Freud la refutación del azar como la mejor explicación para los fenómenos psíquicos. “El azar es indigno de decidir sobre nuestro destino” (Freud, 1990, Vol. XI, p. 127), aseguró. Y azar, entendido como lo no motivado, fue además lo que aprehendió de las doctrinas promulgadoras de una libre voluntad: “... en las decisiones triviales e indiferentes uno preferiría asegurar que igualmente habría podido obrar de otro modo, que uno ha actuado por una libertad libre, no motivada” (Freud, 1990, Vol. VI, p. 247). Libertad y arbitrariedad psíquica eran, pues, para el fundador del psicoanálisis, esencialmente lo mismo, como se verifica en este otro párrafo:

Cometen un gran error cuando opinan que es arbitrario suponer que la ocurrencia inmediata del soñante por fuerza ofrece lo buscado, o lleva a ello, pues podría ser enteramente caprichosa y descolgada [...] ya en una ocasión anterior me permití reprocharles que existía profundamente arraigada en ustedes una creencia en la libertad y arbitrariedad psíquica, creencia en un todo acientífico, y que debe ceder ante el reclamo de un determinismo que gobierne también la vida anímica. (Freud, 1990, Vol. XV, p. 96).

Al representar de ese modo la libertad supuesta del hombre y al observar la recurrente apelación de sus colegas al azar cuando buscaban designar la etiología de los síntomas, era natural que su fuerte formación académica y científica lo instigaran a promover un rígido determinismo para lo anímico, determinismo propuesto tan solo para señalar el convencimiento de que los fenómenos psíquicos pueden ser esclarecidos. Las siguientes citas demuestran lo anterior: “... así en las dos pacientes que antes cité... se habían instalado unas peculiares, dolorosas sensaciones en los genitales... cuyo determinismo (no estaba) ni en las escenas de la pubertad ni en otras posteriores... ¿qué tal si se dijera que uno

debe buscar el determinismo de estos síntomas en otras vivencias que se remiten a otras?” (Freud, 1990, Vol. III, p. 201). “Los síntomas de la histeria... derivan su determinismo de ciertas vivencias de eficacia traumática que el enfermo ha tenido, como símbolos mnémicos...” (Freud, 1990, Vol. III, p. 193).

En el caso Dora afirmó: “el hecho de que casi de continuo la dominase un sentimiento de ira celosa parecía susceptible todavía de una ulterior *determinación* (determinismo)” (Freud, 1990, Vol. XVII, p. 86). Y continúa: “... es harto frecuente en los historiales clínicos de histéricos que el trauma biográfico para nosotros conocido resulte inservible para explicar la especificidad de los síntomas, para *determinarlos*” (Freud, 1990, Vol. XVII, p. 25).

En la *Indagatoria forense y el psicoanálisis* agrega: “toda una serie de acciones que se consideren inmotivadas están, sin embargo, sujetas a un rígido determinismo” (Freud, 1990, Vol. IX, p. 88). Finalmente en el caso del *Hombre de los lobos* señaló:

En un pasaje anterior manifesté que yo sin duda reconozco en el paciente el afán de degradar el objeto de amor. Ha de reconducírsele a una reacción ante la presión de su hermana superior a él, pero allí prometí mostrar que ese motivo de naturaleza autónoma no ha sido la destinación única, sino que esconde un determinismo más profundo, gobernado por motivos puramente eróticos. (Freud, 1990, Vol. XVII, p. 86).

En todos los casos anteriores la palabra determinación o determinismo puede ser permutado por la de causación o explicación, pues es ese precisamente su sentido. De hecho con esta palabra Freud confeccionó otra para resaltar la adecuada correspondencia que pudiera establecerse entre la supuesta etiología que un científico propusiera para alguna entidad clínica y esa misma enfermedad. A esta correspondencia la llamó “idoneidad determinadora” o “idoneidad (de la etiología supuesta) para el determinismo (de la enfermedad)” (Freud, 1990, Vol. III, p. 194). Nuevamente ahí la significación es de causa.

En conclusión, el determinismo psíquico freudiano debe entenderse ante todo como la tesis que sostiene la existencia de causación en toda forma de fenómeno psíquico, aún en los más ínfimos e insignificantes, ya que la nimiedad del acto psíquico no rompe con el encadenamiento del acaecer de la psique. El análisis realizado por Ernest Wallwork sobre esta misma problemática llega a igual conclusión. “El lenguaje que Freud emplea admite una lectura cuyo sentido indica que los acontecimientos mentales no son del todo arbitrarios y caprichosos, y esto al grado de poder afirmar que dichos acontecimientos están regidos por condiciones antecedentes y por leyes mentales...” (Wallwork, 1994, p. 72).

Agrega finalmente: “cuando Freud escribe que la concatenación universal de los sucesos es un presupuesto esencial del método científico parece haber tenido en mente, por principio, que estos hechos pueden hacerse inteligibles, sin que por ello deba estar determinado por fuerzas y leyes que escapan a la influencia humana” (Wallwork, 1994, p. 72). Por lo tanto, si determinismo se entiende estrictamente hablando como el postulado que hace de la causalidad el principio rector y supremo de todo acontecer, entonces Freud es indudablemente determinista, y un determinista extremo que encontró relaciones en ámbitos en el que supuestamente era acientífico buscarlos. Sin embargo, de ahí no se desprende como consecuencia lógica y necesaria la desaparición del poder de la voluntad. Esta última observación, cabe resaltarlo, tampoco asegura la vigencia de la voluntad y lo que ello implica, pues Freud, al seguir las indicaciones que ofreció la visión de un determinismo de la psique, propone la existencia de procesos inconscientes, que son un serio cuestionamiento de la supremacía de la conciencia, condición que es necesaria para la radical agencia del sujeto y su libre albedrío. “Es preciso ser consciente para elegir y es preciso elegir para ser consciente. Elección y conciencia son una y la misma cosa”, afirmaba Jean Paul Sartre (Bernstein, 1971, p. 150).

De este modo, si la teoría freudiana hace de la conciencia el instrumento mediante el cual el individuo crea la ilusión de autocontrol —el medio a través del que es engañado, pues los verdaderos motores de su acción estarían siempre más allá de los límites de ella— entonces, se estaría aniquilando “la posibilidad permanente de efectuar una ruptura con su propio pasado, desarraigarse de él para considerarlo a la luz de un no ser y de poder así conferirle la significación que él tiene en términos del proyecto de un sentido que no tiene” (Bernstein, 1971, p. 150).

Hasta qué punto el determinismo psíquico freudiano es irreductible a otras formas de causación contrarias al poder de la voluntad, queda todavía por definir.

CAPÍTULO II
El determinismo
genético

La herencia en la teoría freudiana

La preocupación de Freud por el factor hereditario posiblemente se pueda datar desde sus estudios de Medicina y las consecuentes investigaciones que posteriormente emprendió. Pero con seguridad, el reconocimiento pleno de las posibilidades de comprensión que brindaba para las problemáticas nerviosas tuvo su aliciente en los encuentros en la *Salpêtrière* con Charcot. Charcot, hombre de ciencia consagrado, concedió a la herencia una fuerza etiológica determinante para la generación de los síntomas histéricos. Así dijo: "... la histeria tiene solo una causa: el terreno hereditario peculiar, la diatesis que sirve de fondo a sus manifestaciones y es lo único que permite que sobrevenga" (Charcot, citado por Bercherie, 1988, p. 235). Los demás elementos, que reconocía tenían alguna influencia sobre la enfermedad, eran para Charcot simplemente "agentes provocadores de las neurosis" (Charcot, citado por Bercherie, 1988, p. 235), factores accidentales que conllevaban un agotamiento general o que demandaban una exigencia excesiva al sistema nervioso, y producían por ello la eclosión de los síntomas. Bajo claras influencias de las concepciones de Morel, Charcot llegó a caracterizar la problemática de los histéricos como "la locura de los heredo-degenerados", inscritos en una familia neuropática, en la cual coexistían neuropatas, alienados, epilépticos y enfermos mentales. La pérdida del sujeto estaba, pues, irremisiblemente determinada: "la causa principal de la histeria, la herencia... puede ser similar (madre histérica, hija histérica) o actuar por transformación (uno o ambos progenitores o sus ascendientes, han padecido una afección nerviosa distinta de la histeria misma)" (Charcot, citado por Bercherie, 1988, p. 235).

Parece ser que la relevancia que le dio Charcot a la herencia en la histeria tenía su raíz en su reconocimiento de la enorme dificultad de hallar alguna alteración o lesión anatomopatológica en el sistema neurológico de los pacientes histéricos, tal como lo pasmó en una lectura dada a conocer en 1882: "...you are aware, gentlemen, that there still exist at the present time a great number of morbid states, evidently having their seat in the nervous system, which leave in the dead body no material trace that can be discovered (various illnesses, among them hysteria)"* (Levin, 1978, p. 43). Estas enfermedades que estaban para Charcot "deprived

* "Ustedes están conscientes, caballeros, de que en el tiempo presente existe todavía un gran número de estados mórbidos que evidentemente teniendo su asiento en el sistema nervioso, dejan al cuerpo muerto sin evidencia material que pueda ser descubierta (varias enfermedades, entre ellas la histeria)".

of the anatomical substratum” (privado del sustrato anatómico) (Levin, 1978, p. 43), lo condujeron a plantear que la patología de la enfermedad involucraba anomalías neurodinámicas. Esto es, disturbios puramente fisiológicos del sistema nervioso que surgían cuando el paciente, predispuesto hereditariamente a esas anomalías, se enfrentaba a algún hecho en su vida particularmente difícil o traumático. “Charcot thus develops a model for the etiology of hysteria of traumatic origin. In a nervous system conditioned by an hysterical diathesis, nervous shock or fear induces an hypnotic state which renders the victim susceptible to suggestion”* (Levin, 1978, p. 46).

En palabras de Sigmund Freud. “Charcot propuso para la histeria una fórmula simple: la herencia como única causa; de acuerdo con ello, la histeria es una forma de degeneración, un miembro de la “*famillie nueropathique*”; todos los otros factores etiológicos desempeñan el papel de causas de oportunidad, –*agents provocateurs*–” (Freud, 1990, Vol. I, p. 20).

Bajo el fuerte influjo que ejerció su maestro, y dentro de la más pura tradición de la *Salpêtrière*, Freud en los escritos posteriores a su regreso de París muestra su aceptación del punto de vista de Charcot. Así aseveró en el texto *La histeria*:

...la histeria se debe considerar como un status, una diatesis nerviosa... La etiología del status hystericus ha de buscarse por entero en la herencia: los histéricos están siempre dispuestos por herencia a unas perturbaciones de la actividad nerviosa, y entre sus parientes se encuentran epilépticos, enfermos psíquicos, etc... Todos los otros factores ocupan un segundo plano frente a la herencia, y desempeñan el papel de unas causas ocasionales cuyo significado se suele sobrestimar en la práctica. (Freud, 1990, Vol. I, p. 55).

Curiosamente, es también por la influencia de las ideas de Charcot por lo que Freud se ve interesado en la problemática de la hipnosis, fenómeno que posteriormente le brindó pautas para cuestionar la enorme valía que se le daba a la herencia. Aunque su maestro explicaba la hipnosis como un producto de alteraciones neurológicas (*occurs only in people who are neurologically vulnerable to such states, and are therefore vulnerable to the formation of a secondary consciousness*)** (Levin, 1978, p. 98), predispuestas por una tara genética, la experiencia clínica

* “(Charcot entonces desarrollo un modelo para la etiología de la histeria de origen traumático. En un sistema nervioso condicionado por una diatesis histérica, el shock nervioso o el miedo induce un estado hipnótico que hace a la víctima susceptible a la sugestión)”.

** Levin. (Ocurre solo en personas que son neurológicamente vulnerables a tales estados y son por lo tanto vulnerables a la formación de una conciencia secundaria). Pág. 98

con los histéricos que empezó a acumular y las tesis de la escuela de Nancy, lo llevaron después a enfatizar los fenómenos adquiridos. Esto es, el alto poder que tiene la sugestión y las vivencias de orden sexual en las enfermedades psíquicas.

De esta manera, la “*famille neuropathique*”, el grupo de trastornos en el que Charcot incluía todos aquellos trastornos del sistema nervioso que podían tener su causa en la herencia, comenzó a perder credibilidad a los ojos de Freud:

...todas estas elucidaciones etiológicas con respecto a la neurastenia son incompletas en la medida en que no se considera una nocividad sexual que, según mi experiencia, constituye el factor etiológico más importante y el único indispensable... la concepción de la “famille neuropathique” –que por lo demás, incluye casi todo lo que conocemos en materia de enfermedades nerviosas orgánicas y funcionales, sistemáticas y accidentales– difícilmente resiste una crítica seria. (Freud, 1990, Vol. I, p. 176).

A partir de la publicación del texto *Las neuropsicosis de defensa*, se muestra el auge que ha tomado en Freud la interpretación de los síntomas histéricos como originados por un empeño voluntario del individuo que busca desalojar de la conciencia una representación inconciliable con el resto de representaciones, en especial con los contenidos defendidos por la conciencia moral. La adopción de este punto de vista ciertamente implicaba una severa crítica a los planteamientos de Charcot, y así lo manifestó explícitamente en el texto *La herencia y la etiología de las neurosis* (1896):

Me dirijo especialmente a los discípulos de J. M. Charcot para proponerles algunas objeciones a la teoría etiológica de las neurosis que nuestro maestro nos ha transmitido. Conocemos el papel atribuido a la herencia nerviosa en esta teoría... Desde hace mucho tiempo abrigo sospechas en esta materia pero me fue preciso esperar para hallar hechos que las corroboraran en la experiencia cotidiana del médico. (Freud, 1990, Vol. II, p. 143).

Sus objeciones las dirigió sobre todo a uno de los mejores alumnos de Charcot, Pierre Janet, el cual se había convertido en uno de los mayores exponentes de las ideas de la *Salpêtrière*. Por eso, dirigir objeciones directas hacia Janet era quizá la mejor forma de poner en cuestión las tesis hereditarias:

Según la doctrina de Janet la escisión de conciencia es un rasgo primario de la alteración histérica. Tiene por base una endebles innata de la actitud para la síntesis psíquica, un estrechamiento del campo de la conciencia... En oposición al punto de vista de Janet... se sitúa el sustentado por Breuer en nuestra Comunicación. Según Breuer, base y condición de la histeria es el advenimiento de unos estados

de conciencia peculiarmente oníricos, denominados estados hipnoides, La escisión de la conciencia, es pues, secundaria, adquirida. (Freud, 1990, Vol. III, p. 48).

La teoría de la formación de los síntomas construida por Breuer y Freud y publicada en la *Comunicación preliminar* sostenía que la histeria era producida por fallas del paciente para responder adecuadamente a un hecho particular, de difícil trámite, no por las características peculiares del suceso, sino por la naturaleza del estado psíquico del paciente en el momento de su ocurrencia. Sin embargo, el énfasis puesto por Breuer sobre los estados hipnoides en la histeria y el lugar secundario al que relegó el concepto de defensa, no se constituyeron desde luego en el punto de vista defendido por Freud. La experiencia clínica lo había llevado a desarrollar la teoría de la defensa y a concederle un significado crítico a la vida sexual de sus pacientes en la patogénesis de la histeria.

Hacia 1896 su hipótesis desarrollada en torno a la cuestión etiológica de la histeria había quedado especificada de este modo: "... los síntomas de la histeria solo se vuelven inteligibles reconduciéndolos a unas vivencias de eficacia traumática; esos traumas psíquicos se refieren a la vida sexual... Es preciso que estos traumas sexuales correspondan a la niñez temprana, y su contenido tiene que consistir en una efectiva irritación de los genitales". (Freud, 1990, Vol. III, p. 164).

El camino teórico recorrido por Freud hasta ese momento, a pesar de que lo conducía a prestarle mayor atención al tipo de experiencias que en la vida los individuos sufrían, no lo llevó a negar del todo la posible influencia de la herencia en las neurosis. La herencia seguía siendo un factor de primera importancia en sus formulaciones, pero definida desde 1895 como un elemento incapaz de producir por sí mismo la enfermedad, aunque sin el cual las otras causas no tenían efecto patológico alguno:

Si yo indago en mis experiencias, no descubro para las neurosis de angustia un comportamiento opuesto entre predisposición hereditaria y factor sexual específico. Por el contrario. Ambos factores etiológicos se prestan recíproco apoyo y se complementan entre sí. Las más de las veces, el factor sexual solo es eficiente en aquellas personas que traen congénito un lastre hereditario; la herencia sola casi nunca es capaz de producir una neurosis de angustia, sino que espera hasta que se verifique una medida suficiente del influjo nocivo sexual específico. (Freud, 1990, Vol. III, p. 177).

Líneas más abajo, ejemplifica lo anterior a través de una analogía:

El alcance a que las neurosis pueden llegar depende en primera instancia del lastre hereditario. La herencia opera como un multiplicador interpolado en el circuito de la corriente, que incrementa en el múltiplo de la desviación de la aguja [...] La forma que cobra la neurosis –el sentido hacia el cual se orienta la aguja– la determina con exclusividad el factor etiológico específico que proviene de la vida sexual. (Freud, 1990, Vol. III, p. 138).

En el *Manuscrito K*, vuelve a ratificar este mismo punto de vista... “La herencia es una condición adicional que facilita y acrecienta el afecto patológico; es por tanto aquella condición que posibilita sobre todo las graduaciones de lo normal hasta los extremos” (Freud, 1990, Vol. I, p. 26) [...] e igualmente, en el texto *La herencia y la etiología de las neurosis*:

En la patogénesis de las grandes neurosis la herencia cumple el papel de una condición poderosa en todos los casos y aún indispensable en la mayoría de ellos. Es cierto que no podría prescindir de la colaboración de las causas específicas, pero la importancia de la disposición hereditaria es demostrada por el hecho de que las mismas causas específicas no producirían ningún efecto patológico manifiesto si actuaran sobre un individuo sano, mientras que en una persona predispuesta su acción hará estallar la neurosis, cuyo desarrollo e intensidad serán conformes al grado de esta condición hereditaria. (Freud, 1990, Vol. III, p. 147).

La adopción de este planteamiento por parte de Freud tuvo como puntos intermedios observaciones previas en las cuales confluyeron las tesis nuevas que se abrían paso y las tesis antiguas. Es decir, Freud previamente argüía que dentro de los casos clínicos de histeria algunos se producían a causa de una tara hereditaria y otros a raíz de eventos sexuales de tipo traumático. “Toda histeria que no sea hereditaria es una histeria traumática” afirmó en el *Manuscrito B*. (Freud, 1990, Vol. I, p. 218).

En la carta 18 del 21 de mayo de 1894, igualmente había puntualizado:

En todos los casos debe haber una excitación sexual que ingrese en esas transposiciones, pero el envión hacia ello no se sitúa en todos los casos dentro de lo sexual; es decir, en todos los casos en que las neurosis son adquiridas, lo son por perturbaciones de la vida sexual, pero hay gente con una conducta hereditariamente perturbada de los afectos sexuales, que desarrollan las formas correspondientes de las neurosis hereditarias. (Freud, 1990, Vol. I, p. 227).

Siguiendo tales consideraciones, planteó casos cuya etiología atribuyó a una tara hereditaria...: “Si uno intenta interpretar el caso K, una cosa se impone. El hombre es un predispuesto hereditario; su padre tiene una melancolía de

angustia, su hermana una neurosis de angustia típica [...] esto da qué pensar sobre la herencia” (Freud, 1990, Vol. I, p. 236).

Y casos cuyo factor fundamental lo centraba en las prácticas sexuales de sus pacientes:

Ayer vi cuatro nuevos casos cuya etiología de acuerdo con las relaciones de tiempo, solo podía ser el coitus interruptus. Acaso te divierta que los caracterice brevemente: señora de 24 años [...] con insomnio, marido viajante [...] en el verano, durante el viaje del marido completo bienestar, coitus interruptus y gran angustia a la concepción. (Freud, 1990, Vol. I, p. 223).

Aunque Freud en los años subsiguientes a 1893 hará de las vivencias sexuales el agente capital en la patogénesis de las neurosis, es de anotar que hacia 1897 empiezan a germinar en él fuertes dudas sobre la teoría etiológica traumática. En la renombrada carta 69, fechada en Viena el 21 de septiembre de 1897, le confía a su amigo Fliess el gran secreto que se le había revelado e impuesto: “ya no creo más en mi neurótica” (Freud, 1990, Vol. I, p. 301). La pertinencia que hay en este particular hecho es que conllevó a que volviera a tomar fuerza, momentáneamente, a sus ojos, la interpretación de Charcot sobre las neurosis: “parece de nuevo discutible que solo vivencias posteriores den el envión a fantasías que se remontan a la infancia; con ello el factor de una predisposición hereditaria recobra una jurisdicción de la que yo me había propuesto desalojarla, en el interés del total esclarecimiento de las neurosis” (Freud, 1990, Vol. I, p. 302).

La teoría de las neurosis diseñada por Freud, que demandaba, las más de las veces, la presencia de un padre perverso y en la que resultaba inexplicable la amplísima frecuencia de la histeria, la imposibilidad de abrir paso al recuerdo inconsciente en las psicosis, y los ininteligibles fracasos y éxitos en las terapias realizadas, fueron entre otros el conjunto de motivos que condujeron a las incertidumbres sobre sus hipótesis.

Esta crisis en sus formulaciones, empero, estuvo lejos de llevarlo a una cabal renuncia de la teoría traumática en los meses siguientes a la redacción de la carta 69, y con ello, a un rechazo de la influencia de los factores vivenciales en la patogénesis de las neurosis. Como lo señala James Strachey, la carta 75 del 14 de noviembre de 1897, así como la carta 84 del 10 de marzo de 1898 y el texto *La sexualidad en la etiología de las neurosis* (1898) señalan su persistente empeño y confianza en las teorías sexuales en busca de la inteligencia de las neurosis.

Solo el hallazgo de índole dinámica de las mociones pulsionales sexuales presentes en la infancia, y la comprobación plena de que las fantasías pueden obrar

con toda la fuerza de las vivencias reales, lograron disipar, según Strachey, las dudas de Freud sobre su “neurótica”. Aunque, claro está, con significativos cambios en sus teorizaciones.

Las fantasías originarias

En muchas de las cartas escritas a Fliess durante la primavera de 1897, Freud introdujo el concepto de fantasía dentro de su teoría de las neurosis.

Él había observado que, dentro del análisis de sus pacientes neuróticos, emergían con frecuencia fantasías, las cuales en un principio juzgó tenían el propósito de bloquear el recuerdo de las experiencias sexuales adolecidas en la infancia. A pesar de este intento de Freud de armonizar el concepto de fantasía con la teoría de la seducción, era claro que se constituían directamente en un desafío a la teoría de los traumas sexuales infantiles. Ante todo, porque no le permitían discernir si el material reprimido, surgido en la terapia, era una fantasía o un recuerdo. Es decir, si eran reales las historias de seducción reportadas por sus pacientes o meras invenciones. Fue el inicio de su autoanálisis el que lo instigó a dirimir a favor de la fantasía, y consecuentemente a abandonar definitivamente la teoría de la seducción.

Esta renuncia la hizo Freud gracias a las conversaciones con su madre, quien le ayudó a volver inteligible el material reprimido revelado por su autoanálisis. Tal como lo indica en una de las cartas enviadas a Fliess:

Mi autoanálisis es de hecho lo esencial que ahora tengo, y promete volverse de supremo valor para mí cuando llegue a su término [...] Y tanto más valioso es el todo para mis propósitos cuanto que he podido hallar algunos asideros reales de la historia [...] pregunté a mi madre si guardaba recuerdo de la niñera “naturalmente”, dijo, “una persona anciana, muy inteligente, que te llevó por todas las iglesias... cuando yo estaba de parto por Anna (dos años y medio menor que yo), se averiguó que ella era una ladrona, y se le encontraron todos los kreuzer nuevitos, los céntimos y juguetes que se te habían obsequiado. Tu propio hermano Philipp fue por el policía, a ella la castigaron con diez meses de arresto”. Y mira tú que esto corrobora las conclusiones de mi interpretación de sueños [...]. Desde entonces he llegado mucho más lejos. (Freud, 1990, Vol. I, p. 307).

El punto a donde lo habían llevado las indagaciones fue por cierto de notable trascendencia. El cautivador poder ocultado en la tragedia de Edipo Rey se le hizo comprensible

Un solo pensamiento de validez universal me ha sido dado, también en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana [...] Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de represión que divorcia a su estado infantil de su estado actual. (Freud, 1990, Vol. XVI, p. 336).

Con el descubrimiento del gran poder patógeno de las fantasías, y con la revelación de lo esencial que son ellas para la inteligencia de los síntomas neuróticos, Freud logra comprender que “en el mundo de las neurosis, la realidad psíquica es la decisiva” (Freud, 1990, Vol. XVI, p. 336). Es decir que poco importa para el desarrollo de una neurosis el que se hubiera vivenciado en la realidad el contenido de una fantasía, pues sin duda “también ellas poseen una suerte de realidad”. (Freud, 1990, Vol. VII, Nota 28, p. 206).

De tal manera, Freud declara que las fantasías gozan de un fundamental papel en la génesis de los diversos síntomas, ante todo porque se constituyen en los estadios previos de éstos, vale decir, “establece las formas en que los componentes libidinales reprimidos hallan su ratificación” (Freud, 1990, Vol. V, p. 542).

De igual modo, a su parecer, los sueños no son otra cosa que reanimaciones de algunas fantasías a consecuencias de un estímulo diurno que quedó pendiente de la vigilia y “en el que se revelan de modo preferente la herencia arcaica del hombre” (Freud, 1990, Vol. V, p. 542).

Estas series de planteamientos y descubrimientos alimentaron el creciente interés freudiano por la actividad fantaseadora y sus productos. De la prolífica cantidad de fantasías suscitadas en el análisis, fueron particularmente tres las que llamaron más su atención, singularizadas a raíz de su “universalidad y su considerable independencia de lo vivenciado por el individuo” (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 39).

Ellas eran: la observación del comercio sexual entre los padres (conocida también como escena primordial), la seducción por una persona adulta y la amenaza de la castración.

A estas modalidades típicas de guiones fantaseados, Freud las nombró como “fantasías originarias”, las cuales consideró como organizadoras de la vida de la fantasía, cualesquiera hubieran sido las experiencias personales de los individuos.

Lo que resultaba crucial en las fantasías originarias era, entonces, su universalidad; esto es, que se encontraban de un modo general en los seres humanos,

sin que se pudiera comprender tal hecho remitiéndose a eventuales escenas vividas por cada uno de los hombres.

La única explicación plausible al respecto era, a su modo de ver, que las fantasías originarias fueran esquemas inconscientes que trascendieran lo individual y se transmitieran hereditariamente. Para Freud estas formaciones fantaseadas fueron realidad en los tiempos originarios de la familia, incluidas en el patrimonio genético por haberse constituido en un suceso de enorme importancia:

Las vivencias del yo parecen al comienzo perderse para la herencia; si se repiten con la suficiente frecuencia e intensidad en muchos individuos que siguen unos a otros generacionalmente, se trasponen, por así decir, en vivencias del ello, cuyas impresiones son conservadas por herencia [...] Cuando el yo extrae del ello la fuerza para su superyó, quizá no haga sino sacar de nuevo a la luz figuras, plasmaciones yoicas más antiguas. (Freud, 1990, Vol. XVII, p. 89).

Ellas se reviven en cada individuo; son en síntesis una repetición abreviada de la infancia filogenética del ser humano. Muestras de la influencia de tales vivencias prehistóricas en el individuo, Freud las da en sus casos clínicos. Un ejemplo paradigmático es el estudio del *Hombre de los Lobos*, en el cual afirma:

El varoncito tiene que cumplir aquí un esquema filogenético y lo lleva a cabo aunque sus vivencias personales no armonicen con él [...] El padre había devenido para él aquella persona terrible de quien amenaza la castración. El Dios cruel con quien luchaba entonces, que dejó a los hombres volverse culpables, para luego castigarlos [...] En definitiva pasó a ser el padre a pesar de todo, aquel de quien temía la castración. En este punto la herencia prevaleció. (Freud, 1990, Vol. XVII, p. 89).

Estos casos y otros le permiten concluir: “no me asombra que conservándose idénticas condiciones, las producciones filogenéticas hagan resaltar por vía orgánica lo que otrora adquirieron en la prehistoria y han heredado como predisposición a readquirirlo” (Freud, 1990, Vol. XVII, Nota 2, p. 96).

Ahora bien, cabría preguntarse, al conceptualizarse las fantasías originarias como componentes primordiales de la trama edípica, trama que consideró Freud el núcleo etiológico fundamental de las neurosis, ¿sería, entonces, válido suponer que las teorizaciones freudianas vuelven invariablemente lo filogenético el factor que da cuenta de todas las producciones sintomáticas del individuo?

Pues bien, aún cuando son las fantasías originarias los únicos elementos congénitos presupuestos al hombre, por parte de la teoría psicoanalítica, homologables a los contenidos instintuales de los animales, es manifiesto que Freud nunca

les concedió a estas formaciones inconscientes un poder tal que determinarán a plenitud e inevitablemente la vida del ser humano.

Freud es insistente en señalar un recíproco complemento entre los dos factores etiológicos por él esbozados:

Nos negamos a estatuir una oposición de principios entre las dos series de factores etiológicos (los factores accidentales y los constitucionales): más bien suponemos una regular acción conjugada de ambas para producir el efecto observado. (Disposición y azar) determinan el destino de un ser humano; rara vez, quizá nunca, lo hace uno solo de esos poderes. (Freud, 1990, Vol. 16, p. 330).*

El mismo asunto lo reitera de un modo un poco distinto en la conferencia 23 de las *Lecciones introductorias al psicoanálisis*. En virtud de la capacidad pedagógica e ilustrativa de los esquemas, figura la ecuación etiológica de las neurosis mediante un árbol genealógico, en el que expone que son la suma de la predisposición por fijación libidinal, junto con el vivenciar accidental, traumático del adulto, los elementos que instauran una neurosis.

Aún más, en el caso de *El hombre de los lobos*, a pesar de haber indicado que en el joven ruso tuvo gran influencia la veta de lo filogenético, igualmente declaró que el factor hereditario guardaba un efecto incidental. Dicho en otros términos, el influjo de las vivencias prehistóricas radicaba en que se ofrecían como recurso interpretador de las experiencias del niño, cuando estas últimas no otorgaban elementos para el esclarecimiento de las situaciones angustiantes que vivía el infante: “Solo en la historia primordial de las neurosis vemos que el niño echa mano de esa vivencia filogenética, toda vez que su propio vivenciar no basta. Llena las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica, pone la experiencia de los ancestros en el lugar de la propia” (Freud, 1990, Vol. XVII, p. 89). Y agrega: “considero metodológicamente incorrecto una explicación que parta de la filogénesis, antes de haber agotado las posibilidades de la ontogénesis. Las producciones filogenéticas requieren de un esclarecimiento que en toda una serie de casos pueden procurárseles desde la infancia individual” (Freud, 1990, Vol. XVII, p. 89).

En esta misma línea de pensamiento, Laplanche y Pontalis afirman:

* En la predisposición por fijación libidinal confluye el vivenciar prehistórico con el vivenciar infantil.

Son prevalecientes y acertadas las interpretaciones hechas al texto freudiano que designan un papel complementario y hasta secundario, a los esquemas inconscientes hereditarios llamados fantasías originarias. Las reservas que suscita la teoría de una transmisión genética hereditaria no deben hacernos considerar igualmente caducada la idea de que existen, en la vida de la fantasía estructuras irreductibles a las contingencias de lo vivido individual. (Laplanche y Pontalis, 1981, p. 145).

O mejor aún, en palabras del propio Freud: “Se ha ido demasiado lejos en la reconducción de los destinos patológicos del individuo a las vivencias de sus antepasados, olvidando que entre la concepción y la madurez vital se extiende un largo y sustantivo trecho, la infancia, en que pueden adquirirse los gérmenes de una posterior afección” (Freud, 1990, Vol. IV, p. 272).

La herencia, “cómodo expediente verbal usado en demasía contra los pobres enfermos a quienes los médicos son impotentes de socorrer” (Freud, 1990, Vol. IV, p. 272), sin lugar a dudas, tenía que convertirse en un registro condenado a ser abandonado por Freud ya que volvía improcedente cualquier propuesta terapéutica para los “neurópatas”. Estos hombres, sentenciados por la mayoría de los clínicos del siglo XIX a vivir eternamente con las penurias de su enfermedad, vuelven a adquirir esperanzas para su cura con el cambio de la perspectiva que Sigmund Freud impulsó.

La pulsión

Algunas traducciones de las obras completas de Freud se han caracterizado por la presencia de ciertos equívocos que conllevaron no pocas consecuencias a nivel interpretativo. Una de estas confusiones está dada en la homologación sistemática que hicieron varios traductores entre las palabras alemanas *trieb* e *instinkt*. Las palabras empleadas por Freud en el empeño por establecer una distinción básica, propician una comprensión diferente del texto freudiano cuando estas son registradas.

La pulsión, que en lengua germánica es *trieb*, se distingue de su homóloga *instinkt* en que esta última era utilizada por el fundador del psicoanálisis “para calificar un comportamiento animal fijado por la herencia, característico de la especie, preformado en su desenvolvimiento y adaptado a su objeto” (Laplanche y Pontalis, 1981, p. 324). Por el contrario, la pulsión impele al sujeto a efectuar ciertos actos susceptibles de producir una descarga de excitación y muestra no solo que el objeto sexual es para el hombre variable, contingente y elegido en su forma definitiva gracias a las viscosidades de la historia del sujeto, sino también

que los fines de las pulsiones sexuales son múltiples, parciales e íntimamente dependientes de las fuentes somáticas. Estas últimas son igualmente variables “y susceptibles de adquirir y mantener para el sujeto una función prevalente, de tal forma que no se subordinan a la zona genital” (Laplanche y Pontalis, 1981, p. 325)

La confusión se propicia al desconocer la diferencia conceptual que hay entre los dos términos y radica en que permite la reconducción de la teoría de la pulsión a parámetros biologists similares a los que cubren la noción del instinto.

Es sorprendente observar cuán difundida está la idea que afirma que el aporte fundamental efectuado por Freud se resume en haber confirmado la existencia de una “bestia” que habita escondida en el interior de nuestra alma y que espera la menor oportunidad para salir. La base de tal consideración es precisamente la doctrina de la pulsión, la cual se interpreta como una teorización respecto a los restos atávicos no superados en la que se prescinde de todo planteamiento psicológico y en esa misma medida de toda apreciación que conciba el factor cultural como determinante en las explicaciones de los actos desmesurados del hombre. Las pautas explicativas que brinda tal interpretación para comprender, por ejemplo, por qué en ciertos individuos impera una gran agresividad, fácilmente se dejan entrever: esas personas, cual animales, actúan coaccionados por disposiciones instintivas congénitas particularmente incrementadas y por ello imposibles de resistir. Según este razonamiento, no hay mediación cultural alguna. De hecho, si se concibe de ese modo la doctrina de la pulsión se puede afirmar que resulta innecesario interesarse por el influjo social para hacer inteligibles fenómenos comportamentales particulares. Sin embargo, no resulta fácil disuadir al defensor de esa interpretación pues no es suficiente con remitirlo al distingo que se sostiene entre pulsión e instinto.

En pro de la aclaración de esta temática se hace imprescindible, entonces, establecer si las conceptualizaciones que Freud realizó sobre la pulsión propugnan ineludiblemente la exclusión de los factores psicológicos, y en ese sentido, proclaman una pobre injerencia del orden cultural en las manifestaciones comportamentales del ser humano en contraste con las que pudiera ejercer elevados empujes pulsionales congénitamente dados. Esta es la tarea que a continuación vamos a emprender. Pero antes es preciso hacer una anotación.

El término pulsión es sin lugar a dudas, uno de los conceptos centrales de la teoría psicoanalítica. No hay un texto publicado por Freud después de 1905 que no aluda a este vocablo. La palabra aparece inscrita en innumerables contextos en los cuales se aborda toda clase de interrogantes promovidos por el trabajo clínico.

“Un concepto básico convencional de esa índole por ahora bastante oscuro, pero del cual en psicología no podemos prescindir, es el de pulsión” (Freud, 1990, p. 113). son las líneas introductorias del artículo *Pulsiones y destinos de la pulsión*, en el que el propio Freud reconoce la trascendencia del término. En los años ulteriores es aun más enfático en destacar su valor al aludir a las pulsiones como “el elemento más importante y oscuro de la investigación psicológica” (Freud, 1990, p. 34) Y en una nota agregada en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* (1924) reitera: “La doctrina de las pulsiones es la pieza más importante pero también la más inconclusa de la teoría psicoanalítica” (Freud, 1990, Nota 50, p. 153). En vista de la importancia del término y de su asociación con otros conceptos fundamentales, es lógico que cualquier intento de exposición sobre la pulsión requiera abordar casi toda la estructura conceptual del psicoanálisis. Si cediéramos a esa exigencia habría que modificar el asunto general que nos concierne en este proyecto al no lograr un análisis pormenorizado de la teoría de la pulsión en Freud. Por lo tanto, en un intento por delimitar del mayor modo posible la tarea acometeremos superficialmente problemáticas asociadas al vocablo tales como las referidas a las pulsiones parciales, sus divisiones, los diferentes dualismos pulsionales propuestos por Freud, las razones que lo indujeron a hacer cambios, etc.

El período comprendido entre las primeras publicaciones psicoanalíticas y los *Tres ensayos sobre la teoría sexual*, fue sin lugar a dudas el período fértil en el cual germinaron los principales conceptos freudianos entre ellos el de pulsión. Antes de 1905 esa palabra se hallaba aisladamente en algunos escritos; sin embargo, como bien lo señala Strachey, su significado esencial se plasmaba bajo otros nombres como “excitaciones”, “representaciones afectivas”, “mociones de deseo”, “estímulos endógenos”, etc.

El vocablo viene a cobrar importancia a partir de los *Tres ensayos*, en los cuales Freud hace de la pulsión el eje explicativo de su teoría sexual. El concepto, pues, desde sus inicios se inscribió en los contextos que traían a discusión las teorizaciones sobre la sexualidad infantil. Es importante observar que la construcción del término tuvo su antecedente en el descubrimiento del gran valor patógeno que poseía la fantasía. Fue precisamente el requerimiento de dar cuenta del origen de esa alta capacidad de influencia de la fantasía el hecho que favoreció que en los años ulteriores se convirtiera la pulsión sexual en una de las claves teóricas elucidatorias de la patogénesis de las neurosis. En efecto, la sexualidad infantil se le hizo innegable a Freud cuando concibió que la única explicación plausible para hacer inteligible las escenificaciones fantasiosas evocadas por sus pacientes era aceptando que durante la infancia operaban ciertos impulsos

de carácter sexual. Así pues, la teoría sobre la importancia etiológica del factor sexual se complementó con la formación del concepto de la pulsión, de suerte que las imputaciones hechas a la sexualidad ahora se organizaron bajo parámetros que ofrecía la concepción de la pulsión sexual.

Ahora bien, hay que preguntarnos ¿por qué la sexualidad fue objeto de tales atribuciones? ¿Acaso para Freud las pulsiones sexuales *per se* tenían la propiedad de producir toda clase de trastornos y perturbaciones en la vida psíquica del hombre? Y las otras pulsiones, ¿acaso podrían recrear iguales escenarios de conflicto?

Como es conocido, Freud había considerado inicialmente que la emergencia de los síntomas neuróticos acaecía cuando estaban presentes ciertas anomalías en la vida sexual actual del paciente, o cuando eran reactivados ciertos recuerdos que rememoraban hechos traumáticos sexuales infligidos por sus padres o parientes. Con el hallazgo de los deseos incestuosos que en su persona habitaban, esto es, de enamoramiento hacia su madre y celos hacia su padre, Freud logró concluir que detrás de las situaciones de seducción narradas por sus pacientes se escondían excitaciones sexuales que satisfacían impulsos propios del sujeto. Aunque de acuerdo con Kenneth Levin, es impreciso hacer coincidir el desarrollo de la teoría de la sexualidad infantil con el momento de rechazo de la teoría de la seducción. Pues Freud seguía sosteniendo que eran los eventos inusuales de la niñez, que involucraban a los padres de los niños, quienes provocaban un incremento patológico de los recién descubiertos impulsos edípicos universales.* Aun así, es claro que el reconocimiento de las historias de seducción como fantasías se constituyeron en el mejor aliciente para ocuparse más de las manifestaciones de la vida sexual de los niños. “Detrás de las fantasías, al amplio rango de la vida sexual de la niñez vino la luz”, aseguró en su nota biográfica de la *Historia del movimiento psicoanalítico*.

Con el énfasis puesto sobre los impulsos, los planteamientos respecto a la fantasía se volvieron más complejos al pasar de ser señaladas como un mero instrumento útil en la recuperación de los recuerdos de infancia, a ser además definidos

* Sigmund Freud still believed that Oedipal impulses are abnormally intense in children destined to develop serious neuroses and that these excessively intense impulses must be triggered by unusual childhood events involving the children's parents. (Sigmund Freud todavía creía que los impulsos edípicos eran anormalmente intensos en los niños destinados a desarrollar serias neurosis y que estos impulsos excesivamente intensos debían ser gatillados por eventos inusuales de la niñez que involucran a los padres de los niños). Op. Cit. Levin.

como un recurso efectivo para la satisfacción de esos impulsos o deseos sexuales. En estas nuevas explicaciones que emergieron para las psiconeurosis tras la caída de la teoría de la seducción, se persistió con la tesis de unas variantes particularmente intensas de esos normales impulsos sexuales infantiles, que se constituían en el principal agente etiológico de las neurosis. Este fue el modelo utilizado por Freud, por ejemplo, para su explicación de los síntomas histéricos de la paciente Dora. Así dijo:

...esta temprana inclinación de la hija por el padre y el hijo por la madre, de las que probablemente se halle una nítida huella en la mayoría de los seres humanos, no puede menos que suponerse más intensa, ya desde el comienzo en el caso de niños constitucionalmente destinados a las neurosis, de maduración precoz y hambrientos de amor. (Freud, 1990, Vol. VII, p. 50).

De tal forma, las fantasías, corolarios de esos impulsos exacerbados, eran víctimas de los destinos represivos por esa estrecha relación que sostenían con las excitaciones sexuales. La represión ya no es entonces una operación implementada con el fin de olvidar traumas reales del pasado. Ella sobreviene ahora como un intento de desalojar de la conciencia una representación denunciante de cierta actividad o deseo sexual incrementado. Es decir, tenía el propósito de cubrir la actividad autoerótica de los primeros años de la niñez.

Sin embargo, es de precisar que el carácter conflictivo de la pulsión sexual en dichas teorizaciones no radicaba *per se* en el aumento inusitado que se le atribuía. El desasosiego del sujeto se daba por los fenómenos concomitantes que ocurrían si dichas mociones pulsionales eran satisfechas. En las buenas palabras de Levin, “*the compromise between repressed ideas and a repressing ego is now seen as a compromise between a sexual impulse and one’s misgiving and feelings of guilt concerning that impulse*”* (Levin, 1978, p. 204).

Desde el momento que Freud postuló la teoría de la defensa en la década final del siglo XIX había sostenido la idea de que esta se sostenía ante el surgimiento de afectos displacenteros tales como la vergüenza, el reproche, el dolor psíquico y demás. En efecto, en 1896 señaló: “El afán defensivo del yo depende de toda la formación moral e intelectual del sujeto” (Freud, 1990, Vol. III, p. 209). Y lo volvió a reafirmar en el caso Dora, en el que aseveró que los reclamos de amor

* “El compromiso entre las ideas reprimidas y un yo represor es ahora visto como un compromiso entre un impulso sexual y los temores y sentimientos de culpa de alguien por ese impulso”.

en la edad madura dan para dos conductas distintas: “o bien la plena entrega a la sexualidad sin resistencia alguna y lindante con lo perverso, o bien por reacción, su desautorización y la contracción de una neurosis. La constitución de nuestra paciente y el nivel de su educación intelectual y moral habían dado el envión para esto último” (Freud, 1990, Vol. VII, p. 77).

El conflicto psíquico así establecido, ante todo, parece definirse como la pugna entre dos instancias distintas: una represora, el yo, defensor de las aspiraciones éticas y estéticas de la sociedad, y la otra reprimida, la sexualidad, promotora de representaciones incompatibles con las reglas morales. Esto lo aseveraba Freud en un contexto teórico en el que solo contaba con la pulsión sexual. Más adelante en sus escritos empieza a señalar la presencia supuesta de mociones de naturaleza distinta a la sexual, íntimamente relacionadas con el yo, consiguiendo con ello un soporte pulsional para la instancia represora. Así, bajo estas nuevas directrices, intenta explicar el conflicto psíquico afirmando que el yo encuentra en la pulsión de autoconservación la mayor parte de la energía necesaria para la defensa contra la sexualidad. Es la lucha entre dos pulsiones lo que Freud desarrolla aquí, haciendo coincidir la instancia defensiva con un determinado tipo de pulsión:

...el pensamiento psicoanalítico debe admitir que (algunas) representaciones han entrado en oposición con otras, más fuertes que aquellas; para designarlas utilizamos el concepto global de Yo (...) pero ¿de dónde puede provenir esta oposición, causa de la represión, entre el yo y ciertos grupos de representaciones? (...) Hemos reconocido que cada pulsión procura imponerse animando a las representaciones adecuadas a sus metas. Estas pulsiones no siempre se armonizan; a menudo llegan a un conflicto de intereses; las oposiciones entre las representaciones no son más que la expresión de los combates entre las diferentes pulsiones. (Freud, 1990, Vol. XI, p. 211).

No obstante, el nuevo dualismo pulsional invocado por Freud en 1920, el de las pulsiones de vida y pulsiones de muerte, no lo instituyó a pesar de sus radicales oposiciones, como las propias del conflicto psíquico. Freud ahora no atribuye, como antes lo había hecho, un tipo de pulsión para cada una de las instancias que intervienen en el conflicto. “Ni hablar de que se pueda circunscribir una u otra de las pulsiones básicas a una de las provincias anímicas. Se las tiene que topar por doquier” (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 147). Aun más, declaró la conjunción de las dos clases de pulsiones como decididamente necesaria para llevar en cierto sentido una vida normal. De suerte que no está en la esencia del nuevo dualismo pulsional un ineludible choque de fuerzas que impida el actuar común entre ellas, y que favorezca la asimilación de los requerimientos culturales y sociales. “Alteraciones en la proporción de mezcla de las pulsiones

tienen las más palpables consecuencias. Un fuerte suplemento de agresión sexual hace del amante un asesino con estupro; un rebajamiento del factor agresivo lo vuelve timorato e impotente” (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 147).

El anterior párrafo de Freud, que a nuestro modo de ver escenifica en el ámbito de una relación sexual lo que ocurriría si se lograra modificar al agrado de un experimentador la medida presente de alguna pulsión, tiene además la virtud de traer de nuevo a colación la cuestión de si en la doctrina de las pulsiones se ofrecen bases para interpretar algunas actuaciones individuales como directa expresión de una peligrosa fuerza pulsional, congénitamente desproporcionada, y en la que no media ningún factor cultural.

Siguiendo la pauta trazada por la mirada de conjunto que nos guía, consideramos que a Freud nunca se le puede calificar como un divulgador de las tesis que consideran la actividad humana enteramente discernible e inteligible si se conoce con suficiencia el grado de empuje con que arriban las pulsiones. Varias razones nos motivan para esta indicación, pero en especial la siguiente: la concepción que Freud desarrolló sobre la pulsión no es formulada simplemente como una exigencia biológica de trabajo impuesta al aparato psíquico. En la pulsión participa un componente psíquico, difícil de suponer ya heredado, y en esa medida, susceptible de recibir los influjos de las experiencias vitales.

Sus definiciones del término confirman esa composición dual en la pulsión. Así, en sus *Tres ensayos*, afirma que ella es “el concepto fronterizo de lo somático respecto de lo anímico [...] El representante psíquico de los poderes orgánicos” (Freud, 1990, Vol. XII, p. 68). Igualmente, en su estudio del caso Schereber, la concibió con iguales palabras: “el concepto fronterizo de lo somático respecto de lo anímico [...] el representante psíquico de los poderes orgánicos” (Freud, 1990, Vol. VII, p. 68). Y finalmente, en el texto *Pulsiones y destinos de la pulsión*, ratifica esta acepción: “(es) un concepto fronterizo entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo que alcanzan el alma” (Freud, 1990, Vol. XIV, p. 117).

Este componente anímico que Freud señala obviamente obedece a lo característico y propio de lo psíquico. Es desde luego una representación, que permite tomar conocimiento de las excitaciones internas solicitantes de satisfacción. Es crucial observar que su cometido es mucho más trascendental que el de simplemente anunciar la presencia de una exigencia biológica de trabajo. El representante psíquico de las pulsiones sexuales, imagen mnémica inscrita tras una originaria experiencia de satisfacción, va a señalar el objeto mediante el cual el quantum de afecto podrá realizar su descarga. Así pues, desde el pri-

mer instante de vida del ser humano las mociones pulsionales se asocian con una representación que les permite su expresión psíquica. El representante de la pulsión, el representante de la representación, elemento único que puede adoptar el destino de la represión, muestra, entonces, que está sometido a los mismos requerimientos de la vida representacional; esto es, que precisa de una experiencia de satisfacción, para que se instituya como tal.

“En las elucidaciones anteriores consideramos la represión de una representación o grupo de representaciones investidas desde la pulsión con un determinado monto de energía psíquica (libido, interés)” (Freud, 1990, Vo. XIV, p. 147) son las palabras que Freud emplea para definir al representante de la representación. A ese “grupo de representaciones” es en extremo temerario creer que él las considerara por entero ya legadas por la vía hereditaria. Habrán de necesitar, sin duda, de las situaciones accidentales de una vida, en especial, de las redes representacionales que brinda una sociedad de seres hablantes. De tal forma que esa disposición al verse afectada por experiencias de todo tipo, en particular por las experiencias lingüísticas, abre el camino para que los representantes de la pulsión puedan ser concebidos como elementos constitutivos de la actividad razonante o del *logos*. Estarán presentes en el discurso; podrán pensarse, reflexionarse, confrontarse, modificarse, etc. Ello, por supuesto, entanto reciban formulación significante en la enunciación consciente y permitan todas las formaciones del inconsciente: lapsus, chistes, actos fallidos, etc. Si resulta ser de ese modo, se hace innegable que son las mociones pulsionales ampliamente determinadas en sus expresiones e intensidades por las vivencias y requerimientos del individuo.

Ni aun reconduciéndonos al ámbito de las fantasías originarias se propicia una interpretación de la teoría freudiana que suponga la inevitable condena de ciertos individuos a estar sometidos a las altas intensidades de sus mociones pulsionales. La fantasía de seducción y la llamada escena primaria, podría pensarse proporcionan el material necesario para que los empujes pulsionales, *per se* indomables acrecienten su indocilidad.

Sin embargo, resulta llamativo que dentro del material filogenético descrito por Freud, componente de las fantasías originarias, además de encontrarse escenificaciones que eventualmente incentivan la actividad autoerótica del niño, está presente una figuración que motiva el abandono del quehacer sexual infantil. Es la fantasía de castración lo mencionado aquí. Su valor lo sintetiza Laplanche y Pontalais con estas palabras: “En la amenaza de castración que sella la prohibición del incesto, se encarna la función de la ley como instauradora del orden humano” (Laplanche y Portalis, 1981, p. 60). Así pues, Freud le da un

fundamento hereditario a la función prohibitiva y normativa, esencia misma del orden cultural. De esta manera, aunque se arguyera que algunas de las supuestas fantasías originarias pudieran eventualmente tener tal fuerza que solo ellas establecieran el grupo de representaciones asociadas con el empuje pulsional, el hecho de que Freud haya determinado un fundamento innato en la “actitud para la cultura”, muestra que el posible efecto de lo inscrito para Freud en los genes no conduce a una violenta oposición hacia los requerimientos sociales.

Para Freud “los seres humanos que hoy nacen traen consigo, en calidad de organización heredada, cierto grado de inclinación a trasmudar pulsiones egoístas en pulsiones sociales. Otra parte de esa trasmutación de las pulsiones tiene que realizarse en la vida misma” (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 284).

La historia cultural de los antepasados recreada por el autor, no es entonces de por sí un obstáculo para que el medio cultural ejerza una influencia preponderante sobre el destino humano. Después de todo, el sentido de los síntomas neuróticos solo sería posible para Freud si existe precisamente esa preponderancia. “El síntoma histérico (...) posee un significado de valor, intencionalidad psíquica, un sentido. El síntoma histérico no trae consigo este sentido, sino que le es prestado, es soldado con él, por así decirlo y en cada caso puede ser diverso, de acuerdo con la naturaleza de los pensamientos sofocados que pugnan por expresarse” (Freud, 1990, Vol. VII, p. 49).

Con otras palabras:

El sentido de un síntoma reside, según tenemos averiguado, en un vínculo con el vivenciar del enfermo. Cuanto más individual sea el cuño del síntoma, tanto más fácilmente esperaremos establecer este nexo [...] Podemos esclarecer satisfactoriamente el sentido de los síntomas neuróticos individuales por su referencia al vivenciar, pero nuestro arte nos deja en la estacada respecto de los síntomas típicos. (Freud, 1990, Vol. XVI, p. 298).

Si bien es cierto que Freud considera que el papel patógeno que desempeñan las pulsiones en la causación de las neurosis radica en el nivel de intensidad que pueden estas llegar a manifestar, no cabe duda que ese factor no lo erige como el único:

La causación de todas las plasmaciones de la vida humana ha de buscarse en la acción recíproca entre predisposiciones congénitas y vivencias accidentales. Y bien, cierta pulsión puede ser constitucionalmente demasiado fuerte o demasiado débil, cierta actitud estar atrofiada o no haberse plasmado en la vida de manera suficiente; y por otra parte, las impresiones y vivencias externas pueden plantear

a los seres humanos demandas de diversa intensidad, y lo que la constitución de uno es capaz de dominar puede ser todavía para otro una tarea demasiado pesada. Estas diferencias cuantitativas condicionarán la diversidad del desenlace. (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 184).

En *Análisis terminable e interminable*, vuelve a ratificar la misma posición: “es que la etiología de todas las perturbaciones es mixta; o se trata de pulsiones hiperintensas, esto es, refractarias a su domeñamiento por el yo, o del efecto de unos traumas tempranos, prematuros, del que un yo inmaduro no pudo enseñorearse” (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 223).

Y continúa: “Uno está tentado de responsabilizar a la primera intensidad pulsional –por la plasmación de la otra– la alteración del yo, pero parece que esta última tiene su propia etiología” (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 229). Finalmente agrega que es el vigor desplegado por estos dos factores los que irán a determinar los alcances favorables que pueden desarrollar una cura psicoanalítica: “La intensidad constitucional de las pulsiones y la alteración perjudicial del yo, adquirida en la lucha defensiva, en el sentido de un desquicio y una limitación, son los factores desfavorables para el efecto del análisis y capaces de prolongar su duración hasta lo inconcluyente” (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 224).

Ahora bien, a pesar de indicar el factor constitucional y el factor accidental como dos elementos distintos, a los que le son probables dos etiologías distintas, señala que es en lo común el actuar conjunto de estos dos factores a lo que cabe responsabilizar la existencia de las neurosis. “Por regla general, hay una acción conjugada de ambos factores, el constitucional y el accidental. Mientras más intenso sea el primero, tanto más un trauma llevará a la fijación y dejará como secuela una perturbación del desarrollo” (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 223).

Así pues, si se está ante una demanda pulsional cuantitativamente muy elevada, no habrá menester como única explicación la base innata, ya que dicha intensidad pudo haber sido el resultado de una vivencia singular que produjo la exacerbación pulsional.

La más somera reflexión nos sugiere la duda sobre si es indispensable la limitación que introduce el atributo “constitucional” (o “congénito”). Por decisivo que sea desde todo comienzo el factor constitucional, es empero concebible que un refuerzo pulsional sobrevenido más tarde en la vida exteriorice los mismos efectos. Habría, pues, que modificar la fórmula: intensidad pulsional “por el momento”, en lugar de “constitucional”. (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 227).

Yendo aún más lejos, la necesidad de la participación de algún “factor accidental” se muestra muchísimo más imperiosa para inteligir los aumentos inusitados de los empujes pulsionales cuando se toma en cuenta la consideración de que Freud, en sus presentaciones de los grandes pares pulsionales, los aborda de un modo tan general e inespecífico que parecen desbordar por completo el ámbito de lo humano, para remitir a todo lo concerniente al “reino de lo vivo”:

Tras larga vacilación y oscilación, nos hemos resuelto a aceptar solo dos pulsiones básicas: eros y pulsión de destrucción (la oposición entre pulsión de conservación de sí mismo y de conservación de la especie, así como la otra entre amor yoico y amor de objeto, se sitúan en el interior de Eros). La meta de la primera es producir unidades cada vez más grandes y, así, conservarlas, o sea, una ligazón; la meta de la otra es, al contrario, disolver nexos y de destrucción. Podemos pensar que aparece como su meta última transportar lo vivo al estado inorgánico; por eso también la llamamos pulsión de muerte. Si suponemos que lo vivo advino más tarde que lo inerte y se generó desde esto, la pulsión de muerte responde a la fórmula consignada, a saber, que una pulsión aspira al regreso a un estado anterior. En cambio, no podemos aplicar a Eros esa fórmula. Ello presupondría que la sustancia viva fue otrora una unidad luego desgarrada y que ahora aspira a su reunificación. En las funciones biológicas, las dos pulsiones básicas producen efectos una contra la otra o se combinan entre sí... Esta acción conjugada y contraria de las dos pulsiones básicas produce toda la variedad de las manifestaciones de la vida. Y más allá del reino de lo vivo, la analogía de nuestras dos pulsiones básicas lleva a la pareja de contrarios atracción y repulsión, que gobiernan en lo inorgánico. (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 147).

En otros textos en los que hace la presentación de los pares pulsionales, encontramos la misma generalización de los empujes pulsionales a toda sustancia viva, tal como se puede verificar en, por ejemplo, *Más allá del principio del placer*.

Fácil es entrever que la diferencia que hay de ese empuje pulsional en el hombre, con respecto a los otros seres vivientes, es que en los animales se localiza ese empuje ya organizado de un modo muy específico. Es lo que se conoce como *instinto*. En cambio, en el hombre será la parte “psíquica” la que irá a configurar la manera de organización de las demandas pulsionales.*

* De tal manera, en sentido estricto lo contrario del instinto no va a ser en Sigmund Freud el concepto de pulsión. Este último, según parece, él lo subsume en el concepto de lo instintivo. El instinto es esa organización ofrecida por vía genética y que estructura el empuje vital. En cambio, en el hombre dicho empuje, o sea la pulsión, se halla por completo libre de toda determinación. La representación irá a ser el elemento que revestirá a la pulsión, ordenando así sus modos de satisfacción.

Los aumentos inusitados de los empujes pulsionales no tienen entonces una única forma de interpretarse. La referencia a lo preestablecido no se hace, indispensable para comprenderlos.

Otra forma de plantear la misma conclusión son las palabras de J. Lacan:

Desde luego, el psicoanálisis contiene una teoría de los instintos, elaboradísima. A decir verdad, la primera teoría verificable que en el caso del hombre se haya dado [...] Los Triebe (son) tan solo un sistema de equivalencias energéticas al que referimos los intercambios psíquicos, no en la medida que se subordinan a alguna conducta ya del todo montada, natural o adquirida, sino en la medida que simboliza las funciones de los órganos en que aparecen los intercambios naturales, esto es, los orificios: bucal, anal y genitourinario [...]. Esas pulsiones solo se nos presentan en relaciones muy complejas en las que su propio torcimiento no puede llevar a prejuzgar acerca de su intensidad de origen. Hablar de un exceso de libido es una fórmula vacía de sentido. (Lacan, 1988, p. 139).

Y concluye: “Si numerosos sujetos en sus delitos, exhibiciones, robos, incluso en los crímenes de la pasión asesina encuentran y persiguen una estimulación sexual, cualquiera que sean los mecanismos que la causen, angustia, sadismo o asociación situacional, no podrán considerarse como un efecto de desbordamiento de los instintos” (Lacan, 1988, p. 139).

En síntesis, las pulsiones no significan la animalidad indiscutible del ser humano. “Si el instinto significa, en efecto la irrefutable animalidad del hombre, no se ve por qué ha de ser menos dócil si se halla encarnado en un ser de razón [...] La forma del adagio que reza: *homo homini lupus* es engañosa respecto de su sentido” (Lacan, 1988, p. 138).

Aun más, cabe hacer una última salvedad. La sumisión excesiva a las pulsiones, es decir, a las demandas del ello, no conlleva en última instancia a la ejecución de actos de desmesura o irreflexivos, sino a la creación endógena de un mundo irreal, conforme al deseo. El individuo dominado absolutamente por el ello se caracterizaría más que todo por desenvolverse en un estado irreal, similar al de los estados autísticos que se vive en los sueños. Esta sería, en síntesis, el peligroso riesgo que corre todo individuo cuando su yo sucumbe en la lucha por controlar la inadaptación propia del ello.

En conclusión, aunque en Freud hay algún grado de reconocimiento de la importancia del factor genético en las producciones comportamentales, aunque él en alguna medida supone al hombre equipado con un conjunto de predisposiciones innatas que eventualmente pueden ser un incentivo para un determinado estado

de cosas, ante todo el factor al que le otorga mayor preponderancia es el que concierne a las vivencias afectivas enfrentadas por el individuo. Es decir, que para Freud más que tener la posibilidad de construir destinos que trasciendan cualquier inclinación biológica, en el hombre serán las experiencias vitales que colocan en juego esas inclinaciones, y no estas últimas *per se*, las que producen marcas para el futuro de un individuo.

Por otra parte, cabe finalizar indicando que muy posiblemente el fundamento biológico que Freud confirió a algunos de sus conceptos se haya originado en un intento por explicar la aparente universalidad que guardaban ciertas tipicidades puestas al descubierto por la clínica.

CAPÍTULO III
El determinismo
mecanicista de
lo fisiológico

Freud y el mecanicismo

Los hombres de la antigüedad y del medioevo, para referirse a la serie de artefactos construidos por la mano del hombre y cuya finalidad era la de ejecutar y sustituir las operaciones que de modo natural eran realizadas, utilizaron los términos de mecánico o máquina. A partir de Descartes, con mecánico también se designa la manera de funcionar característica de las operaciones de la naturaleza. A pesar de que para Descartes lo mecánico era solo discernible en los fenómenos recreados por la *res extensa*, las producciones de la *res cogitans* cartesiana fueron objeto después del mismo calificativo. “El gran libro del hombre-máquina”, según la expresión que Foucault empleó en *Vigilar y castigar* cuyas primeras páginas Descartes redactó, redujo el alma del *l’homme-machine* a consideraciones materialistas. “Mecanicista” es un término empleado para designar las doctrinas según las cuales toda realidad, o cuando menos, toda realidad natural, tiene una estructura comparable a la de una máquina. Estas doctrinas suelen formalizarse con el uso de una serie de enunciados en los que se evidencia un decidido acatamiento a los principios esbozados por las ciencias naturales, en especial de la física y la química. Las explicaciones que se derivan de la adopción de esta perspectiva filosófica tendrá, por cierto, sus peculiaridades.

Las tesis mecanicistas son, para empezar, radicalmente críticas de todo pensamiento que postula cualidades de tipo metafísico; a su parecer lo que no resulta discernible en términos físicos o químicos simplemente no es, es decir, no existe. Característico también del mecanicismo es la admisión del supuesto de que todo movimiento se efectúa según la rigurosa ley causal, del tipo causa eficiente aristotélico. En efecto, es básicamente antiteologista y por lo común se fundamenta en la suposición de que existen infinitos cuerpos elementales carentes de fuerzas propias, cuyos movimientos les han sido impregnados por medio del choque con otros cuerpos o por la sumisión a ciertas fuerzas o campos que la física ha dilucidado.

De modo similar, el mecanicismo es típicamente atomista, no solo por combinarse con una filosofía corpuscular, sino también por la forma de análisis que desarrolla para comprender los fenómenos de la naturaleza.

El antiteologismo que de común pregona produce un abordaje singular de la realidad en el que los enunciados que se emiten son organizados tan solo para contestar “el cómo” suceden las cosas y no el “por qué” acontecen. No es de su interés, ni siquiera en baja medida, tratar de determinar el “sentido” o el “propósito” de los fenómenos, ya que eso tiende a presuponer la presencia de ciertas entidades que son de difícil conciliación con los parámetros causalistas

de la física. Por tanto, opta por comprender los movimientos observables de la naturaleza como una consecuencia de la simple coincidencia de un conjunto de fuerzas que se disuelven en un vector resultante.

De este rigor causalista que adopta el mecanicismo, saldrá el corolario de un estilo de escritura muy descriptivo que está completamente depurado de enunciados que atienden a algún propósito.

En psicología han sido varios los intentos por desarrollar una teoría que se sitúe dentro de estos parámetros. Quizá la mayor tentativa al respecto lo haya constituido el proyecto conductista norteamericano, cuya esperanza es eliminar toda forma de especulación metafísica en la psicología. Términos como “conciencia”, “mente” y similares eran a su parecer rezagos de un pasado de misticismo, que los hombres debían abandonar para dar paso al nuevo saber psicológico, sólidamente construido y acorde con las directrices del método científico. El aspecto objetivante de las concepciones psicológicas se pretendía lograr alineando los fenómenos mentales con los fenómenos psíquico-químicos, describiendo sus causas y leyes con un determinismo estrecho, de tipo asociativo, en el que se hacía desaparecer toda huella de finalidad, de intencionalidad y de espontaneidad propia del organismo. Todo fenómeno comportamental que observaban los conductistas los remitían, en últimas, a los procesos descubiertos en el sistema nervioso central, en el que la presencia de cierta lesión estructural del sistema, cierta anomalía congénita, o de cierta cantidad no deseable ni esperable de alguna sustancia orgánica, se constituían en las necesarias y suficientes explicaciones para las anomalías conductuales.

El resultado es, entonces, una teoría causal de la mente que acoge la enfermedad psíquica como expresión de una anomalía fisiológica. El mencionado antifinalismo de las reflexiones mecanicistas se preservan aún en las teorías que hacen apelación a elementos con acometidos teleológicos, como el de instinto. Es claro que el instinto, no obstante estar definido como “orientación hacia un fin”, encuentra su sentido teleológico subsumido en las reglas de causa y efecto. El fin del instinto es un fin creado según pautas causalistas. Es un efecto al cual se le puede determinar, o intentar determinar, las maneras como se engendró. Los modelos evolucionistas tratan precisamente de recrear las situaciones antecedentes al movimiento del instinto a las cuales viene a responder.*

* Se asegura que tras toda manifestación instintual lo que vamos a encontrar en últimas es un propósito: el de resguardar la vitalidad de una especie. Este es el único “por qué” que están dispuestos a admitir los evolucionistas. Pero con ello introducen la dificultad de poder esta-

Es importante destacar que una teoría psicológica no se convierte en mecanicista por la explícita o tácita asociación con planteamientos fisiológicos. En efecto, “ser una máquina o ser explicable a base de una máquina no es, por descontado, la misma cosa” (Ferreter Mora, 1988, p. 2165). El mecanicismo como tal es una concepción del mundo, para la cual la existencia de alguna entidad o fenómeno se prueba por la posibilidad de que pueda ser tratado en los términos que esta pregona. “Todo sucede en la naturaleza mecánicamente”, esa es su premisa central.

El mecanicismo como modo de explicación consiste, en cambio, en las doctrinas según las cuales algunos de los fenómenos naturales pueden ser explicados de acuerdo con un modelo de máquina, pero no en su totalidad. Supone entonces que hay formas en la realidad que se explican con una lógica muy distinta a la mecánica, como podría ser la teleológica. El no tomarse en cuenta la complejidad de la naturaleza de la explicación o comprensión mecanicista es lo que ha llevado a que en ocasiones se califique de mecanicistas a ciertas teorías, cometiendo así una injusticia con respecto a su posición epistemológica.

Hay autores en quienes es fácil leer su adhesión plena a dichos modelos. Sin embargo, en otras construcciones teóricas no resulta del todo evidente la devoción por el mecanicismo. Uno de ellos es precisamente Sigmund Freud. Muchos intérpretes de sus obras han asegurado que las dinámicas psicológicas por él enunciadas muestran un modo de funcionamiento similar al de una máquina. Su formulación de un “aparato” psíquico, concluyen, es prueba inequívoca de su visión mecanicista de la vida anímica:

...la metateoría de la pulsión aparece como mecanicista en su modo de explicación causal y, como tal, es incompatible con el método de la teoría clínica que explica la acción en términos de la inteligibilidad teleológica de los propios deseos, metas y razones del agente... En los documentos metapsicológicos de 1915, una vez más Freud trabaja con una teoría metapsicológica de la mente íntegramente mecanicista. (Wallwork, 1994, p. 59).

Lo que se sostiene es que para Freud la mente operaba de acuerdo con los principios derivados del materialismo reduccionista que promulgaron algunos de sus maestros de medicina. Es decir, Freud estructuró la dinámica de funcionamiento del aparato psíquico guiado por las pautas que brindaban los planteamientos

blecer con lineamientos causalistas cómo es que una sustancia inerte desarrolló ese interés por preservar la energía vital mínima para seguir subsistiendo.

helmholtzianos y por consiguiente hizo de la psique un sistema energético termodinámico. Esquema freudiano contra el cual, según afirman, no cabe sino reaccionar: "... los neopsicoanalistas, o por lo menos algunos de ellos [...] no estamos dispuestos [...] a aceptar el esquema mecanicista, que constituye sin duda el supuesto general dentro del cual se mueve el pensamiento freudiano" (Fromn, 1968, p. 9).

Lo que se asevera es que la tarea que emprendió Freud fue traducir lo mental a un lenguaje neurológico, o cuando menos, a un lenguaje similar al que se origina en la descripción de los mecanismos que expone la física.

Por otro lado, otros intérpretes del texto freudiano menos tajantes en sus formulaciones, señalan que el lenguaje mecanicista tan solo fue dominante en una época bien determinada de su vida que corresponde a los últimos años del siglo XIX conocido como "el período neurofisiológico temprano de Freud ejemplificado en el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, (cuyos) elementos mecanicistas y deterministas cobraron gran ascendencia en su pensamiento" (Wallwork, 1994). La aceptación de este supuesto ha sido utilizada como argumento para sostener que la metapsicología se constituye en una prolongación menguada del esquema producido en los primeros momentos.

Consecuente con lo anterior, en este capítulo se evaluará el supuesto de que en la teoría de Freud hubo un fuerte predominio de las tesis materialistas, de las metáforas fisiologistas y de los principios físicos hasta el punto de que se pueda aceptar la caracterización del aparato psíquico como una máquina mental.

Esta empresa se hará en dos momentos. Primero determinaremos la validez de la tesis que señala que el período teórico antecedente a la *Interpretación de los sueños* corresponde a la época en que Freud representó los procesos psíquicos como plenamente reducibles a causas físicas. Segundo, y en consonancia con el anterior propósito, estableceremos si las proposiciones metapsicológicas se constituyen en un modelo teórico de la mente refleja y pasiva de tipo materialista, el cual se construyó en oposición a una conceptualización totalmente opuesta que era aquella que orientaba su práctica terapéutica.*

* Algunos aspectos de texto fueron tratados en forma más extensa en el texto "El aparato psíquico freudiano: ¿Una máquina mental? En: *Revista de psicología Gepu*. Universidad del Valle, Número 2, julio 2010, al cual remitimos para mayor discusión de lo planteado.

La teoría freudiana en el periodo prepsicoanalítico (1893-1899)

Entre 1893 y 1899 salieron a la luz lo que se ha dado en llamar las primeras publicaciones psicoanalíticas. En este periodo se publicaron textos como *Las neuropsicosis de defensa* (1894), *Sobre la justificación de separar de la neurastenia un determinado síndrome en calidad de neurosis de angustia* (1895), *Las nuevas puntualizaciones sobre neuropsicosis de defensa* (1896) y el ensayo hecho en común con el médico vienés Joseph Breuer *Estudios sobre la histeria* (1893-1895). Este periodo corresponde, según Bercherie, a los años de “evolución del pensamiento freudiano”, en el que a partir “de la concepción muy mecanicista que continúa sosteniendo su teoría, se lo ve evolucionar hacia una aprehensión cada vez más fina de los fenómenos psicológicos” (Bercherie, 1988, p. 308). Es la etapa en la que va a “formular una interpretación fisiopatológica de un cierto número de síndromes neuróticos, cuyos síntomas no tienen en consecuencia ninguna significación psicológica” (Bercherie, 1988, p. 308). O como también resalta el comentarista de las *Obras completas* de Freud, James Strachey: “Freud aplicaba todas sus energías a la explicación de los fenómenos psíquicos en términos fisiológicos y químicos [...]. La verdad es que en 1895 Freud se hallaba a mitad de camino en su tránsito de las explicaciones fisiológicas de los estados psicopatológicos hacia su elucidación psicológica” y agrega:

Su formación inicial y su carrera como neurólogo hacían que se resistiese a aceptar como definitivas las explicaciones psicológicas, y estaba empeñado en formular una complicada estructura de hipótesis que describiera los sucesos psíquicos en términos exclusivamente neurológicos [...]. Hasta el fin de su vida, Freud siguió [...] creyendo que a la postre se descubriría el fundamento físico de todos los fenómenos mentales. En el ínterin solo gradualmente llegó a adoptar la concepción de Breuer, en cuanto a que los procesos psíquicos debían tratarse en el lenguaje de la psicología. (Strachey, en: Freud, 1990, Vol. III, p. 18).

Según Strachey, fueron los sabios consejos de Breuer los que le permitieron descubrir la importancia de lo psicológico en aquello que estaban estudiando. Las palabras de Strachey se fundamentan en lo expresado por Breuer en la parte teórica de los *Estudios sobre la histeria*: “En estas elucidaciones se hablará muy poco del encéfalo y nada sobre las moléculas. Los procesos psíquicos deben tratarse en el lenguaje de la psicología, y en verdad no podría ser de otro modo [...]. Admítase por ello el uso casi exclusivo de una terminología psicológica” (Breuer en: Freud, 1990, Vol. III, p. 197). Sin embargo, el hecho de que Breuer usara expresiones como “excitación nerviosa intracerebral” y que mencionara

en su disertación circuitos eléctricos, corrientes galvánicas y demás, parece desmentir su propósito inicial.

La posición teórica [...] reposa en las concepciones de la escuela de Helmholtz. Breuer proporciona algunos ejemplos caricaturescos, incluso grotescos, de la aplicación de los principios del circuito eléctrico como modelo del psiquismo, al análisis de fenómenos morales tan complejos como el remordimiento o la necesidad de venganza, en términos de “reflejo no consumado”, cuya energía interna continúa buscando una vía de descarga. (Bercherie, 1988, p. 294).

Y dado que los *Estudios sobre la histeria* es un texto escrito en conjunto con Freud, las conclusiones hechas por Breuer se hacen por consiguiente extensivas a Freud. Tales imputaciones no son, por cierto, nada fortuitas y las líneas escritas en el *Proyecto* parecen despejar toda duda acerca de que Freud compartía la misma postura de Breuer. “La forma como enuncia en ese mismo *Proyecto* el principio de constancia con el nombre de *principio de inercia neuronal*, según el cual las neuronas procuran ‘aliviarse de la cantidad’, nos muestra el sesgo neurológico que tenían en ese periodo las teorías de Freud” (Strachey, en: Freud, 1990, Vol. III, p. 18). Este sesgo entendido como su aceptación de la idea de que la vida anímica es reducible a los principios y procesos físicos, se manifiesta igualmente en una carta enviada a Fliess el 20 de octubre de 1895:

*En el curso de una noche muy atareada [...] de pronto se levantaron las barreras, los velos cayeron y pude penetrar de golpe desde los detalles de las neurosis hasta las condiciones de la conciencia. Todo parecía encajar en el lugar correspondiente. Los engranajes ajustaban a la perfección y el conjunto semejaba realmente una máquina que de un momento a otro podría echarse a andar sola: los tres sistemas de neuronas, los de estado libre y ligado de la cantidad, los procesos primario y secundario, la tendencia principal y la tendencia de compromiso del sistema nervioso, las dos reglas biológicas de la atención y la defensa, los signos de cualidad, realidad y pensamiento, el estado de los grupos psicosexuales, el condicionamiento sexual de la represión y finalmente, las condiciones de la conciencia como función perceptiva.**

Lo descrito aquí es, en resumen, el grupo de conceptos sobre los cuales tejió el *Proyecto*. Esta obra inconclusa fue guiada por dos proposiciones principales: la concepción cuantitativa y la teoría de las neuronas. La primera, enunciada como el “principio de la inercia neuronal” (Freud, 1990, Vol. I, p. 340), defendía la concepción de una tendencia de los sistemas neuronales a procurar aliviarse

* Sigmund Freud. Citado por Strachey en el prólogo a *Proyecto de una psicología científica para neurólogos*. 1990. Vol I. p. 328.

de las cantidades afluyentes de excitación. La segunda aludía a la doctrina anatómica de la neurona recién aceptada por los neurólogos en los días en que Freud redactó el texto.

De la división de las neuronas en tres clases de sistemas,* es desde luego la clase *W* la de mayores implicaciones. Al referirse al problema de la cualidad, esto es, a los contenidos que la consciencia discierne, el traducirlos a procesos cuantitativos será la tarea que deberá emprender todo aquel que espera hacer de la consciencia un objeto de las ciencias naturales:

En tanto que la ciencia se ha fijado como tarea reconducir todas nuestras cualidades de sensación a una cantidad externa de la arquitectura del sistema de neuronas, cabe esperar que conste de unos dispositivos para mudar la cantidad externa en cualidad, con lo cual otra vez aparece triunfante la tendencia originaria al apartamiento de cantidad. (Freud, 1990, Vol. I, p. 353).

Las subsiguientes líneas de Freud en el *Proyecto* corresponden precisamente al intento de desarrollar ese aspecto con el que espera realizar el explícito objetivo descrito en la introducción del texto: “El propósito de este proyecto es brindar una psicología de ciencia natural, a saber, presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materiales comparables, y hacerlo de modo que esos procesos se vuelvan intuibles y exentos de contradicción” (Freud, 1990, Vol. I, p. 339).

Bajo este principio rector, Freud muestra la definición consecuente de lo que habría de ser el yo: “Representémonos al yo como una red de neuronas investidas, bien facilitadas entre sí” (Freud, 1990, Vol I, p. 369). Y si además agregamos a esta apelación directa a los recursos terminológicos que ofrece la fisiología la consideración de que Freud proponía una explicación química para algunas neurosis, parece lógico afirmar que su conceptualización en este periodo era esencialmente mecanicista: “Siempre consideré las neurosis de angustia y las neurosis en general como resultado de una intoxicación y a menudo he pensado en la similitud de los síntomas de las neurosis y del bocio exoftálmico” (Freud, 1990, Vol. I, p. 295).

* Las dos primeras *phi* y *psi*, neuronas pasaderas y neuronas no pasaderas, están vinculadas respectivamente con los estímulos externos y las excitaciones internas. Es decir, las unas “sirven a la percepción y las otras son portadoras de la memoria y probablemente también de los procesos psíquicos en general”(Proyecto... p. 344). Ambas formas operan sobre una base puramente cuantitativa. Por su parte, el tercer sistema hipotético *W*, tiene por encargo las diferencias cualitativas que dan por resultado las sensaciones conscientes.

Sin embargo, cuando se reflexiona un poco más sobre cada uno de estos elementos, surgen algunas cuestiones que sorprenden a aquel que solo ve engranajes y circuitos neuronales. Al cavilar sobre el *Proyecto* surge la pregunta más elemental: ¿por qué Freud no lo publicó? Es decir, si se supone que en ese periodo su mente solo esquematizaba los fenómenos mentales como producciones de una máquina, ¿por qué a los pocos días de haber terminado de redactar el *Proyecto*, “agotado, irritado, confundido e incapaz de enseñorarse de su material, dejó todo de lado y se volcó a otras cuestiones”? (Strachey, en: Freud, 1990, Vol. I, p. 328).

James Strachey asegura que el abandono de Freud de este marco de referencia neurológico se debió a una razón: “Comprobó que su aparato neuronal no podía dar cuenta en modo alguno de aquello que en *El yo y el ello* llamó ‘la única antorcha en la oscuridad de la psicología de las profundidades’, a saber, ‘la propiedad de ser o no consciente’ ”.* Pues bien, si la razón por la cual él desapareció del horizonte al *Proyecto* fue su imposibilidad de vestir adecuadamente con un ropaje neuronal a la conciencia, ¿por qué, entonces, no recurrió al rezo característico de todo mecanicista en apuros que consiste en implorar que el futuro ofrezca las respuestas que en el presente no se encuentran?

Dicho en otros términos, Freud, ante la dificultad de aprehender el fenómeno de la consciencia hubiera podido extender sus teorizaciones hasta el punto en que ellas se lo permitiesen y en la parte que estas se mostrasen esquivas y oscuras, con su reconocida sinceridad declarar abiertamente los límites de sus concepciones y esperar pacientemente por mejores resultados. Esto último era de hecho una de las formas habituales como Freud terminaba muchos de sus ensayos. En cambio, para el *Proyecto* las palabras que le merecieron después de desaparecido todo el entusiasmo inicial fueron: “No atino a comprender mi estado de ánimo cuando incubaba la ‘psicología’; no puedo entender cómo pude enjaretártela a ti”.** “La psicología cuantitativa”*** era la expresión que utilizaba Freud para referirse a las elucubraciones que elaboró en el *Proyecto* y de este no lamenta sus limitaciones. El texto (y solo el texto) le produjo un sentimiento de extrañeza (como se observa en la carta dirigida a Fliess) que no resulta coherente con quien días antes había estado estudiando los fenómenos

* Freud, citado por James Strachey en Prologo. Freud, 1990. Vol I. Proyecto de una psicología científica para neurólogos, p.336.

** Freud, citado por James Strachey en Prologo. Freud, 1990. Vol I. Proyecto de una psicología científica para neurólogos, p. 328.

*** Freud, citado por James Strachey en Prologo. Freud, 1990. Vol I. Proyecto de una psicología científica para neurólogos, p. 355.

mentales según los postulados de la más estricta tradición mecanicista. Por cierto, una lectura de los textos publicados con anterioridad muestra una apelación directa a concepciones psicológicas y no de otro tipo. Un rápido recorrido por los *Estudios sobre la histeria* nos da las primeras pruebas al respecto.

Las palabras inaugurales de ese ensayo son: "... investigamos, en las más diversas formas y síntomas de la histeria, su ocasionamiento: el proceso en virtud del cual el fenómeno en cuestión se produjo la primera vez, hecho este que suele remontarse muy atrás en el tiempo" (Freud, 1990, Vol. II, p. 29). El proceso, que a continuación los autores de los *Estudios* describieron, consistió en afirmar que los síntomas histéricos sobrevenían a causa de una vivencia que hacía emerger los afectos penosos del horror, la angustia, la vergüenza y el dolor psíquico. Es decir, una vivencia que se hacía valer como un trauma. El influjo del proceso ocasionador, señalan, no opera con la lógica característica de los eventos mecánicos. Esto es, "por mediación de una cadena de eslabones causales intermedios, sino [...] al modo de que un dolor psíquico recordado en la consciencia despierta suscita en un momento posterior la secreción lacrimal: el histérico padece por la mayor parte de reminiscencias" (Freud, 1990, Vol. II, p. 33).

En este sentido, las vivencias traumáticas logran producir efectos tan intensos, muchísimo tiempo después de acontecido el hecho, debido a que los recuerdos de esos traumas "están completamente ausentes de la memoria de los enfermos en su estado psíquico habitual" (Freud, 1990, Vol. II, p. 35). Así pues, las representaciones patológicas estaban para ellos insuficientemente abreaccionadas al serles denegado el desgaste normal de cualquier representación a través de "los estados de asociación deshinbida". En otros términos, "el recuerdo [...] obra al modo de un cuerpo extraño" (Freud, 1990, Vol. II, p. 32). Finalmente, declaran que son dos los grupos de razones por los cuales fue impedida la abreacción normal del recuerdo.

En el primer grupo incluimos los casos en que los enfermos no han reaccionado frente a traumas psíquicos porque la naturaleza misma del trauma excluía una reacción (como por ejemplo, la pérdida, que se presentó irreparable, de una persona amada) o porque circunstancias sociales la imposibilitaron, o porque se trataba de cosas que el enfermo quería olvidar. Y por eso adrede la reprimió de su pensar consciente, las inhibió y sofocó... La segunda serie de condiciones no está comandada por el contenido de los recuerdos, sino por los estados psíquicos en que sobrevinieron las vivencias en cuestión: [...] en estados psíquicos anormales, como el estado crepuscular semihipnótico del soñar despierto, los estados de autohipnosis y fenómenos similares. (Freud, 1990, Vol. II, p. 36).

Estas son a grandes rasgos las concepciones generales que se sustentan en el ensayo. Se encuentran al comienzo del texto en la parte llamada *Comunicación preliminar*. En el apartado siguiente, lo que se halla es la exposición de los *historiales clínicos*, fuente y sustento de dichas concepciones. Lo que resulta crucial indicar de ellas es que son intervenciones terapéuticas enteramente basadas y comprendidas en principios psicológicos, y no fisiológicos, como inicialmente podría creerse cuando se resaltan ciertos términos o frases de la parte teórica escrita por Breuer. En la epícrisis del historial de la señora Emmy Von N., se encuentran estas referencias que muy seguramente habrán sido de utilidad para defender la tesis del Freud fisiologista.

Consideramos los síntomas histéricos como unos afectos y unos restos de excitaciones de influencia traumática sobre el sistema nervioso [...] Aquí uno ya no puede negarse a tomar en cuenta unas cantidades, a concebir el proceso como si una suma de excitación llegada al sistema nervioso se traspusiera en un síntoma permanente en la medida en que no se empleó en la acción hacia fuera proporcionalmente a su monto. (Freud, 1990, Vol II, p. 105).

Si observamos con detenimiento la argumentación del texto, no es difícil reconocer que este llamado a elementos fisiologistas corresponde a una descripción de la manera como se ve afectado el sistema nervioso por eventos de índole psicológica. Vale decir, la descripción fisiologista es realizada aquí sobre una estructura argumentativa enteramente psicológica, de tal modo que señala la capacidad de influjo de lo psíquico en lo físico, o mejor aun, la necesaria participación de ambos factores en las manifestaciones sintomáticas de las neurosis. El predominio de lo psicológico se lee, en primera instancia, en el convencimiento de Freud de que los síntomas neuróticos se producían a partir de ciertas vivencias ocurridas al paciente con anterioridad, las cuales constituían las premisas sobre las que se edificaban las ideas patológicas. Este discernimiento, transmitido a Freud por Breuer, le permitió afianzar una manera diferente de comprender las problemáticas neuróticas, tal como lo deja traslucir en las concepciones que elaboró en el historial de la señora Emmy Von N., el primero de los casos en que se hizo uso del método catártico: “Las fobias y abulias [...] concebidas por la escuela de los psiquiatras franceses como unos estigmas de degeneración nerviosa, en nuestro caso demuestran, empero, estar suficientemente determinadas por vivencias traumáticas” (Freud, 1990, Vol. II, p. 106). Y nos presenta otro caso en el cual vuelve a ratificar el alejamiento de la perspectiva tradicional:

Hace unos meses traté a una muchacha de 18 años cuya familia mostraba antecedentes patológicos [...]. Lo primero que supe de ella fue su queja por unos ataques de desesperación con un contenido de dos clases. En unos, sentía un tironeo y

comezón en la parte inferior del rostro, desde las mejillas hacia la boca; en los otros se le estiraban convulsivamente los dedos de los pies que empezaban a moverse sin descanso. Al comienzo no me incliné a atribuir mucho valor a este detalle, y anteriores estudiosos de la histeria se habrían visto seguramente llevados a ver en estos fenómenos una prueba de la estimulación de centros corticales a raíz de ataques histéricos [...]. Del movimiento del dedo del pie habría que responsabilizar a lugares simétricos de la corteza situados muy próximos a la cisura media. Sin embargo, aquel fenómeno halló diversa explicación. (Freud, 1990, Vol. II, p. 112).

La indagatoria que emprendió para comprender estos síntomas se basó obviamente en la aplicación de los principios rectores del método catártico:

“Le pregunté directamente qué pensamiento le acudía en esos ataques; le dije que ella necesariamente tenía que poder dar una explicación para ambos fenómenos [...]. Esta niña ambiciosa y algo simple resolvió cultivarse con todo empeño para alcanzar a sus hermanas y compañeras de su misma edad [...]. Desde luego, también en el aspecto corporal solía compararse con otras muchachas [...]. Su prognatismo empezó a mortificarla y dio en la idea de corregirlo ejercitándose durante un cuarto de hora extendiendo hacia abajo el labio superior por sobre los dientes salidos. La infructuosidad de este pueril empeño le llevó cierta vez a un estallido de desesperación, y desde ese momento el tirono y la comezón en la parte inferior de las mejillas le quedaron como una variedad de sus ataques. (Freud, 1990, Vol. II, p. 113).

El análisis de este caso, aunque carente de muchos elementos característicos de los posteriores abordajes psicoterapéuticos, como las referencias a la infancia y demás, no obstante, es indudable que constituye un análisis psicológico; análisis que le permitió demostrar, en el historial de Emmy Von, “cuanto significado se escondía tras ese tic [...] (aparentemente) carente de sentido”. (Freud, 1990, Vol. II, p. 112). En los restantes casos de Freud del mismo texto abundan consideraciones semejantes.

Ahora bien, a pesar de que es verdad que estos planteamientos conducen a lineamientos y esquematizaciones básicamente psicológicas, lo que hace que las teorizaciones de Freud no sean una comprensión mecanicista no es en definitiva la remisión al pasado de los hechos sintomáticos precedentes.

Breuer promueve la misma modalidad de intelección para las neurosis, y su comunicación es empero decididamente mecanicista; lo anterior no por recurrir en un primer momento, a una terminología de las ciencias físicas y neurológicas para aprehender los fenómenos histéricos. Al fin y al cabo, Breuer es enfático en indicar que sus términos, como los dispositivos eléctricos, son presentados

“con fines comparativos”,* son metáforas para obtener toda la claridad posible, pero en los que priman los hechos psicológicos descubiertos por la clínica:

Si en vez de “representación” dijéramos “excitación cortical”, esta última expresión solo tendría un sentido para nosotros si con ese ropaje discerniéramos lo archiconocido, y tácitamente le restituyéramos “representación”. En efecto, mientras que las representaciones son de continuo asunto de nuestra experiencia y nos resultan consabidas en todos sus matices, “excitación cortical” es para nosotros más bien un postulado, un asunto de discernimiento futuro y esperado. Aquella sustitución de los términos parece una inútil mascarada. Admítase por ello el uso casi exclusivo de una terminología psicológica. (Freud, 1990, Vol. II, p. 197).

Lo que hace particular el punto de vista de Freud sobre los procesos neuróticos, es que colocó en la base de ellos a un acto de voluntad: “...Hay una condición psíquica indispensable para (la adquisición de una histeria): que una representación sea reprimida (desalojada) deliberadamente de la consciencia, excluida del procedimiento asociativo” (Freud, 1990, Vol. II, p. 133). Dicho en forma más extensa, cuando Freud intenta hacer un uso más generalizado del método catártico de Breuer, que exigía la hipnotización del paciente, al toparse con el obstáculo de que no de todas las personas era posible obtener el mismo grado profundo de sonambulismo, y ante la necesidad de establecer el nexo causal de los recuerdos patológicos con los síntomas, decide dejarse guiar por una premisa: “Me resolví a partir de la premisa que mis pacientes sabían todo aquello que pudiera tener una significatividad patógena, y que solo era cuestión de constreñirlos a comunicarlos” (Freud, 1990, Vol. II, p. 127). Esta misma premisa lo llevó a interrogarse por la causa del olvido del recuerdo patógeno y su imposibilidad para ser traído a la consciencia en los momentos requeridos. Así descubre que existía por parte de sus pacientes una resistencia a que aflorara el recuerdo. “La enferma oponía una gran resistencia al intento de establecer la asociación entre el grupo psíquico separado y sus restantes contenidos de consciencia, y cuando esa reunión a pesar de todo se consumó, sintió un gran dolor psíquico” (Freud, 1990, Vol. II, p. 179). Resistencia que encontró igualmente en el origen de las dificultades para lograr la hipnotización de alguno de sus pacientes y que era traducible en los términos de un no querer. “¿A qué se debía que unos fueran hipnotizables y otros no?... Noté que en algunos pacientes el impedimento se remontaba un paso más atrás; se rehusaban ya al intento de hipnosis... Así no sería hipnotizable quien tuviera un reparo psíquico contra la hipnosis, lo exteriorizara o no, como un no querer” (Freud, 1990, Vol. II, p. 274).

* Breuer. En *Estudios sobre la histeria Obras completas de Sigmund Freud 1990*. Vol. II. p. 106.

Su empeño terapéutico quedó, entonces, definido de este modo: “Mediante mi trabajo psíquico yo tenía que superar en el paciente una fuerza que contrariaba el devenir consciente (recordar) de las representaciones patógenas” (Freud, 1990, Vol. II, p. 275). Esta resistencia era también la fuerza misma que se hallaba en la génesis del síntoma y tenía que ver con el intento del paciente por no tomar conocimiento de una representación intensamente displacentera. Llegado a este punto, solo una conclusión era posible. “Puedo aseverar que ese olvido es a menudo deliberado, deseado, y siempre, solo en apariencia es logrado” (Freud, 1990, Vol. II, p. 129).

En otras palabras, para Freud la génesis del olvido se arraigaba en ciertas fuerzas susceptibles de ser intelegidas como motivos. Y solo en la medida en que ellas fueran puestas al descubierto el recuerdo patógeno y el afecto concomitante podían ser liberados. Este punto de vista de Freud es en todo diferente al propuesto por Breuer. Al suponer y privilegiar los estados hipnoides como condición necesaria para que la histeria emergiera, Breuer está dejando a un lado la posible participación que podía tener el sujeto en las dolencias que soportaba. Con esta comprensión de los fenómenos histéricos, Breuer hace del neurótico un sujeto pasivo al que el infortunio de una desgraciada conjunción de una tara hereditaria, junto con el enfrentamiento a una situación difícil y la creación para ese instante de un “cierto vacío de la conciencia en que a una representación emergente no se le contraponen resistencia alguna de las otras”,* será lo que decidirá su desgracia.

Por esta razón, el punto de vista de Freud y Breuer no se pueden homologar y señalarse como objeto de las mismas objeciones. A pesar de que el texto *Estudios sobre la histeria* es un escrito hecho entre dos, Freud es enfático en indicar las partes en las cuales él participó, siendo la tan citada sección teórica elaborada únicamente por Breuer. “El libro con Breuer (contiene) cinco historiales clínicos, un ensayo suyo sobre las teorías de la histeria (resumen y crítica), con el cual yo no tengo nada que ver, y uno mío sobre terapia que todavía no he comenzado” (Freud, 1990, Vol. II, p. 9).

Además, aunque en uno de sus casos (el de la paciente Katharina) Freud parece promover la idea de los estados hipnoides (“el afecto mismo crea el estado hipnoide, cuyos productos luego se mantienen fuera del comercio asociativo con el yo consciencia”) (Freud, 1990, Vol. II, p. 144), no obstante, líneas más

* Breuer. En obras completas de Sigmund Freud. 1990. Vol. III. Estudios sobre la histeria, p. 226

abajo reconoce que dentro del desarrollo de ese proceso en esta paciente está involucrado el yo. “La causa del aislamiento no es, como en el caso tres, la voluntad del yo, sino la ignorancia del yo, que aun no sabe qué hacer con unas experiencias sexuales” (Freud, 1990, Vol. II, p. 148).

Si el caso Katharina ofrece algunas ambigüedades, todo lo anteriormente descrito por nosotros, tomado del análisis de los dos casos predecesores, señora Emmy Von N. y Miss Lucy R., ciertamente inclina la balanza a favor del discernimiento que declara el predominio en Freud de una comprensión de las manifestaciones histéricas como resultantes de una “sofocación voluntaria de representaciones penosas, por los cuales el ser humano se siente amenazado en su alegría de vivir o en su respeto hacia sí mismo” (Freud, 1990, Vol. II, p. 225).

En el caso siguiente a Katharina, la señorita Elizabeth Von K., Freud vuelve a interpretar la histeria del mismo modo:

...Pregunté si durante el viaje se había representado la triste posibilidad (de que su hermana muriera). Respondió que había esquivado cuidadosamente ese pensamiento, pero opinó que su madre desde el comienzo imaginaba lo peor. A ello siguió un recuerdo de la llegada a Viena [...]. Cuenta que el cuñado no salió a recibirlas; luego estaban de pie ante el lecho, vieron a la muerta, y en el momento de la cruel certidumbre de que la hermana querida había muerto sin despedirse de ellas, sin que el cuidado de ella fuera el bálsamo de sus últimos días... en ese mismo momento un pensamiento otro pasó con estremecimiento por el cerebro de Elizabeth... “ahora él está de nuevo libre, y yo puedo convertirme en su esposa”. Así todo quedaba en claro. El empeño del analista era recompensado abundantemente: la idea de la defensa frente a una representación inconciliable; de la génesis de síntomas histéricos por conversión de una excitación psíquica a lo corporal; de la formación de un grupo psíquico separado por el acto de voluntad que lleva a la defensa: todo eso me fue puesto en aquel momento ante los ojos de un modo visible. (Freud, 1990, Vol. II, “Estudios sobre la histeria”. p. 171).

Y en la sección “Sobre la psicoterapia de la histeria”, Freud, finalmente, afirma:

En mi experiencia, curiosamente, nunca he tropezado con una histeria hipnoide genuina; todas las que abordé se me mudaron en histerias de defensa. No es que nunca haya tropezado con síntomas de los que pudiera demostrarse que se generaron en estados de consciencia segregados, por lo cual forzosamente quedarían excluidos de su recesión en el yo. En mis casos sucedía esto a veces, pero siempre pude demostrar que el llamado estado hipnoide debía su segregación a las circunstancias de imperar en él un grupo psíquico escindido con anterioridad por vía de defensa. En suma: no puedo aventar la sospecha de que histeria hipnoide y de defensa coincidan en algún lugar de sus raíces, y que, en tal caso, la defensa sea lo primario. (Freud, 1990, Vol. II, p. 291).

Todo lo anterior nos permite llegar a la siguiente conclusión. Es claro que las observaciones de Breuer sobre la histeria conducen a resultados mecanicistas: el lugar central que le otorgó a la hipótesis de los estados hipnoides hizo que las remisiones a los conceptos de la fisiología adoptaran un matiz diferente del que él inicialmente se propuso. Pero, el hecho de que haya sido un escrito con autoría común no significa que cada una de las disertaciones ahí plasmadas sean puntos de vista que ambos autores compartan y acepten de igual manera.

Existen discrepancias evidentes entre los dos autores. Tienen que ver precisamente en el modo de interpretar los fenómenos histéricos: uno de preeminencia psicológica, y el otro con mayores matices neurofisiologistas y de consecuencias mecanicistas. El mismo Freud ya había resaltado la discrepancia teórica entre ellos.

(Breuer) prefería una teoría, por así decir, aún fisiológica; quería explicar la escisión del alma de los histéricos por la incomunicación entre diferentes estados de ella (o estados de consciencia como decíamos entonces) y así creó la teoría de los “estados hipnoides”... Yo entendía las cosas menos científicamente, (en el sentido de las ciencias físico-naturales), discernía dondequiera inclinaciones y tendencias análogas a las de la vida cotidiana y concebía la escisión psíquica misma como resultado de un proceso de repulsión (repulsión-atracción es la pareja de términos que designa las fuerzas básicas de la mecánica clásica) al que llamé entonces “defensa”, y más tarde “represión”. Hice un efímero intento de dejar subsistir los dos mecanismos el uno junto al otro. Pero... pronto mi doctrina de la defensa se contrapuso a la teoría de los estados hipnoides de Breuer. (Freud, 1990, Vol. XIV, p. 11).

Aún más, en otro texto aseguró que la hipótesis de los estados hipnoides fue “ociosa y despistante”, nacida “por exclusiva iniciativa de Breuer” (Freud, 1990, Vol. VII, p. 25).

Quizá el no rechazo directo inicial a la idea de los estados hipnoides haya ocurrido por este motivo:

*The references to neurophysiology reflect Freud's continued belief that not all the phenomena of hysteria could be explained solely in psychological terms and that a physiological model would ultimately be required. Freud consistently chose to emphasise psychological explications and insisted that it is impossible at least presently, to formulate an adequate physiological scheme but, the insufficiency of the psychology seemed to justify brief references to possible physiological factors. (Levin, 1978, p. 247).**

* Levin. Sigmund Freud's early... “Las referencias a la neurofisiología reflejan la continuada creencia de Sigmund Freud que no todos los fenómenos de la histeria podían ser explicados

En el caso específico de la histeria, Freud aseguró que su mecanismo típico, esto es, “la capacidad para la conversión”, solo podía ser explicado por la fisiología. No obstante, Freud en los “Estudios” presentó una esquematización en el que integró magistralmente estas dos líneas de análisis.

Uno puede responder esta pregunta si toma en consideración dos hechos que es lícito emplear como bien certificados: 1. Que los dolores histéricos se generaron al mismo tiempo que se formó aquel grupo psíquico, y 2. Que la enferma oponía una gran resistencia al intento de establecer la asociación entre el grupo separado y sus restantes contenidos de consciencia... Nuestra concepción de la histeria conjuga ambos factores con el hecho de la escisión de consciencia, afirmando: el punto dos contiene la referencia al motivo de escisión de la consciencia, y el punto uno a su mecanismo. El motivo era el de la defensa, la revuelta del yo a conciliarse con ese grupo de representación; el mecanismo era el de la conversión, vale decir, en lugar de los dolores anímicos que ella se había ahorrado emergieron los corporales. (Freud, 1990, Vol. II, p. 179).

Las intelecciones neurológicas estaban, entonces, dirigidas a crear medios para poder pensar los mecanismos de la histeria, aprehensibles según Freud con categorías fisiológicas. Sin embargo, esas categorías estaban inscritas en una modalidad general de interpretación psicológica. En consecuencia, con traer a colación todas las declaraciones neurológicas que Freud haya hecho con respecto a la histeria y a las otras entidades clínicas en ese periodo, no se prueba con ello que la comprensión mecanicista era el esquema de entendimiento para sus hallazgos en la clínica. El fundamento para la histeria solo era discernible en los parámetros que brindaba la psicología. Y señas de tal convicción lo demostró al reconducir a la misma base psicológica otras enfermedades nerviosas. *Las neuropsicosis de defensa; ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas, y ciertas psicosis alucinatorias* (1894), es el nombre del texto en el que expone las posibilidades explicativas que brinda la hipótesis de la defensa, “pilar fundamental sobre el que descansa el edificio del psicoanálisis, su pieza más esencial” (Freud, 1990, Vol. XIV, p. 15): “...La escisión del contenido de consciencia es la consecuencia de un acto voluntario del enfermo, vale decir, es introducida por un empeño voluntario cuyo motivo es posible indicar” (Freud, 1990, Vol. III, p. 48).

únicamente en los términos psicológicos y que un modelo fisiológico, en últimas, sería requerido. Sigmund Freud consistentemente busca enfatizar en explicaciones psicológicas e insiste que es imposible, al menos actualmente, formular un adecuado esquema fisiológico; sin embargo, la insuficiencia de la psicología parecía justificar breves referencias a posibles factores fisiológicos”.

(Los) pacientes por mí analizados gozaron de salud psíquica hasta el momento en que sobrevino un caso de inconciliabilidad en su vida de representaciones, es decir, hasta que se presentó una vivencia, una representación, una sensación que despertó un afecto tan penoso que la persona decidió olvidar. (Freud, 1990, Vol. III, p. 49).

(Las...) representaciones inconciliables nacen las más de las veces sobre el suelo del vivenciar y del sentir sexuales, y las afectadas se acuerdan con toda precisión deseable de sus empeños defensivos, de su propósito "de ahuyentar" la cosa, de no pensar en ella, de sofocarla. (Freud, 1990, Vol. III, p. 49).

Estos son los puntos capitales de la teoría que desarrolla en el texto "Las neuropsicosis", en los anteriores y en los subsiguientes.

Ahora bien, las neuropsicosis de defensa eran uno de los dos grandes grupos taxonómicos en los que Freud reunió cierto número de afecciones psiconeuróticas. Es claro que Freud no intentó generalizar la noción de defensa ni al conjunto de la histeria, ni al conjunto de todas las entidades clínicas, como hará tiempo después. Neurosis actuales será el nombre que años más adelante utilizará para las neurosis cuya etiología se debía buscar en los desórdenes actuales de la vida sexual y no en acontecimientos importantes de la vida pasada. En este sentido, durante esa época la hipótesis de la defensa no se convirtió en definitiva para este grupo taxonómico, grupo conformado por las neurosis de angustia, la neurastenia y la melancolía. Freud señaló que los síntomas de estas neurosis no constituían una expresión simbólica de un conflicto psíquico. Lo que lo condujo a pensar que el mecanismo para su formación debía entenderse solo gracias a concepciones de tipo somático y no psicológico. "La fuente de la angustia no ha de buscarse dentro de lo psíquico. Por tanto, se sitúa en lo físico, lo que produce angustia es un factor psíquico de la vida sexual" (Freud, 1990, Vol. I, p. 229).

Así, dijo de cada una de las tres entidades que integran las neurosis actuales: "La melancolía se genera como acrecentamiento de neurastenia por masturbación... Se presenta en combinación típica con angustia grave" (Freud, 1990, Vol. I, p. 221).

"La neurastenia de los hombres es adquirida en la pubertad y sale a la luz en la tercera década de vida. Su fuente es la masturbación, cuya frecuencia es absolutamente paralela a la frecuencia de la neurastenia de los hombres" (Freud, 1990, Vol. I, p. 219).

El factor señalado aquí, la sexualidad conllevaba para Freud en ese entonces meros elementos fisiológicos: los efectos de su ejercicio, cuando era realizado de modo no adecuado, producían algunas alteraciones en el sistema nervioso

que terminaban por originar, si no eran hechas con prontitud las correcciones del caso, las diferentes afecciones neuróticas.

Las neurosis eran, en resumen, “perturbaciones del equilibrio por una descarga dificultada” (Freud, 1990, Vol. I, p. 226).

Para Freud, en estas consideraciones poco ayudaban puntualizaciones psicológicas. Así aseguró que la angustia se generaba simple y llanamente por la acumulación de libido. “... La angustia ha surgido por mudanza desde la tensión sexual acumulada” (Freud, 1990, Vol. I, p. 231).

Ahora bien, cuando intentó dar cuenta del mecanismo mediante el cual operaba ese modelo neurológico y plasmó sus intentos en varios de los manuscritos enviados a Fliess, a los cuales el más conocido es “El esquema sexual” (Freud, 1990, Vol. I, pp. 239-242) del Manuscrito G, no terminó por excluir en sus consideraciones al sujeto. Lo que él bosqueja no fue simplemente la descripción de un organismo que sufre las consecuencias de una enfermedad a la que se procuró descubrir sus mecanismos causales. Muy en oposición a lo que en un primer momento pudiera leerse en algunos de sus párrafos, las neurosis actuales no se constituyeron en dolencias fundamentadas en desafortunadas y fortuitas intoxicaciones, lesiones, infecciones o taras hereditarias. Estas neurosis, afecciones psiconeuróticas al fin y al cabo, recibían todo el influjo de la vida anímica.

... A partir de cierto valor, una tensión sexual despierta libido psíquica, que luego lleva al coito. Si la reacción específica no puede producirse, crece desmedidamente la tensión psicofísica, se vuelve perturbadora, pero no hay todavía fundamento alguno para su mudanza. Ahora bien, en la neurosis de angustia esa mudanza sobreviene [...]: La tensión física crece, alcanza su valor de umbral con el que puede despertar afecto psíquico, pero por razones cualesquiera el anudamiento psíquico que se le ofrece permanece insuficiente, es imposible llegar a la formación de un afecto sexual porque faltan para ello las condiciones psíquicas. Así, la tensión física no ligada psíquicamente se muda en [...] angustia. (Freud, 1990, Vol. I. p. 232).

Su teoría de las neurosis actuales no era, entonces, exclusivamente fisiológica, excluyente del ámbito de lo que cotidianamente se conoce como la vida psíquica.

Estos, los antecedentes del *Proyecto*, mostraron apelaciones a consideraciones fisiológicas, pero todas ellas inscritas en un marco psicológico general. En estas teorizaciones la angustia era concebida como un corolario de ciertas prácticas sexuales. Es decir, dependía de la realización o la abstención de formas particulares de la actividad sexual. Para Freud era claro que la angustia emergía a consecuencia de la transformación de la energía sexual acumulada. El mecanismo ahí operante obviamente solo podía ser dado en términos fisiologistas. Sin embargo,

el porqué de que una persona decidiera ejecutar algunas prácticas sexuales no fue explicado por Freud mediante consideraciones fisiológicas. En este punto, las consideraciones a las que apeló eran típicamente las que se ofrecen en la vida anímica. Las mayores tematizaciones neurológicas se dieron para comprender los mecanismos intervinientes en la transformación de la energía sexual en angustia, cuestión que era a su parecer la esencia de las neurosis actuales.

Sin embargo, resultó después difícil conciliar las hipótesis empleadas para ellas por un lado y para las neuropsicosis de defensa por el otro. Esa problemática proveyó de motivos para intentar producir una teoría eminentemente fisiológica en el año de 1895.

*He now regarded repression as a distinct and wholly pathological process... But, with the development of his model for anxiety neurosis, the distinction between repression and inhibition was blurred... is anxiety neurosis simply the pathological result of continuous, prolonged inhibition? This view is untenable if Freud wished to maintain that conversion is the result of a unique pathological process; and yet it seemed impossible to argue that anxiety neurosis involves a mechanism distinctly different from normal inhibition... these problems generated by Freud's studies of the simple neuroses... were the major inspiration for Freud's excursion into psychophysiology during 1895...: the project for a scientific psychology. (Levin, 1978, p. 157).**

En este orden de ideas, Freud interesado por definir la relación entre la represión y la excitación sexual somática, decide abordar la hipótesis de la represión en términos fisiologistas. Solo que ese intento le exigió mucho más de lo que inicialmente había presupuestado:

La psicología es realmente un calvario para mí; jugar a bolos o juntar hongos en el campo son, por cierto, cosas mucho más sanas. Después de todo yo solo pretendía explicar la defensa, pero hallé que eso me llevaba a explicar algo que pertenece al núcleo de la naturaleza. He tenido que elaborar los problemas de la cualidad, el dormir, la memoria: en suma, la psicología entera. (Freud, 1990, Vol. I, p. 326).

* “Él ahora indicó a la represión como un distinto y completamente patológico proceso... Pero, con el desarrollo de su modelo de la neurosis de la ansiedad, la distinción entre represión e inhibición fue borrada...¿es la neurosis de ansiedad simplemente el resultado patológico de una continua y prolongada inhibición? Este punto de vista es insostenible si Sigmund Freud deseaba mantener que la conversión es el resultado de un proceso patológico sin igual; y sin embargo parece imposible argüir que la neurosis de ansiedad involucra un mecanismo distinto de la normal inhibición... Estos problemas generados por los estudios de Sigmund Freud de la simple neurosis... fueron la mayor inspiración para la incursión de Sigmund Freud en la psicofisiología durante 1895:el proyecto para una psicología científica.

El *Proyecto* fue escrito entre septiembre y octubre de 1895. Contiene tres secciones. En la primera encontramos los principios sobre los cuales desarrolla su discusión. Ahí aborda, en veintidós apartados, los expedientes generales que constituyen el estudio de la psicología, todos ellos fundamentados en bases fisiologistas y mecanicistas.

La segunda y tercera partes del texto son un intento por aplicar los supuestos de la primera sección en el análisis de los procesos patológicos y en los decursos psíquicos normales. Ahora bien, conforme empiezan a transcurrir las páginas del escrito, surgen rasgos que no resultan característicos de quien se supone es dominado estrictamente por una visión mecanicista. Por ejemplo, reclama el mayor interés el hecho de que Freud se muestra renuente a adoptar claramente en uno de los puntos claves de este asunto la perspectiva obvia que le correspondería por ser guiado por ímpetus materialistas.

La conciencia es, sin más para todo mecanicista, un epifenómeno. En cambio, Freud adopta una posición intermedia al respecto.

Unas palabras sobre la relación de esta teoría (la de Freud) de la conciencia con otras. Según una avanzada teoría mecanicista, la conciencia es un mero añadido a los procesos fisiológico-psíquicos, cuya ausencia no cambiaría nada en el decurso psíquico. Según otra doctrina, conciencia es el lado subjetivo de todo acontecer psíquico, y es por tanto inseparable del proceso anímico-fisiológico. Entre ambas se sitúa la doctrina aquí desarrollada. Conciencia es aquí el lado subjetivo de una parte de los procesos físicos del sistema de neuronas, a saber, de los procesos w , y la ausencia de la conciencia no deja inalterado al acontecer psíquico, sino que incluye la ausencia de la contribución al sistema W . (Freud, 1990, Vol. I, p. 356).

Aún más curioso es que, después de definir al yo como una red de neuronas investidas, en las secciones ulteriores hace una descripción del funcionamiento del yo en un lenguaje de ningún modo fisiologista: “Para el yo se trata de no consentir ningún desprendimiento de afecto, porque así consentiría un proceso primario. Su mejor herramienta para esto es el mecanismo de la atención. Si una investidura que desprende displacer pudiera escapar a la atención, el yo llegaría demasiado tarde para contraponérsele” (Freud, 1990, Vol. I, p. 406). Y continúa afirmando: “Aquí no es ninguna percepción, sino una huella mnémica, la que inesperadamente desprende displacer, y el yo se entera demasiado tarde; ha consentido un proceso primario porque no lo esperaba” (Freud, 1990, Vol. I, p. 406).

El yo es un concepto que se encuentra por doquier en este texto. Freud lo liga a cada una de las facultades psíquicas por él tratadas y lo hace partícipe en casi

todos los procesos mentales. En este sentido, es él quien viene a determinar la forma final como se va a resolver un proceso. En consecuencia, ligera resulta ser la apreciación que declara que en el proyecto la psique ha sido pensada por Freud como un “aparato reflejo pasivo”, tal como señala, entre otros, Wallwork, porque como él mismo lo resalta, es una flagrante contradicción. “En el *Proyecto* Freud rompe en realidad con el materialismo de sus maestros helmholtzianos al proponer un “yo” decididamente no mecanicista capaz de percibir señales de displacer, de juzgar diferencias cualitativas (como las que hay entre la realidad y la fantasía), y adoptar medidas reparadoras” (Wallwork, 1994, p. 54).

El comportamiento del individuo no fue entonces para Freud en este periodo, ni siquiera en el *Proyecto*, una manifestación de procesos automáticos, reflejos, que el medio desencadenaba. “El proyecto propone un ego observador como un primer motor, el que quiere y el que conoce a final de cuentas y, por consiguiente, un homúnculo vitalista con cierto grado de autonomía” (Holt, citado por Ernest Wallwork, 1994, p. 54). Así pareciera que Freud llegó a la misma puntualización que Lacan, en conversación con Henry Ey, había logrado: “En toda concepción organicista del psiquismo se halla siempre disimulado ‘el hombrecito que hay en el hombre’, y velando porque la máquina respondiera” (Lacan, 1988, p. 150).

Y si esta conclusión es viable en el escrito paradigmático de la supuesta mirada físico-fisiologista, en los periodos iniciales del psicoanálisis, ¿qué no se puede afirmar, entonces, de los otros ensayos publicados? Como quiera, mecanicista o no, el *Proyecto* fue, tal como lo dice James Strachey, un esbozo inconcluso, desautorizado por su creador, redactado en un momento bien específico después del cual le suscitaron los mayores sentimientos de extrañeza por lo allí planteado.* Esta es una situación de fácil comprensión, puesto que ya había intelegido desde varios años atrás que el asunto de las neurosis solo podía ser explicado al modo como los poetas nos lo muestran:

No he sido psicoterapeuta siempre, sino que me he educado, como otros neuropatólogos, en diagnósticos locales y electroprognosis y por eso a mí mismo me resulta singular que los historiales clínicos por mí escritos se lean como unas novelas breves

* Un hecho llamativo fue que el mismo día en que envió a Fliess las correcciones realizadas al *Proyecto*, le fue enviado también el famoso manuscrito K, conocido como “Un cuento de navidad”. En este ensayo Sigmund Freud muestra sus reflexiones sobre las neuropsicosis de defensa a las que intenta dar cuenta mediante una hipótesis etiológica que involucra al tipo de vivencia sexual que se ha sufrido en la infancia. Así pues, a la par que incursionaba en un terreno fisiológico, se dedicaba igualmente a consideraciones de innegable importancia psicológica.

y de ellos esté ausente, por así decir, el sello de seriedad que lleva estampado lo científico. Por eso me tengo que consolar diciendo que la responsable de ese resultado es la naturaleza misma del asunto, más que alguna predilección mía. Es que el diagnóstico local y las reacciones eléctricas no cumplen mayor papel en el estudio de la histeria, mientras que una exposición en profundidad de los procesos anímicos como la que estamos habituados a recibir del poeta me permite, mediando la aplicación de unas pocas fórmulas psicológicas, obtener una suerte de intelección sobre la marcha de una histeria (Freud, 1990, Vol. II, p. 174).

La metapsicología

Muchas veces hemos oído sostener el reclamo de que una ciencia debe construirse sobre conceptos básicos claros y definidos con precisión. En realidad, ninguna, ni aun la más exacta empieza con tales definiciones. El comienzo correcto de la actividad científica consiste más bien en describir fenómenos que luego son agrupados, ordenados e insertados en conexiones. (Freud, 1990, Vol. XIV, p. 113).

Estas son las primeras líneas que Freud escribe en el texto inicial de una serie de trabajos redactados en 1915 y que agrupó bajo el nombre de “metapsicológicos”. El propósito de tales textos es, como se indica en el anterior párrafo, sistematizar y ordenar todo el saber y las hipótesis generados en la práctica psicoanalítica. La metapsicología abarca toda la serie de conceptos e ideas que Freud consagró para dar cuenta de lo que halló tras el velo de la consciencia. “... Es lícito usar el nombre de “metapsicología”... para mi psicología que lleva tras la consciencia” (Freud, 1990, Vol. I, p. 316).

El uso del prefijo *meta*, vocablo de origen griego que traduce “lo que está más allá”, indica la ruptura hecha por Freud con el común “supuesto de que la consciencia es, solo ella, lo psíquico, y entonces en la psicología solo resta distinguir, en el interior de la fenomenología psíquica, entre percepciones, sentimientos, procesos cognitivos y actos de voluntad” (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 155). La importancia de la metapsicología, enorme por cierto, radicaba en que gracias a esta Freud podía seguir ahondando en el campo de lo afectivo.

Si se pregunta por qué derroteros y con qué medios acontece ello, no es fácil de responder. Uno no puede menos que decirse: “entonces es preciso que intervenga la bruja”. La bruja metapsicológica quiero decir. Sin un especular y un teorizar metapsicológicos (a punto estuve de decir: fantasear) no se da aquí un solo paso adelante. Por desgracia, los informes de la bruja tampoco esta vez son muy claros ni muy detallados (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 228).

“La bruja”, “una fantasía”, “una mitología”, fueron entre otros los epítetos con los que Freud calificaba el gran edificio conceptual de la metapsicología. Ella, en su carácter más sistemático, designa a la descripción de los procesos psíquicos como abordables en tres dimensiones distintas: dinámica, tópica y económica. Dicha clasificación aspira a organizar las grandes tematizaciones realizadas por Freud sobre la psique humana que exponen la ficción de un aparato psíquico subdividido en instancias topográficas, la teoría de las pulsiones y los hipotéticos principios económicos del funcionamiento anímico. Este empeño de organización tiene que ver con el deseo del fundador del psicoanálisis por hacer de ella una ciencia que responda a las mismas exigencias a que están sometidos los otros saberes.

Ahora bien, esta búsqueda ha desatado una polémica de legitimación del discurso psicoanalítico, pues se asegura que Freud la acometió intentando situar su descubrimiento en los parámetros propios de las ciencias naturales.

En la metapsicología, al menos tal como está existió de 1900 a 1919, la conducta humana se contempla como una consecuencia de energías psíquicas cuasi físicas y de fuerza que operan de acuerdo con generalizaciones cuasi legislativas que no difieren en su esencia funcionalmente de las que son aplicables a los fenómenos naturales [...]. De esta suerte, la explicación se concibe como una empresa altamente reduccionista. Las emociones de las personas son descritas como fuerzas, y la lucha del individuo por los motivos en conflicto se define como “la regulación del aparato psíquico por medio del principio de placer u homeostasis” (Wallwork, 1994, p. 35).

Y agrega Wallwork: “Sin duda, en cuanto a la metapsicología, Freud escribe con frecuencia como si hubiera descubierto no solo fantasías y deseos inconscientes, sino más allá y a través de ellos, otro mundo de fuerzas mecanicistas que operan en un aparato mental parecido a un artefacto” (Wallwork, 1994, p. 36).

Acorde con lo anterior, al considerarse la metapsicología como dispuesta de modo tal que prescinde del “empleo del lenguaje intencional” (Wallwork, 1994, p. 36) y hasta opuesta a los principios que supeditan la psicología corriente de la praxis humana, se procura con ello una comprensión bifurcada de la experiencia freudiana en la que se presenta, de un lado, su práctica clínica mostrada en sus casos clínicos con predominio de una estructura conceptual hecha sobre la base de significados y motivaciones; y del otro, un teorizar formulado a través de metáforas y categorías neurológicas o fisicalistas.

En vista de la importancia del asunto, nos hallamos ante la necesidad de analizar los grandes lineamientos de la argumentación metapsicológica. No nos vamos a adentrar, sin embargo, en las dimensiones tópicas y dinámicas. La primera

será requerida en amplia medida para la reseña del siguiente tema del próximo capítulo. La segunda, la dimensión dinámica, remite ante todo a la cuestión de la pulsión, tema que ya fue objeto de nuestro análisis en el anterior capítulo. Nos queda la cuestión económica, cuya trascendencia en la doctrina psicoanalítica no ha menester subrayar. En este registro se integra lo conocido como los dos principios del acaecer psíquico: el *principio de realidad* y el *principio de placer*. La pregunta que nos hacemos en el asunto es la de saber si la dimensión económica que concierne sobre todo el principio de placer, es una concepción edificada a partir de premisas neurológicas, instituyendo con ello un principio biológico inquebrantable, que solo conduce a aproximaciones no psicológicas de la vida afectiva.

La multitud y los más vulgares ponen el bien supremo en el placer, y por esto aman la vida voluptuosa... (así) la mayoría de los hombres muestran tener decididamente alma de esclavos al elegir una vida de bestias, justificándose en parte con el ejemplo de los que están en el poder, muchos de los cuales conforman sus gustos a los de Sardanápalo. (Aristóteles, 1981, p. 17).

Sardanápalo fue un rey asirio del siglo VII a.d.C., protector de las artes y las ciencias, conquistador implacable pero más recordado por ser extremadamente licencioso al punto de satisfacer hasta los más depravados de sus deseos. Esta propensión lo volvió particularmente célebre y de ahí que Aristóteles lo señale como ejemplo de lo que puede llegar a ser una vida por entero entregada a los placeres.

Como se echa de ver, desde las más remotas épocas de la historia el placer ha sido un fenómeno que ha despertado los más vívidos intereses. Normalmente definido como la sensación que se produce tras la satisfacción de los deseos o necesidades, despierta el mayor interés a causa de ese supuesto poder envilecedor que es capaz de desarrollar en la mayoría de los hombres. Para Aristóteles, los cristianos, Kant y otros, el placer se constituye en un medio engañoso mediante el cual muchas personas tratan de obtener el preciado bien que es la felicidad, pero terminan siendo llevados a estados por entero contrarios. La facilidad con la que este se convierte en motivo para actuar comúnmente se justifica por el hecho de relacionarse con la satisfacción de las eventuales tendencias que trae la parte “animal” del hombre. Así pues, se asevera que cuando un hombre hace algo lo hace porque espera que sea placentero o porque cree que es un medio para obtener algo placentero. Las malas consecuencias que se prevén del ciego perseguir de lo que es placentero, es lo que ha llevado a que el placer sea objeto de frecuentes críticas y en algunos casos de menosprecio. Así, se rodea con una serie de normas todo lo relacionado con el placer ya que se supone que

solo de este modo son las personas conducidas a formas superiores y eternas de satisfacción. Educación es el nombre corriente que se le ha dado al proceso emprendido con dicho fin.

Este análisis se viene desarrollando desde hace siglos y probablemente lo empleó Freud para construir su concepto de principio de placer. Peter Amacher escribió un artículo para la revista *The Psychoanalytic Quarterly* llamado “The concepts of the pleasure principle and infantile erogenous zones as shaped by Freud’s neurological education”, en el que sostiene el punto de vista contrario sin tomar en consideración la general difusión de las afirmaciones arriba indicadas y lo cercano que estaban con las tesis globales de la teoría freudiana. Es de todo punto difícil suponer que Freud haya necesitado formación en anatomopatología para declarar que el placer puede constituirse en un principio rector de la conducta humana y esto por varias razones. Por ejemplo, en el texto *Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico* (1911), se observa que los términos en los cuales se definen estos principios son significativamente similares a los que la tradición ha expuesto. Así, Freud afirmó que la pérdida de esa función (que Pierre Janet llamó *de la fonction dú reel*), rasgo patognomónico de los neuróticos, era producido por un intenso displacer generado por un suceso de la realidad.

El neurótico se extraña de la realidad efectiva porque la encuentra –en su totalidad o en alguna de sus partes– insoportables. El tipo más extremo de este extrañamiento de la realidad objetiva nos los muestra ciertos casos de psicosis alucinatoria en los que debe ser desmentido el acontecimiento que provocó la insania (Griesinger). (Freud, 1990, Vol. XII, p. 223).

Sobre esta línea de pensamiento asegura que el aparato psíquico “... aspira a ganar placer; y de los actos que pueden suscitar displacer la actividad psíquica se retira” (Freud, 1990, Vol. XII, p. 224). Este es, según lo afirma en este texto, el principio inicial de la actividad anímica. Pero agrega que en el periodo en que el *Lust- prinzip* gobierna de modo absoluto, poco después ante los desengaños y la ausencia de satisfacción que este conlleva, se introduce un nuevo principio que demanda tomar en cuenta lo real aunque sea desagradable. El principio de realidad es el nombre que Freud otorgó a esta nueva exigencia por la que tiene que responder el aparato psíquico.

Tales afirmaciones muestran, entonces, que la formulación de los principios económicos, en su sentido más amplio y específico tenía como esquema general el decir de los antiguos y no los planteamientos de sus maestros de neurología. Dicho de otra manera, la lectura de los principios de acaecer psíquico en Freud requieren ser aprehendidos más como un fenómeno del orden moral que del

ámbito neurológico, y ello ante todo porque parecen ser retomados del primer orden señalado y no del segundo. Esto es lo que también asegura Levin al afirmar lo siguiente:

*the two other major concepts utilized by Freud in formulating his general psychology were both quite popular at this time and were also derived in large part from psychological observations and commonly perceived simply as psychological principles. It is therefore again incorrect to regard them as associated primarily or fundamentally with physiology. The concept of two modes of psychic functioning – one related to infantile behavior and involving reflex-like responses to excitation and attempts at immediate satisfaction of biological needs, and another emerging during later development and involving the inhibition of infantile behavior and a more circumspect and efficient search for satisfaction- was inspired by innumerable psychological phenomena (Levin, 1978, p. 250).**

Sin embargo, a pesar de la fácil corroboración de estas indicaciones una tendencia de varios lectores de la obra freudiana atribuye la formulación de los dos principios a las enseñanzas de algunos de sus profesores de medicina. Llevado el análisis de ese modo, el asunto toma obviamente matices neurológicos que terminan por evocar planteamientos del grupo de Helmholtz.

Como se recordará, los helmholtzianos habían establecido que todo organismo vivo, cual sistema físico, tiende hacia un estado de equilibrio de su potencial energético. Desde esa perspectiva, el reflejo sería el modo de descarga que tendría el organismo para evacuar los aumentos inusitados de excitación en el sistema nervioso. Pues bien, estas declaraciones, tal cual trasladadas al discurso de Freud, producen conclusiones como las que siguen:

Hay (una) idea, que atestigua la influencia de (la enseñanza de los maestros vieneses) en la metapsicología de Freud. La primera es la del reflejo hidráulico. Los maestros de Freud lo veían como el resorte principal del funcionamiento del sistema

* “Los otros dos mayores conceptos utilizados por Sigmund Freud en la formulación de su psicología general fueron ambos bastante populares en ese tiempo y fueron también derivados en gran parte de observaciones psicológicas simples y comúnmente percibidos como principios psicológicos. Es por lo tanto incorrecto relacionarlos como asociados primaria o fundamentalmente con la fisiología. El concepto de los dos modos de funcionamiento psíquico, uno relacionado con el comportamiento infantil que involucra respuestas como reflejas a la excitación y a los intentos de satisfacción inmediata de las necesidades biológicas, y el otro que surge después en el desarrollo e involucra la inhibición del comportamiento infantil y las más eficientes y circunspectas búsquedas para la satisfacción, fue inspirado por innumerables fenómenos psicológicos”.

nervioso. En el trabajo de Freud, eso se convierte en la idea de que cada función es reductible al principio del placer, y que los procesos primarios son realizaciones de deseo. [Amacher. Citado por Moustafa Saphouan (1982), p. 75].

El caso límite de una comprensión biologista del texto de Freud es el que enseguida se expone, y lo presentó Amacher en la revista *The Psychoanalytic Quarterly*. Amacher continúa con su argumentación:

Si confiamos en la noción del reflejo hidráulico, entenderemos el sistema nervioso como un sistema comparable a una malla de tubos en la cual fluyen, algo como un fluido, algo cuantitativo, llamado excitación o energía nerviosa y lo hace bajo una presión. Esta presión es generada por los órganos de los sentidos cuando son estimulados, y es proporcional a este estímulo. El fluido fluye a través de los tubos, esto es, a través del sistema nervioso, y es descargado en la extremidad motora del sistema, sobre todo por la contracción de los músculos. La cantidad permanece constante durante su paso a través del sistema y el alcance de la actividad motora sigue siendo por lo tanto proporcional a la del estímulo... (esto es) el principio del placer: la tendencia del aparato psíquico a funcionar de tal modo que la excitación que se ejerce sobre él se descargue. [Amacher. Citado por Moustafa Saphouan, (1982), p. 76].

Amacher no restringe el énfasis puesto en la visión fisiologista de Freud al principio de placer y la hipótesis de las zonas erógenas infantiles, sino que además lo hace extensivo a todo el conjunto de su teoría. Así para él *La interpretación de los sueños* cae igualmente bajo las mismas apreciaciones. “(Freud’s) dream theory was essentially a logical application to dreams of the (neurological) principles he had learned, not a synthesis resting on extensive subjective or clinical observations”.* (Amacher. Citado por Levin. Sigmund Freud’s early, 1978, p. 247).

Aunque es cierto que el principio de placer converge en alguna medida con nociones fisiológicas de las que Freud recibió fuerte influencia (como el principio de constancia de Fechner), no obstante el uso que hizo Freud de estos conceptos distó ampliamente del uso característico en la neurología. Si nos remitimos a sus escritos nos topamos con muestras de ello por doquier. Por ejemplo, examinando lo que se discute sobre este asunto en *La interpretación* y en *Formulaciones sobre los dos principios* se halla:

* La teoría de los sueños de Sigmund Freud fue esencialmente una aplicación lógica a los sueños de los principios neurológicos que él había aprendido, no una síntesis que descansa en amplias observaciones clínicas o subjetivas.

Intentemos trasladarnos retrospectivamente a una etapa más temprana de (la) capacidad de operación (del aparato psíquico). Supuestos que han de fundamentarse de alguna otra manera nos dice que el aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos. Pero el apremio de la vida perturba esta simple función. El apremio de la vida lo asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales. La excitación impuesta por la necesidad interior buscará un drenaje en la motilidad... El niño hambriento llorará o pateará inerte... Solo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (en el caso del niño, por el cuidado ajeno), se hace la experiencia de la vivencia de satisfacción que cancela el estímulo interno. Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. (Freud, 1990, Vol. V, p. 557).

Continuando su reflexión sobre este mismo punto, en otro texto agrega:

... en ese caso, lo pensado (lo deseado) fue puesto de manera simplemente alucinatoria, como todavía hoy nos acontece todas las noches con nuestros pensamientos oníricos. Solo la ausencia de la satisfacción esperada, el desengaño, trajo por consecuencia que se abandonase ese intento de alucinación por vía alucinatoria. En lugar de él, el aparato psíquico debió resolverse a representar las constelaciones reales del mundo exterior y a procurar la alteración real. Así se introdujo un nuevo principio en la actividad psíquica. Ya no se representó lo que era agradable, sino lo que era real... (Freud, 1990, Vol. XII, p. 224).

Son muchas las reflexiones que suscita la totalidad de este argumento. Sin embargo, restringiéndonos a lo que más nos aporta con respecto al surgimiento del principio de realidad, algo de no poca trascendencia habrá de advertirse: esto es, que Freud hace su emergencia inteligible introduciendo un dato psicológico. El desengaño, es el evento psicológico al que Freud se remite, evento que, cuando menos viene a indicar la existencia de un ser sensible y expectante en cuanto a los resultados de sus acciones.

La consideración de este aspecto tiene como corolario el poner en serio cuestionamiento el supuesto de que los principios del funcionamiento psíquico fueron postulados tomando como modelo la descarga refleja. Pues Freud hace depender la instauración del principio de realidad de la presencia previa de un elemento del sí mismo capaz de emprender otros modos de consecución de satisfacción, cuando esta no es lograda. Un elemento de sí que basará sus criterios en el placer o displeacer que arrojen sus actuaciones. De esta manera, el simple actuar reflejo

queda descartado por estar mediando en todo este proceso un ente sensible a lo que acontece, susceptible por ello de sufrir “una amarga experiencia vital” si no conquista los fines anhelados.

Sin embargo, esta no es la parte esencial de la objeción que se puede esgrimir contra las ligeras apreciaciones que se han hecho sobre los principios económicos de la vida anímica enunciados por Freud.

Sin detenernos en detalles, algunos psicoanalistas han subrayado, con particular énfasis, las distinciones sumamente importantes que traen algunos apartes del anterior párrafo citado. Grávida de consecuencias es la tesis freudiana según la cual los procesos primarios conforme al principio de placer, tienden hacia la alucinación. ¿Qué ha operado ahí para que bajo el efecto de tensiones el aparato psíquico alucine la presencia del objeto evocador de la vivencia de satisfacción?

La respuesta que en toda lógica se pudiera extraer del pasaje transcrito, es que Freud está describiendo las maniobras de un ser por lograr la adaptación a lo real. En esa medida, ante la ausencia de satisfacción de sus tensiones por vía alucinatoria, es luego obligado a atender la realidad para obtener la descarga anhelada. En palabras de Amacher, sería que el recién nacido, “cuando sus canales innatos no bastan para darle fin a la excitación” (Amache. Citado por Moustafa Saphouan, 1982, “El ser y el placer”, p. 76), inicia la “apertura de nuevos canales corticales”, que es lo que se conoce con el nombre de aprendizaje. El razonamiento hubiera sido del todo válido si no fuera por esta cuestión. El niño se verá sometido a una nueva situación de desengaño en su búsqueda dentro de la realidad, porque en ella no va a encontrar los medios para volver a recrear la vivencia de satisfacción. Dicho en otros términos, lo que Freud va a plantear después es que se observará al niño en una búsqueda infructuosa y hasta en alguna medida algo desesperada, aun cuando todas sus necesidades vitales estén colmadas. El chupeteo del dedo por parte del infante Freud lo inscribe precisamente en esta lógica, el cual, sin procurar ningún sustento al organismo se constituye en una de las actividades de mayor predilección del recién nacido. Este razonamiento

... entraña la instauración de un abismo en la supuesta complementariedad del sujeto y del objeto en una nueva posición, ajena como tal a la satisfacción de la necesidad, y que introduce a nivel del organismo una nueva forma de satisfacción –la realización– cuyo correlato es el sujeto mismo tal como Freud lo descubre en los procesos inconscientes. Allí Freud encuentra que la regla de la nueva satisfacción, la realización, para nada concuerda con la adaptación vital, que el placer buscado

se sitúa en las antípodas de la coaptación entre el organismo y su medio ambiente, incluso la contraria. (Rabinovich, 1988, p. 11).

¿Y qué es eso que para Freud conduce al sujeto “hacia una búsqueda infructuosa desde la perspectiva adaptativa, búsqueda signada por la repetición búsqueda de una percepción primera que tiene como marco una mítica primera vez, un mítico primer encuentro entre el sujeto y el objeto de satisfacción”? (Rabinovich, 1988, p. 11).

Pues bien, Freud señalará que es algo específico del sujeto humano, algo que adviene especialmente por el sueño y se produce de modo alucinatorio. Es algo que motivó a Freud a escribir estas palabras sobre el sueño: “Los elementos del sueño no son en ningún caso simples representaciones, sino experiencias verdaderas y reales del alma” (Freud, 1990, Vol. V, p. 52); resta decir su nombre: “Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo” (Freud, 1990, Vol. V, p. 558).

Todo lo expuesto significa, entonces, que para Freud el principio de placer entra a legislar desde sus inicios en un orden distinto al que concierne a lo biológico. Un orden en el que ni aun el principio de realidad logra imperar. Con la adopción del placer como un principio, Freud no ha caído (en los términos de G. Moore), en la falacia naturalista. No es ninguna forma de naturalismo lo que manifiesta dicho principio, pues la homeostasis hacia la cual tiende no es la del organismo. Ajeno a tal fin, impone al sujeto la búsqueda de un inalcanzable. Es este movimiento el que Freud bautizó con la expresión de “realización del deseo”, guiado este último por las pautas del principio de placer que impera en todo un campo de actividades.

Este punto será luego objeto de una mayor atención por parte de Freud, atención que lo inducirá después de iniciada la década de los años veinte a postular un “más allá del principio de placer”, dado el cúmulo de evidencia clínica que cuestionaba la hegemonía inicialmente atribuida al *Lust-prinzip*. El problema económico del masoquismo, la férrea adherencia de los neuróticos a sus síntomas, aun cuando les causaran los mayores sufrimientos y los frecuentes sueños de angustia que aquejaban a muchas personas después de graves conmociones dignas de ser llamadas traumáticas, fueron la serie de fenómenos que se le mostraron como no subordinados al principio de placer, instalándose así una incesante compulsión de repetición. “El enfermo –se sostiene– está, por así decir, fijado psíquicamente al trauma” (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 13).

La tesis de Freud se resume, entonces, en decir que los acontecimientos traumáticos son repetidos, no a pesar del displacer con que se asocian, sino a causa de

este mismo displacer. Los acontecimientos traumáticos producen perturbaciones económicas en el organismo de tal modo que el principio del placer queda inutilizable. Aquí Freud ha roto con la tradición psicológica corriente, aunque otra es la opinión que expresa Wallwork.

Con la publicación de “Más allá del principio del placer” en 1920, el modelo metapsicológico del principio del placer se puso al día con la psicología del desarrollo del ego y adoptó una forma más teleológica... De esta manera, la teoría psicoanalítica del hedonismo logra coincidir más cabalmente con la teoría hedonista clásica. (Wallwork, 1994, p. 122).

Con seguridad la interpretación de Wallwork al respecto se halla equivocada. Basta con leer las palabras introductorias de ese texto.

Pero entonces debemos decir, que en verdad es incorrecto hablar de un imperio del principio del placer sobre el decurso de los procesos anímicos. Si así fuera, la abrumadora mayoría de nuestros procesos anímicos tendría que ir acompañada de placer o llevar a él; y la experiencia más universal refuta enérgicamente esta conclusión. Por tanto, la situación no puede sino ser esta: en el alma existe una fuerte tendencia al principio del placer, pero ciertas otras fuerzas o constelaciones la contrarían, de suerte que el resultado final no siempre puede corresponder a la tendencia al placer. (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 9).

Por consiguiente, en oposición a lo que inicialmente había pensado el principio del placer no se constituyó ahora para Freud en el precepto fundamental que legislaba el funcionamiento del aparato psíquico.

...Así, no sería la función originaria del sueño, eliminar, mediante el cumplimiento de deseo las mociones perturbadoras, unos motivos capaces de interrumpir el dormir; solo podría apropiarse de esa función después que el conjunto de la vida anímica aceptó el imperio del principio del placer. (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 32).

Cualquier naturalismo que lo haya guiado en épocas anteriores, para 1920 va a quedar subvertido. El reinado del principio de placer Freud lo hace depender por entero de la posibilidad que tienen los procesos secundarios del aparato psíquico para “ligar” las cargas psíquicas móviles.

Hemos discernido como una de las más tempranas e importantes funciones del aparato anímico la de “ligar” las mociones pulsionales que le llegan, sustituir el proceso primario que gobierna en ellas por el proceso secundario, trasmudar su energía en investidura libremente móvil en investidura predominantemente quiescente (tónica). En el curso de esta transposición no es posible advertir el desarrollo de displacer, más bien al servicio del principio de placer; la ligazón es

un acto preparatorio que introduce y asegura el imperio del principio de placer.
(Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 60).

Freud afirma que lo que ocurre en las vivencias llamadas traumáticas es la imposibilidad de ligar las oleadas de excitaciones procedentes de distintos lugares

Creo que el concepto de trauma pide esa referencia a un apartamiento de los estímulos que de ordinario resulta eficaz. Un suceso como el trauma externo provocará, sin ninguna duda, una perturbación enorme en la economía energética del organismo y pondrá en acción todos los medios de defensa. Pero en un primer momento el principio de placer quedará abolido. Ya no podrá impedirse que el aparato anímico resulte anegado por grandes volúmenes de estímulo; entonces la tarea planteada es más bien esta otra: dominar el estímulo, ligar psíquicamente los volúmenes de estímulo que penetraron violentamente a fin de conducirlos, después, a su tramitación. (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 29).

Limitar el libre flujo de las excitaciones es la faena que ocupa al yo y que Freud nombró con el vocablo de “*bindung*”, ligar. Es decir, se deben crear las condiciones para que el principio de placer establezca sus dominios, requisito último previo que se ha de cumplir para la introducción de la inhibición característica de los procesos secundarios y del principio de realidad. La consecuencia clara de lo anterior, la expone Laplanche y Pontalis: “La energía libre misma, tal como se la descubre en psicoanálisis, no es una descarga masiva de excitación, sino una circulación a lo largo de representaciones, que implican la existencia de ‘lazos’ asociativos” (Laplanche y Pontalis, 1981, p. 216). Si hay tal *bindung*, las “representaciones ligadas” podrán ser objeto de los manejos defensivos característicos: reprimidas, olvidadas, y demás. De esta manera, placer y displacer van a estar asociadas con la emergencia en el sistema percepción consciente de una representación.

Dicho en otras palabras, el principio de placer no resulta ser en Freud una experiencia del orden de lo biológico, pues aquel se instituye y rige para la búsqueda de una satisfacción que va más allá de la necesidad fisiológica. Así, no serán los factores ofrecidos por la biología los que permiten la consecución del placer. “(El principio de placer) implica una tensión, pero una tensión que surge en la relación con el otro como lugar del lenguaje” (Safouan, 1982, p. 80). El desamparo al cual está abocado el recién nacido y la necesaria intervención del otro para la consecución de la satisfacción, hace que su llanto se constituya en la forma paradigmática de esa relación. El grito, en tanto es significado por el *nebenmensch*, el prójimo, como un llamado, muestra que toda tensión orgánica es únicamente tramitable en el ser humano a partir del lenguaje.

El principio de placer es para Freud, entonces, otra experiencia del discurso. “No es pensable el placer para el sujeto sin la representación por la misma razón de que no hay nada en el hombre que no esté mediado por el lenguaje” (Galende, 1992, p. 120).

En resumen, es gracias a la intervención del lenguaje, gracias a las redes de representaciones que este ofrece, que el *Lust- prinzip* se instituye en el ser humano, y permite además ser sustituido por el principio de realidad.

CAPÍTULO IV
El determinismo
del otro

La *vateraeiologie**

Vateraeiologie es un vocablo alemán utilizado por Sigmund Freud que sugiere la posible participación del padre en el desarrollo de las enfermedades nerviosas. El padre fue un personaje que surgió tempranamente en las teorizaciones de Freud. Relacionado casi siempre con la dimensión del poder y el abuso que de él pudiera hacer, fue emplazado en sus inicios dentro del marco de la teoría traumática. Padre seductor, incapaz de seguir los parámetros que él mismo con sus actos debe promover, vuelve víctimas a sus hijos. Esa fue la imagen que Freud primero presentó de este ser primordial.

Aun cuando la etiología traumática fue por entero cuestionada por su autor en 1897, la hipótesis se convirtió, no obstante, para muchos en la referencia más común al pensamiento psicoanalítico, haciéndosela extensiva y aplicable a toda formulación producida por Freud. Por ejemplo desde esta perspectiva, los niños son planteados, aun en el contexto teórico del relato edípico, como seres pasivamente moldeados según la serie de abusos, seducciones, errores o imposiciones que los progenitores hayan efectuado respecto a ellos. De acuerdo con tal consideración, a los seres humanos estructurados por las vivencias que otros activamente les infligieron, solo les queda lamentarse de los agravios recibidos después de haber alcanzado la edad para comprender los daños recibidos. Su máxima acción se reduce a intentar defenderse de la vivencia traumática de la cual fueron víctimas. Lo traumático es entendido, entonces, como proveniente siempre de afuera. Ni aun en el asunto de la adopción de la ley, se deja de implicar la *vateraeiologie*. La internalización de los preceptos normativos sociales se comprende desde este punto de vista, como consecuencia de la simple y llana imposición paterna o de la sumisión y sugestibilidad del niño ejemplificada vívidamente en las pasiones que caracterizaban a las histéricas.

Evidentemente, estas puntualizaciones serán correctas solo si el descubrimiento de la sexualidad infantil no implicó que el niño dejara de ser un objeto pasivo dispuesto para la libre satisfacción de las conflictivas mociones pulsionales de los adultos. Por lo tanto, lo que podría denominarse el desplome de la inocencia del niño será aquello que a continuación se buscará verificar en algunas de las principales tesis freudianas.

* Algunos aspectos muy generales de lo planteado aquí fueron tratados en el texto de Marco A Salcedo "La influencia de los otros y la responsabilidad del sujeto en su síntoma". En *Psicoanálisis y el hospital*. Noviembre de 2010. Vol 38. Buenos Aires, Argentina.

Ahora bien, sería quizá pertinente iniciar la reflexión sobre este asunto abordando el siguiente aspecto que subyace en el modelo de la teoría traumática: ¿qué tanta importancia atribuyó Freud a que la vivencia narrada por el paciente haya sido realidad?

En la teoría de la seducción es claro que la realidad fue el parangón con el cual se estudió la formación de los síntomas. Las hipótesis freudianas durante ese tiempo denunciaban públicamente las eventuales violencias sexuales que los padres habían cometido. El fundamento que servía de base para la creencia en la real ocurrencia de esos recuerdos estaba en la poca probabilidad de ser fingido el afecto concomitante con el cual era evocada la escena. Dudar del suceso equivalía a dudar de ese afecto y de los amplios esclarecimientos que brindaba. Además, el efectivo mejoramiento que sobrevenía tras la difícil confesión del hecho, en cierto modo disipaba toda duda al respecto. Es posible pensar que este privilegio que Freud confería a la realidad empírica en parte obedecía a su formación científica y positivista, en la medicina. En efecto, algo de la postura médica frente a la enfermedad parece dejarse traslucir en las primeras disertaciones. Apoyado en la confianza que inicialmente le otorgaba a la teoría de la seducción y con los conocimientos que empezó a acumular en lo relativo a las afecciones nerviosas, su intervención terapéutica procedía en el estilo típico de la operación médica. Es decir, se daba la situación de un paciente concebido en los parámetros tradicionales y de un facultativo que basado en los conocimientos adquiridos previamente esperaba aplicar y adaptar lo que en la teoría se había intelegido y generalizado. “A menudo habíamos comparado (Breuer y yo) la sintomatología histerica con una escritura figural que, tras describir algunos casos bilingües, atinábamos a leer. En ese alfabeto vómito significa asco” (Freud, 199, Vol. II, p. 145).

Así, en las condiciones ideales, un médico experimentado y profundo conocedor de su ciencia identificaba con precisión lo subyacente en los síntomas. Tan solo le quedaba la exigencia de adecuar su saber a las particularidades del caso. Pero en esencia su intervención se basaba en la universalización del sentido de los síntomas. Bajo el predominio de tal postura, Freud promovió el uso de las técnicas activas, a saber: la hipnosis, la denominada “técnica de la presión sobre la frente” (descrita en *Estudios sobre la histeria*) y la sugestión.

Ahora bien, en el decir mismo de Freud a la teoría de la seducción le llega el momento en que se hace inverosímil y da paso a la producción de una nueva teoría etiológica para las neurosis: el complejo de Edipo.

Y es lógico que esta modificación en la teoría etiológica y la concepción de paciente que allí se deriva también haya motivado modificaciones en la técnica empleada. Si el marco en el cual estaba inscrita la teoría traumática no sufrió una variación sustancial, se debería entonces encontrar una forma de intervención similar a la que él primero empleó, situación que por cierto no hubiese hecho posible y comprensible la teoría del complejo de Edipo y la forma de terapia después desarrollada. Evidentemente, si la realidad hubiere continuado subsistiendo como el criterio constitutivo de la doctrina psicoanalítica, es claro que ante la corroboración de la falsedad del testimonio de las pacientes histéricas solo habría cabido denunciar lo ficticio de su decir.

Luego, convencerlas de la irrealidad de sus recuerdos se hubiera establecido en el objetivo del análisis. Y hasta ese punto hubiera llegado la intervención y reflexión. Los límites del parangón de la realidad van hasta donde lo real se muestra seguro. Desde esta perspectiva toda incursión emprendida en lo que está más allá es incierta e inconsistente. La reflexión sobre las afecciones nerviosas puede adquirir consistencia tan solo con la sustitución por otro parangón. La pulsión o el deseo fue ese nuevo criterio, que guiaba el proceder terapéutico, muy distinto al que determinaba la realidad.*

Y es con esa misma lógica como Freud instituye los dos principios del acaecer psíquico. El principio de realidad no es más que un principio que introduce el tiempo en la satisfacción demandada por el principio de placer. La prelación dada por Freud a la realidad psíquica sobre la realidad exterior solo era posible con la transformación de la postura que el facultativo adoptara con el paciente. "... entre el cielo y la tierra hay cosas con que la sabiduría académica ni sueña. Quien se las ingeniara para hacer a un lado de manera [...] radical sus conocimientos previos descubriría sin duda (muchas) cosas..." (Freud, 1990, Vol. XVII, p. 13).

La declaración de Freud es el recuerdo de una conocida frase del *Hamlet* de Shakespeare, cuya importancia y corolario pretende luego ampliar: "La técnica psicoanalítica correcta ordena al médico sofocar su curiosidad y deja al paciente la libre disposición sobre la secuencia de los temas en el trabajo" (Freud, 1990, Vol. X, p. 138).

* Y en los psicóticos, en los concebidos como los "por fuera de la realidad" ¿sí cabría proceder con el parangón de la realidad? Es decir, al ser su caso lo extremo aparentemente en cuanto a lo alejado de lo que es real, ¿no se debería, cuando menos, empezar la intervención psíquica con la tentativa de persuadir al loco de la falsedad de su delirio y de lo desproporcionado de sus afectos y acciones? Si con el neurótico no opera esa consigna, es de suponer que con el psicótico mucho menos se hace conveniente su aplicación.

La técnica terapéutica psicoanalítica está, pues, dictada por el paciente y en cierta manera gobierna la posición del médico con respecto al enfermo. El método psicoanalítico y el dispositivo que de él se desprende, procuran hacer emerger los meandros característicos del movimiento pulsional y desiderativo del individuo. En este sentido se podría señalar que el procedimiento terapéutico freudiano va a asemejarse más a la marcha de una investigación que a la típica intervención de los galenos. Freud se comportaba al modo como el Sherlock Hommes hacía sus indagaciones. Escudriñaba en busca de pistas que lo dirigieran a la verdad y frente a ello los interrogantes de por qué, cómo y quién cometió un delito no resultaban posibles de responder dado que sucede como en el del crimen: solo siendo testigo o partícipe de él se tendría la respuesta.

Así pues, siguiendo el proceso inverso de la formación de la enfermedad e investigando sus orígenes Freud lograba la mejoría del paciente. En la intervención terapéutica el facultativo estaba obligado a abandonar todo juicio sobre la instauración y significado de los síntomas para evitar el peligro de hacer hablar a su teoría y no al paciente. Las personas encuentran siempre lo que ya traen. Esa es la suerte que habría que evitar y frente a ello Freud le sugiere al facultativo de la vida anímica no apropiarse del papel de médico, de *docto*, pues ese es el papel del sordo: "... el médico ha recibido en la universidad una formación que es casi la contraria de la que haría falta como preparación para el psicoanálisis" (Freud, 1990, Vol. XX, p. 216). De esta manera, únicamente mudándose "de la medicina científica al arte práctico de curar" (Freud, 1990, Vol. XX, p. 217), el médico o quien lo emule se convierte en psicoanalista.

Ahora bien, ¿qué implica que el complejo de Edipo se perfile "como el núcleo de las neurosis?" (Freud, 1990, Vol. XX, p. 52). Al ser para Freud este complejo la referencia necesaria y etiológica de toda producción sintomática psíquica, ¿se está ahí nuevamente responsabilizando por entero a los padres de las neurosis de sus hijos? El análisis de los grandes lineamientos que Freud trazó del complejo de Edipo no permite concluir eso. Y tal hipótesis es posible de verificar con la ilustración que a continuación mostraremos de la dinámica establecida por él para este complejo.

El inicio de los avatares edípicos fue especificado por el autor, apelando a un concepto fundamental: la identificación. Así aseguró:

El psicoanálisis conoce la identificación como la más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona. Desempeña un papel en la prehistoria del complejo de Edipo. El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos: toma al padre

como su ideal... (El niño) muestra dos lazos psicológicamente diversos: con la madre, una directa investidura sexual de objeto; con el padre, una identificación que lo toma por modelo. Ambos coexisten un tiempo, sin influirse ni perturbarse entre sí. Pero la unificación de la vida anímica avanza sin cesar, y a consecuencia de ella ambos lazos confluyen a la postre, y por esa confluencia nace el complejo de Edipo normal. (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 192).

El momento exacto que marca la instauración de la trama edípica, lo registra Freud en el instante en que el niño toma conocimiento de la existencia de seres castrados, es decir, de seres carentes de falo. Esta precisión fue ejemplificada sin igual en el caso del pequeño Hans:

El primer rasgo imputable a la vida sexual en el pequeño Hans es un interés particularmente vivo por su “hace pipí”. En todo ser vivo que él aprecia como semejante a sí, presupone esta sustantiva parte del cuerpo [...] Decidirse a renunciar a ella en un ser semejante a él importaría, se podría decir, una sacudida demasiado violenta de su “cosmovisión”; sería como si se la arrancaran a él mismo. (Freud, 1990, Vol. X, p. 88).

Para Freud, la comprobación de la falta de “hace pipí” pone en entredicho la concordancia entre la ley y el deseo. Así, situada como objeto de deseo a la madre, el padre desempeña la función de ley al demandar la renuncia del niño a la aspiración de realizar los deseos incestuosos hacia la madre. El éxito de tal mandato alcanza importantes consecuencias para Freud:

Discerniendo en los progenitores, en particular en el padre, el obstáculo para la realización de los deseos del Edipo, el yo infantil se fortaleció para esa operación represiva erigiendo dentro de sí ese mismo obstáculo... Esta alteración del yo reabre su posición especial: se enfrenta al otro contenido en el yo como ideal del yo o super-yo. (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 36).

Y su fracaso trae a su vez corolarios no menos significativos: “La formación de síntomas en las fobias, las histerias de conversión y las neurosis obsesivas, muestran su punto de arranque en la destrucción del complejo de Edipo [...] En el neurótico (este complejo) [...] no experimentó la trasmudación correcta” (Freud, 1990, Vol. XX, p. 117).

La dinámica mostrada en este modelo etiológico como tan a menudo sucede, podría dar lugar a interpretaciones en las que se excluye por entero la responsabilidad del sujeto en su padecer. Madres esquizofrenizantes; la opresión social; el *double bind*; la locura o las neurosis de los otros son argumentos que se esgrimen como el elemento clave para la comprensión de las afecciones anímicas, argu-

mentos que en alguna manera toman de base al complejo de Edipo. En síntesis todo y todos son responsables de la dolencia del individuo menos él mismo.

En líneas generales, en estas modalidades explicativas de la causalidad psicótica o neurótica se encuentra la apelación a dos categorías etiológicas distintas. O es lo social, o es lo biológico. O son los padres y el contexto sociocultural, o son los genes y cualquier otra anomalía fisiológica. Comúnmente, los hombres de ciencia se dividen entre quienes adoptan una u otra forma de causalidad y aquellos que promueven igual validez para ambas formas aduciendo una perfecta complementariedad entre ellas, pues se arguye que cada factor en particular es incapaz de dar cuenta por completo de los orígenes de las enfermedades nerviosas. Desde luego, lo notable es la ausencia del sujeto. ¿Bastaría “un organismo débil, una imaginación alterada, conflictos que superen a las fuerzas... (para alcanzar) los riesgos que rodean la locura?” (Lacan, 1988, p. 166). No, pues, “puede ocurrir que un cuerpo de hierro, poderosas identificaciones y las complacencias del destino, inscritas en los astros, conduzcan con mayor seguridad a esa seducción del ser” (Lacan, 1988, p. 165).

Así, en aquello que aparece como lo incomprendible para una teoría, su punto de tropiezo dado que no permite explicar cabalmente el porqué de la eclosión de una determinada forma de psicosis o neurosis y no de otra. En ese punto tal vez está expresándose el sujeto; esto es, la parte activa del ser sufriente.

Hablar de “condiciones necesarias” no es equivalente a hablar de condiciones suficientes. Podemos definir las primeras y demostrar que se las encuentra con gran frecuencia, pero no tenemos el poder de declararlas suficientes. Si fuese posible pasar de un calificativo a otro, dispondríamos de un modelo que daría acabada cuenta de la causalidad psicótica; y ello no ocurre. En este intervalo que separa a lo necesario de lo suficiente se sitúa, no solo a lo que escapa a nuestro saber, sino también lo que convierte a la psicosis en un destino en el que el sujeto tiene un rol propio y que no es un accidente sufrido en forma pasiva. (Aulagnier, Piera, 1993, p. 191).

El sentido de la trama edípica radica en que muestra los recorridos adoptados por la pulsión o el deseo en su afán por realizarse y adecuarse a las imposiciones externas e internas. De modo que desarrollada esta estructura en función de los intentos de satisfacción de las aspiraciones pulsionales y desiderativas ¿a quién, entonces, le corresponde la verdad ahí denunciada? ¿De los padres? En alguna medida tal vez sí. Sin embargo, siempre será la del sujeto para quien le es inevitable recurrir a sus padres en sus años de infancia dado el desvalimiento biológico en el cual nace.

Desde la primera forma de complejo, el complejo del destete, para Lacan es posible reconocer el sujeto.

Traumático o no, el destete deja en el psiquismo humano la huella permanente de la relación biológica que interrumpe. Esta crisis vital se dobla en efecto de una crisis del psiquismo, la primera sin duda, cuya solución tenga una estructura dialéctica. Por primera vez, según parece, una tensión vital se resuelve en intención mental. Según esta intención, el destete es aceptado o rechazado; la intención ciertamente es muy elemental puesto que no puede ser atribuida siquiera a un yo rudimentario; la aceptación o el rechazo no pueden ser concebidos como una elección, puesto que, en ausencia de un yo que afirme o niegue, no son contradictorios, sino polos coexistentes y contrarios, y determinan una actitud ambivalente por esencia, aunque uno de ellos prevalezca en el destete. (Lacan, 1994, p. 11).

Así pues, ahí mismo, en el hecho de que solicita a sus progenitores los elementos necesarios para llegar a constituirse, Freud prelude los movimientos propios de un sujeto.

Al comienzo de todo, en la fase primitiva oral del individuo, es por completo imposible distinguir entre investidura de objeto e identificación. Más tarde, lo único que puede suponerse es que las investiduras de objeto parten del ello, que siente las aspiraciones eróticas como necesidades. El yo, todavía endeble al principio, recibe noticias de las investiduras de objeto, les presta su aquiescencia o busca defenderse de ellas mediante el proceso de la represión. (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 31).

En esta comunicación, que tiene como base las elucidaciones desplegadas en *Duelo y melancolía*, Freud señala al recién nacido como dirigido a un objeto, que luego es reintegrado en sí. Según Freud, de esa manera el yo es estructurado.

Si un tal objeto sexual es resignado, porque parece que debe serlo o porque no hay otro remedio, no es raro que a cambio sobrevenga la alteración del yo que es preciso describir como elección del objeto en el yo, lo mismo que en la melancolía... Es este un proceso muy frecuente, sobre todo en fases tempranas del desarrollo, y puede dar lugar a esta concepción: el carácter del yo es una sedimentación de esta elección de objeto... (Aunque) también cabe considerar una simultaneidad de investidura de objeto e identificación, vale decir, una alteración de carácter antes que el objeto haya sido resignado. (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 32).

Freud hace aquí un paralelo con la situación del banquete totémico para aclarar aún más su postura:

Un interesante paralelo a la sustitución de la elección de objeto por identificación ofrece la creencia de los primitivos de que las propiedades del animal incorporado como alimento se conservan como rasgos de carácter en quien lo come, al igual que las prohibiciones basadas en ella. Según es sabido, esta creencia constituye

también una de las bases del canibalismo y se continúa, dentro de la serie de los usos del banquete totémico, hasta la sagrada comunión. (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 31, Nota 6).

En resumen, el acto de la devoración caníbal es “el paradigma de lo que más tarde, en calidad de identificación desempeñará un papel psíquico tan importante” (Freud, 1990, Vol. VII, p. 247).

El niño, prisionero ahora de las identificaciones y elecciones de objeto que han constituido su estructura psíquica, colabora activamente en su satisfacción pulsional creando guiones fantasiosos que luego son destinados a la represión. Estas mismas fantasías pueden con el tiempo desarrollar efectos patológicos que se hallan en la base de los síntomas neuróticos. “(Las fantasías) tienen gran importancia para la génesis de diversos síntomas, pues proporcionan directamente los estadios previos de estos, vale decir, establecen las formas en que los componentes libidinales reprimidos hallan su satisfacción” (Freud, 1990, Vol. VII, p. 206, Nota 28).

Las fantasías, estadios psíquicos previos a la emergencia sintomática, delatan en forma evidente la participación del sujeto en sus padecimientos por el hecho de que el individuo busca ávidamente entregarse a la elaboración de “sueños diurnos” para lograr “cumplimientos de deseos engendrados por la privación y la añoranza” (Freud, 1990, Vol. IX, p. 141); sueños diurnos que van a “proporcionar la clave para entender los sueños nocturnos; el núcleo de (estos últimos)... no es otro que estas fantasías diurnas complicadas, desfiguradas y mal entendidas por la instancia psíquica consciente” (Freud, 1990, Vol. IX, p. 141). Entre esos deseos que pugnan por satisfacerse a través de la fantasía, Freud subraya en particular uno: el del deseo de saber. Intensamente relacionado con la investigación sexual de los primeros años de infancia, mostró en el caso del pequeño Hans que su conformación se daba con total independencia de las sugerencias de los mayores.

[...] en el curso del análisis, nuestro pequeño paciente ha mostrado independencia suficiente para poder absolverlo del veredicto de “sugestión”. Como todos los niños, aplica a su material sus teorías sexuales infantiles, sin recibir incitación alguna para ello. Y considérese que tales teorías son enteramente ajenas al adulto; además, en este caso yo había omitido preparar al padre anticipándole que el camino al tema del nacimiento tenía que pasar para Hans a través del complejo de excreción. Lo que a raíz de mi negligencia se convirtió en una parte oscura del análisis proporcionó luego, al menos, un buen testimonio sobre el carácter genuino y autónomo del trabajo de pensamiento en Hans. (Freud, 1990, Vol. X, p. 87).

La teoría cloacal es una de las teorías sexuales preedípicas comunes en los niños que al ignorar la distinción entre la vagina y el ano suponen que el nacimiento de los bebés se produce al modo como se expulsan los excrementos. Dicha teoría intenta responder uno de los interrogantes que asedian al niño: cómo los bebés llegan al mundo. Esta y otras teorías el infante las desarrolla en su intento por comprender las cosas inquietantes de la realidad, y como se echa de ver, prueban que sin importar cuál sea la explicación que un adulto le dé a un niño para responder su pregunta de cómo nacen los bebés (la teoría de la cigüeña, la teoría científica oficial o demás) el pequeño siempre dará preferencia a la tesis por él mismo creada.

De tal manera que para Freud, en el niño, en el adulto, en el histérico; en fin, en cualquier sujeto, la aprehensión de la realidad está altamente determinada por lo que constituye su verdad interior; verdad interior que el dispositivo y la teoría psicoanalítica intentan revelar.

[...] Me veo obligado a tramitar dos objeciones que se elevan contra la valoración de este análisis (el del pequeño Hans) [...] se aseverará que carece de todo valor objetivo este análisis realizado por un padre prisionero de mis opiniones teóricas y aquejado de mis prejuicios. Se dirá que un niño, desde luego, es sugestionable en alto grado, y quizá más por su padre que por cualquier otra persona: se lo deja imponer todo por amor de su padre, en agradecimiento de que se ocupe tanto de él; así, sus enunciados no tendrán ninguna fuerza probatoria, y sus producciones en materia de ocurrencias, fantasías y sueños seguirán naturalmente la orientación hacia la cual se lo ha esforzado por todos los medios. En suma, otra vez, se trataría solo de "sugestión", con la única diferencia de que sería más fácil desenmascararla en el niño que en el adulto. Yo no comparto el punto de vista, que hoy goza de predilección, según el cual los enunciados de los niños serían por entero arbitrarios e inciertos. Arbitrariedad no la hay, absolutamente en lo psicológico [...] Se haría grave injusticia a nuestro pequeño Hans si se desestimaran en bloque sus indicaciones; antes bien, es posible distinguir con toda nitidez donde falsea o se reserva cosas bajo la compulsión de una resistencia, donde indeciso él mismo, adhiere al parecer de su padre, y donde, liberado de la presión, comunica a borbotones lo que es su verdad interior y lo que hasta entonces solo él ha sabido. (Freud, 1990, Vol. X, p. 85).

Lo anterior lleva nuevamente a decir que el abandono del uso de la sugestión es el primer requisito impuesto a aquel que pretende emplear el método psicoanalítico.

(El influjo personal del analista) existe y desempeña un gran papel en el análisis. Pero no el mismo que en el hipnotismo. Con toda seguridad podría probarle que las situaciones son enteramente diversas allá y aquí; acaso baste con señalar que no empleamos ese influjo personal —el factor "sugestivo"— para suprimir los síntomas patológicos, como acontece en la sugestión hipnótica. Además, que sería erróneo creer que ese factor es exclusivo soporte y promotor del tratamiento. Al comienzo,

vaya y pase; pero luego contraría nuestros propósitos analíticos y nos constriñe a adoptar las más vastas contramedidas. (Freud, 1990, Vol. XX, p. 178).

Y aun cuando el terapeuta insistiera en el uso de la técnica sugestiva, el paciente tiene, a pesar de lo que eventualmente se pudiera suponer, la alternativa de hacer oídos sordos a la violencia del facultativo.

La sugestión [...] es un hecho básico de la vida anímica de los seres humanos. Por tal la tiene en efecto Bernheim [...] pero bien lo recuerdo, ya en esa época sentía una sorda hostilidad hacia esa trama de la sugestión. Si un enfermo no se mostraba obediente, le espetaban: "¿qué hace usted, pues? Vous vous contre-suggestionnez!" me dije entonces que eso era una manifiesta injusticia y un acto de violencia. Sin duda alguna, el sujeto tenía derecho a contrasugestionarse cuando se intentaba someterlo con sugestiónes. Por eso más tarde mi resistencia tomó el sesgo de una rebelión frente al hecho de que la sugestión, que lo explicaba todo, se sustrajera ella misma a la explicación. (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 85).

El psicoanálisis es un procedimiento terapéutico muy distinto de la sugestión. Esto lo reitera Freud insistentemente: "El análisis es un procedimiento *sui generis*, algo nuevo y peculiar, que solo puede ser conceptualizado con ayuda de nuevas intelecciones" (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 85). La novedad radica en que se conduce en torno a lo que en el individuo se evoca, más allá de todo determinante, influjo, imposición o accidente que él reciba o haya recibido. El hecho decisivo que se indica es que algunos eventos, sin importar su gravedad o característica no tienen una significación unívoca para todos los individuos. Con otras palabras, no hay eventos traumáticos *per se*, tal como en un primer momento Freud señaló. Todo suceso adquiere un sentido determinado mediado por la interpretación que el sujeto haga de él. Así, bien podría presentarse la situación de dos instantes diferentes para la eclosión sintomática de una enfermedad psíquica: un tiempo en el que aconteció el evento y otro en el cual se da la comprensión de lo ocurrido; tan solo después de la llegada de la segunda fase de este proceso, los síntomas emergen. Esto Freud lo aseveraba desde sus *Estudios sobre la histeria*, en 1883 y en sus subsiguientes casos puntualizaba iguales consideraciones:

(El interés de Hans por el "hace pipí") lo estimuló a tocarse el miembro. A la edad de tres años su madre lo encuentra con la mano en el pene. Ella lo amenaza: "si haces eso, llamaré al doctor a que te corte el 'hace pipí...'" [...] En aquel momento la amenaza no produjo efecto alguno. Respondió impávido que entonces haría pipí con la cola. Y se ajustaría por entero al comportamiento típico que la amenaza de castración adquiriera vigencia ahora, con efecto retardado (nachträglich), y él entonces, un año después, estuviera con la angustia de ser despojado de esa querida pieza de su yo. Tales efectos retardados de mandamientos y amenazas recibidos en la niñez se pueden observar en otros casos clínicos, donde el intervalo llega a abarcar un decenio y más todavía. Hasta conozco casos en los cuales la

“obediencia de efecto retardado” de la represión (esfuerzo de desalojo) desempeña la parte principal en el determinismo de los síntomas patológicos. (Freud, 1990, Vol. X, p. 31).

De tal manera, ni aun en las neurosis que resultan tras sufrir situaciones altamente difíciles, como accidentes, guerra y demás, ni aun en estas situaciones el individuo y su biografía no dejan de estar ahí dados, y este se halla en las reacciones y efectos subsiguientes al suceso. Lo traumático no es para Freud lo que físicamente el individuo vio comprometido en el incidente. Curiosamente, a su entender, las heridas físicas evitan la formación de neurosis. “Un simultáneo daño físico o herida contrarresta en la mayoría de los casos la formación de neurosis” (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 12). Lo traumático puede ser, lo no sucedido. Lo que el sujeto piensa que muy eventualmente le pudo haber ocurrido y no le aconteció. O también, lo es aquello que puede llegar a significar lo sufrido, más allá de los daños corporales. En un universo de sentido, se inscribe la conformación de los síntomas psíquicos. Y para Freud, en eso está comprometido el yo. “Puede llamarse síntoma también toda inhibición que el yo se imponga. Puesto que hemos reconducido el desarrollo de angustia a la situación de peligro, preferiremos decir que los síntomas se crean para sustraer de ella al yo” (Freud, 1990, Vol. XX, p. 136).

En sentido estricto, la entera dependencia de las afecciones anímicas y sus síntomas a la inscripción simbólica es lo que hace comprensible que situaciones nimias, situaciones en las que no existe la más mínima posibilidad de daño corporal, tengan elevadísimas influencias sobre el individuo. ¿Qué peligro real puede poseer para la salud física de alguien la presencia de un insecto pequeño? ¿Qué hay de traumático, *per se*, en el hecho de que un gato negro se atraviesa en el camino de una persona? Y situaciones de ese tenor tienen en innumerables ocasiones efectos de verdaderos traumas, tanto como lo pudiera ejercer eventos comprensiblemente traumáticos. Si el modelo predominante en la teoría psicoanalítica hubiera estado fundamentado en un marco de lo traumático, de ningún modo le hubiese sido inteligible una serie amplia de fenómenos anímicos. Además, con lo efectivamente ocurrido, ¿qué se puede hacer? Si no mediara el yo en la significación que adquiere un hecho, si un accidente tuviera sentido penoso de por sí, ¿qué procedimiento médico podría aliviarlo? Solo la compasión sería posible ofrecérsele. Sin embargo, no es ese el caso. Aunque el individuo haya padecido lo indecible, resulta factible que él logre sojuzgar neurosis eclosionadas tras graves acaecimientos. De esta manera, con la reforma del sentido que se le ha otorgado a una vivencia –reforma que es correlativa a una modificación estructural al nivel del yo– es alcanzable una cierta estabilidad o salud psíquica que le permita al sujeto vivir.

Los eventos pasados y algunas situaciones de peligro no son susceptibles de cambio alguno. La teoría psicológica que base sus postulados en ellos está de ese modo sellando la condena del individuo a aquello que ya ocurrió. Sin embargo, no es ese el caso de la doctrina desarrollada por Freud. Muy por el contrario, el énfasis puesto lo hizo sobre el sujeto al postular que se debe intentar conseguir que el “yo logre echar las barreras de la represión que él mismo había erigido (para que recupere así) su influencia sobre la moción pulsional y (guíe) el nuevo decurso pulsional en el sentido de la situación de peligro ahora alterada” (Freud, 1990, Vol. XX, p. 144); esa es la aspiración que domina la intervención psicoanalítica.

En este orden de ideas, no son los sucesos traumáticos o las alteraciones fisiológicas el factor etiológico que propone el psicoanálisis para hacer inteligible las afecciones nerviosas. Lo puesto en relieve son los nudos de significación que los hechos puedan engendrar para el sujeto.

Es muy de lamentar que siempre quede insatisfecha la necesidad de hallar una “causa última” unitaria y aprehensible de la condición neurótica. El caso ideal, que probablemente los médicos sigan añorando todavía hoy, sería el del bacilo, que puede ser aislado y obtenerse de él un cultivo puro, y cuya inoculación en cualquier individuo produciría idéntica afección. O algo menos fantástico: la presentación de sustancias químicas cuya administración produjera o cancelara determinadas neurosis. Pero no parecen que puedan obtenerse tales soluciones del problema. (Freud, 1990, Vol. XX, p. 144).

De acuerdo con Freud, el psicoanálisis pretende conducirse hacia otros expedientes.

Cuando en el análisis prestamos al yo el auxilio que le permite cancelar sus represiones, él recupera su poder sobre el ello reprimido y puede hacer que las mociones pulsionales discurren como si ya no existieran las antiguas situaciones de peligro. Lo que conseguimos armoniza bien con el alcance ordinario de nuestra operación médica. En efecto, por regla general nuestra terapia debe contentarse con producir de manera más rápida y confiable, y con menor gasto, el desenlace bueno que en circunstancias favorables se habrá producido espontáneamente. (Freud, 1990, Vol. XX, p. 145).

Las imposiciones normativas de la sociedad al sujeto

Una lógica similar a lo anteriormente descrito es posible encontrar en el análisis que Freud realizó del tema de las imposiciones normativas. En *Las servidumbres del yo*, el quinto capítulo de *El yo y el ello*, expone la problemática de un superyó que se muestra atormentador e implacable en sus reproches al yo consciente.

En ciertos hechos de la clínica Freud vio ejemplificado esa problemática: la reacción terapéutica negativa, la melancolía y la neurosis obsesiva. En todas estas circunstancias, el superyó se muestra capaz de formular penosos e intensos reclamos contra el yo, cuando surge la menor insinuación de deseos no acordes con los mandatos legales. De estos planteamientos, bien podría desprenderse la idea de que en la naturaleza especial de estos hechos, Freud además de encontrar ahí los máximos grados de alienación a la ley logró confirmar que la exigencia normativa va en contra de los movimientos realizatorios del deseo.

Tal idea recuerda sucintamente los grandes ejes de las explicaciones que eminentes filósofos ofrecieron con respecto a la inquietud de por qué los seres humanos acatan las imposiciones normativas de su sociedad. Ilustremos brevemente las respuestas que dos filósofos en forma paradigmática realizaron sobre este asunto: Hobbes y Kant. El filósofo inglés Thomas Hobbes expone su posición en torno al marco ideológico que brinda la concepción del hombre como un *Lupus hominis*. Así, asegura que los hombres solos acatan las normas porque quienes ostentan las insignias legales toman las medidas necesarias para que ello efectivamente ocurra. El ser humano se constituye para Hobbes en un ser en cierta manera animalizado, que solo bajo la estricta vigilancia no se pervierte ni autodestruye. Requerirá por lo tanto de un supremo amo con una fuerza lo suficientemente atemorizante para que sea obligado a seguir el buen camino. Según este autor, la naturaleza violenta del hombre (que lo asemeja a un lobo) lleva que sea fácil víctima de sus pasiones egoístas; pasiones que únicamente es posible regular configurando un sistema institucional omnipotente y amenazante. El fundamento de la ley en el modelo hobbesiano se halla, entonces, por fuera del sujeto y no dentro de él. Esta posición contrastará con las propuestas que otros autores plantearon sobre esta misma temática. El fundamento exterior que le ha dado Hobbes a la ley es negado abiertamente por filósofos como Kant, Descartes y otros más, quienes aseguran que en el interior del hombre, después de superado el periodo de infancia se asienta el poder iluminatorio de la razón. Con las luces proporcionadas por esta magna instancia psíquica, se establece que los hombres pueden evaluar los efectos de sus actos y por consiguiente comprender que el quebrantamiento de las normas del buen convivir traen perjudiciales consecuencias para el individuo y para sus congéneres.

El fundamento de la ley se presenta aquí en el interior del ser humano y ante la común situación del infringimiento de las rigurosas estipulaciones que la ley ha dictaminado, se esgrimen tres clases de razones: o el sujeto no está haciendo uso de las facultades intelectivas que el buen Dios brindó a todos los seres humanos; o es la razón en el sujeto infractor particularmente débil, por algún

defecto de naturaleza; o si no, es esta facultad en cierta forma impotente frente a unas pasiones indomeñables que impelen al individuo a actuar en contra de lo que él sabe es lo correcto.

Estas dos clases de explicaciones paradigmáticas del asunto de la asunción de la ley, evidentemente se oponen en un punto bien específico: en dónde localizar la entidad con funciones reguladoras, fuera o dentro del individuo. Sin embargo, ambas coinciden en un aspecto: signarán las pasiones como agentes perturbadores en la vida del sujeto, agentes con los que no se puede ser indulgente y complaciente, pues se constituyen en motivos para el frenesí de los hombres. Con tal supuesto para las pasiones, asegurarán, entonces, que la ley y las normas son aspectos de la vida que hay que cultivar y favorecer. Ello, obviamente va en contra de lo que el llamado rebelde espera y le da razones para esgrimir acusaciones como las que siguen: quien se acoge a los parámetros legales está de ese modo desistiendo a tomar sus deseos como guía para su conducta. La ley tiene una dimensión meramente alienante, es lo que en resumidas cuentas declara y está enfocada a asegurar la eliminación de toda diferencia subjetiva. No es necesario evocar las experiencias de la clínica para ilustrar aquello a lo que aludimos. Basta con recordar los decires de los adolescentes quienes consideran que a través de las normas sociales se mutila la libre expresión del deseo individual.

La reflexión de Freud indudablemente no podía escapar a todo este marco de comprensión. De hecho, en algunos de sus textos se hallan planteamientos cercanos a los previamente indicados. Esto ha permitido que muchos de sus conceptos sean integrados sin más a una visión de conjunto igual a la anterior. Acorde con esto, resultaría, entonces, fácil de creer que Freud, al atribuirle un fundamento emotivo y no intelectual a la instancia interdictora, se puso en contra de la norma, quizás, se dirá, por haber captado su dimensión eminentemente alienante. Y si a esa conclusión se llega, el señalamiento de un postulado de un carácter por entero opuesto puede también extraerse en este punto. En efecto, con base en algunas de sus afirmaciones es posible postular que Freud mostró el lado predominantemente benéfico de la ley, resguardando al mismo tiempo, el ideal del hombre normatizado. Al fin y al cabo, es factible afirmar que el sujeto castrado no es otro que el individuo que actúa conforme a la regla. Reducida así la ley a su aspecto interdictor, la cura pasa, entonces, a ser un procedimiento terapéutico en el que se pugna por hacer del sujeto “por fuera de la ley” un hombre respetuoso y obediente de las prohibiciones sociales. El argumento aducido es que Freud, al concebir el superyó como una directa consecuencia de la trama edípica, estaba indicando que los preceptos morales

mediante los cuales el individuo reglaba sus acciones eran simple y llanamente un eco de las interdicciones parentales. Si Freud hubiera adoptado tal supuesto otra vez se habría caído en las redes explicativas propias de la *Vateretiologie*. Dicho supuesto indicaría, entonces, que el sujeto debe adecuarse a la ley tanto como a la realidad.

Esta última idea es en alguna medida el resultado de la comparación de las ideas de Freud con lo que de común se había colegido de la conciencia moral: esta sería una instancia integrada de mandatos que el mismo sujeto ha aceptado y refrendado, al comprender los enormes beneficios que otorga su seguimiento.

Sin embargo, la posición de Freud puede nuevamente ser contrapuesta a tales versiones, ya que él no se acogió a esa oposición entre norma y pasión que induce a elegir entre el “bueno” y el “malo”. Es decir, Freud no dijo ni que la ley es “buena” porque ayuda a regular al disfuncionador deseo, ni que la ley es “mala” porque va en contra del buen deseo. Veamos, pues, su postura. Y en este sentido, puede empezarse por señalar lo siguiente:

Ya dijimos repetidamente que el yo se forma en buena parte desde identificaciones que toman el relevo de investiduras del ello, resignadas; que las primeras de estas identificaciones se comportan regularmente como una instancia particular dentro del yo, se contraponen al yo como superyó, en tanto que el yo fortalecido, más tarde, acaso ofrezca mayor resistencia a tales influjos de identificación. (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 49).

Estas consideraciones subrayan, primeramente, la particularidad de que la identificación es la clave conceptual que permite comprender el proceso de formación del yo y del superyó. En este sentido, Freud indica que en el niño se da una identificación con los padres grandiosos de la primera infancia. “Es la identificación inicial, ocurrida cuando el yo era todavía endeble” (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 49).

Freud después declara que dicha identificación, “monumento recordatorio de la endeblez y dependencia en que el yo se encontró en el pasado” (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 49), le está reservado el destino de ser desmantelado. El yo ideal que se deriva de la identificación con los padres omnipotentes, sufre una penosa destitución cuando el niño descubre la castración en esos mismos padres. El movimiento que de ahí en adelante emprende el sujeto, es motivado por una única ambición: “Ser de nuevo, como en la infancia su propio ideal [...]: he aquí la dicha a la que aspiran los hombres” (Freud, 1990, Vol. XIV, p. 97). De tal manera, “el desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto al narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento

acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde fuera; la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento de este ideal” (Freud, 1990, Vol. XIV, p. 96).

El destino al cual ha sido sometida esa identificación enseña que ha servido de base para la conformación de una nueva instancia psíquica: el superyó o el ideal del yo.

Superyó e ideal del yo son dos conceptos utilizados indistintamente por Freud para referirse a esa instancia que deriva de la resolución del complejo de Edipo y que tiene por cometido la vigilancia de las actuaciones o resoluciones del yo. Estos dos conceptos serán luego objeto de diferenciación en las teorizaciones ulteriores que desarrollarán los psicoanalistas después de Freud, en especial Jacques Lacan. Así, la divergencia entre las dos instancias indicadas se podría resumir en la idea de que el superyó es la organización psíquica encargada de preservar las prohibiciones impartidas por los progenitores y para quienes ha ocupado un lugar similar.

Por su parte, el ideal del yo es la formación a la cual es destinada la identificación ideal producida por el niño con esos padres igualmente ideales, de la primera infancia; identificación quebrantada ante el descubrimiento de la castración de los otros. A partir de ahí los movimientos que emprende el niño en la realidad están motivados por su intento de restituir esa identificación. Si bien es cierto que Freud integra esas dos concepciones en una misma instancia, nombrada no obstante de dos maneras diferentes (superyó e ideal del yo) no puede menos de ser significativa tal confusión, pues muestra la mutua dependencia de estas dos instancias y el origen común del cual provienen.

Ahora bien, lo que resulta importante en mencionar es que para Freud, “el superyó se ha engendrado, sin duda, por una identificación con el arquetipo paterno” (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 55).

La incitación para formar el ideal del yo, cuya tutela se confía a la conciencia moral, partió en efecto de la influencia crítica de los padres, ahora agenciada por las voces y a la que en el curso del tiempo se sumaron los educadores, los maestros y como enjambre indeterminado e inabarcable, todas las otras personas del medio, los prójimos, la opinión pública. (Freud, 1990, Vol. XIV, p. 92).

Así pues, en “el desvalimiento y la dependencia del ser humano durante su prolongada infancia” (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 36) y en la identificación con los padres ideales como medio para anticipar y lograr el dominio corporal y psí-

quico, se tienen los momentos antecedentes o primitivos del superyó. Acorde con esto, el superyó va a ser

[...] accesible, sin duda, a todos los influjos que puedan sobrevenir más tarde; no obstante, conserva a lo largo de la vida su carácter de origen, proveniente del complejo paterno: la facultad de contraponerse al yo y dominarlo [...] Así como el niño estaba compelido a obedecer a sus progenitores, de la misma manera el yo se somete al imperativo categórico de su superyó. (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 49).

El origen de la formación del superyó o ideal del yo significa, entonces, el establecimiento de un vínculo esencial:

Descender de las primeras investiduras de objeto del ello, y por tanto del complejo de Edipo, significa para el superyó algo más todavía... El superyó mantiene duradera afinidad con el ello, y puede subrogarlo frente al yo. Se sumerge profundamente en el ello, en razón de lo cual está más distanciado de la conciencia que el yo. (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 50).

Dicho en otros términos,

[...] en todas estas constelaciones, el superyó da pruebas de su independencia del yo consciente y de sus íntimos vínculos con el ello inconsciente. (Sin embargo) [...] el superyó no puede desmentir que proviene también de lo oído, es sin duda una parte del yo y permanece accesible a la conciencia desde esas representaciones-palabra (conceptos-abstracciones), pero la energía de investidura no le es aportada a estos contenidos del superyó por la percepción auditiva, la instrucción, la lectura, sino que la aportan las fuentes del ello. (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 53).

¿Qué revela, entonces, la íntima relación entre el superyó y el ello? Que ley y deseo no son mutuamente excluyentes. Todo lo contrario. La ley, en cuanto norma, lejos de ser la antagonista del deseo es su guardián. En otras palabras, la ley vela por la defensa del deseo no por su renuncia.

Situemos esta problemática de otro modo: ¿por qué el niño acata las prohibiciones parentales? ¿Por la evidente superioridad de fuerzas a favor de los progenitores? ¿Por evitar el dolor físico que implica el castigo? No. Obedece porque está cautivo de un deseo que parte de sí mismo: el de querer ser amado por sus padres.

El influjo de los progenitores rige al niño otorgándole pruebas de amor y amenazándolo con castigos que atestiguan la pérdida de amor y no pueden menos que temerse a sí mismos. Esta angustia realista es la precursora de la posterior angustia moral; mientras gobierna no hace falta hablar de superyó ni de conciencia moral. (Freud, 1990, Vol. XXII, p. 57).

De tal manera, el castigo que le infligen los padres al infante tiene para este último el sentido de una amenaza de la pérdida de amor que le prodigan. Vale decir, de una amenaza de castración.

[...] si nos preguntamos por qué el yo teme al superyó, se impone la concepción de que el castigo de este es un eco del castigo de castración. Así como el superyó es el padre que devino apersonal, la angustia frente a la castración con que este amenaza se ha trasmudado en una angustia de la conciencia moral. Pero esa angustia está encubierta; el yo se sustrae de ella ejecutando, obediente, los mandamientos, preceptos y acciones expiatorias que le son impuestos. (Freud, 1990, Vol. XX, p. 122).

Así, pues, tras cada norma introyectada se halla un deseo que llama por realizarse; o mejor, donde hay una regla hay un ideal por alcanzar, hay una identificación perdida que se intenta volver a alcanzar. Las reglas y prohibiciones pretenden ser, entonces, el medio que conduce al ideal en el que el deseo se vería por fin realizado. El deseo es el factor dinámico, la fuerza invisible que permite explicar una curiosa contradicción que se presenta en la realidad.

[...] el superyó [...] toma sobre sí el poder, la operación y hasta los medios de la instancia parental, no es solo el sucesor de ella, sino de hecho su legítimo heredero... (Sin embargo, es de notar que puede haber) una discordancia entre ambos. El superyó, en una elección unilateral, parece haber tomado solo el rigor y la severidad de los padres, su función prohibidora y punitiva, en tanto que su amorosa tutela no encuentra recepción ni continuación algunas. Si los padres ejercieron de hecho un severo gobierno, creemos lógico hallar que también en el niño se ha desarrollado un superyó severo, pero la experiencia enseña, contra nuestra expectativa, que el superyó puede adquirir ese mismo carácter de rigor despiadado aunque la educación fuera indulgente y benévola, y evitara en lo posible amenazas y castigos. (Freud, 1990, Vol. XXII, p. 58).

Ahora bien, lo que no deja de ser curioso en todo este asunto es que se genera una paradoja en la problemática de la ley. La ley, gracias a la cual el “narcisismo primario” es perdido, conlleva la íntima promesa de restituirla con posterioridad. Tal paradoja se vislumbra mejor en el hecho de que quienes están más dispuestos a hacer renuncias narcisistas, más narcisistas se tornan. Dicho de otra manera, quienes más intentan actuar de acuerdo con la ley, más se sitúan por fuera de ella. Y es que según Lacan, solo hay un único modo de pensar la adecuación íntegra a la ley: la locura. No es, entonces, difícil concluir que tras dicho intento se pretende negar la ley; esto es, borrar la distinción básica que ella instituye: la diferencia de los sexos. Entre el frecuente violador de las normas y el vehemente e implacable defensor de ellas no habría, entonces, distinción alguna, ya que ambos serían actores “por fuera de la ley”. Las reglas tienen también sus reglas, su punto de no aplicabilidad, su límite; en resumidas cuentas, su falta, que es

lo que “el rey que se cree rey” (según la expresión de Lacan) pretende negar en su locura. Por eso, el rebelde y el inflexible conservador del orden institucional terminan por ser dos imágenes disímiles de una misma problemática. Esta igualdad se corrobora en la curiosa experiencia de que quienes acostumbran ir en contra de las normas suelen convertirse en sus más férreos seguidores y capaces de los mayores extremos en procura de “hacer respetar” el orden institucional.

De modo que la ley es para Freud una dimensión que trasciende las normas y las prohibiciones. En lo esencial, remite a la cuestión de la falta; falta que demostró en la trama edípica al señalar que esta se instituye a partir de una doble destitución: la materna y la paterna. La materna se patentiza al descubrir que es ubicándose como ser en falta con respecto a su hijo que permite que el padre tenga el papel de interdictor. Igualmente, coligió que es por situarse el padre como ser en falta, como él permite que el niño internalice los preceptos normativos de su cultura. Es decir, al mostrarse el padre sometido a las mismas regulaciones que este pregona al caer él de su lugar de ideal, hace que el niño disponga de la posibilidad de introyectar los requerimientos de su sociedad. La asunción de la ley demanda, entonces, el abandono de la posición de sumisión hacia el poder paterno.

Freud ejemplificó esta demanda a través del mítico asesinato del padre llevado a cabo en una horda primitiva. Antes de la eliminación del padre las reglas eran respetadas tan solo porque él con su fuerza y poder intimidaba a todo eventual infractor. Freud asegura que con el asesinato del padre, su poder se acrecienta desproporcionadamente: él es ahora parte integrante de la conciencia de todos los integrantes de la horda y desde ahí vela por el estricto cumplimiento de las estipulaciones formuladas antes de su muerte. El padre además de odiado era también amado y ese amor fue el originó el sentimiento de culpa que alimentó la incipiente capacidad de autoinhibición. De ahí que resulte comprensible la afirmación de Kierkegaard: Dios es quien sostiene y fundamenta el yo a través de la conciencia del pecado. Existir es tener conciencia del pecado, la eliminación del padre es, pues, la condición *sine qua non* para que el niño haga parte de sí las prohibiciones culturales.

Para Freud esa condición no la logran cumplir los delincuentes. Después de cada intento de estos en ese sentido, la palabra paterna no muestra su bondad; no es una palabra apaciguadora que posibilita el acuerdo fraterno como en el mito freudiano de la horda primitiva. La palabra paterna en los delincuentes retorna como palabra que agrede y recrimina. Es persecutora; viven, entonces, dominados por un intenso sentimiento de culpa que los induce a cometer ac-

ciones que puedan ser drásticamente castigadas. En últimas, son personas que solo encuentran alivio para su alma en el castigo; o peor aun, en la muerte. El crimen sí paga después de todo, y paga con el castigo que sobreviene tras la infracción. Por consiguiente, frente a un padre no destituido de su idealidad, frente a un padre que evoca a Dios o al diablo, frente a “la representación de una personalidad muy poderosa y peligrosa... solo (puede) adoptarse una actitud pasiva-masquista (resignando) la propia voluntad (por parecer) una osada empresa estar a solas con ella, ‘sostener la mirada’” (Freud, 1990, Vol. XVIII, p. 121).

En consecuencia, lo que Freud en su discusión del asunto ha hecho patente es que la voz de la conciencia, más que ser el eco de la voz de los padres, de los profesores, de la “multitud innombrada” o de todo aquello que ha representado autoridad, es la voz de los deseos personales más intensos que claman por satisfacerse.

CAPÍTULO V
El determinismo
epistémico

Freud y la *ratio* cartesiana

Ratio es el término latino que designa las competencias intelectivas que el hombre posee. Este término, utilizado con cierta frecuencia por Freud, se traduce como la razón. Considerada casi desde siempre como el *arje* propio del ser humano, esto es, como el criterio fundamental que permite diferenciar al hombre de los demás seres vivos, no obstante ha sido objeto de diversas conceptualizaciones a lo largo de la historia filosófica occidental. Así, por ejemplo, en los antiguos la razón fue concebida como equivalente a la facultad intelectiva, esto es, a la facultad que permite conocer y tener plena conciencia de la realidad y sus leyes. Esta forma de *ratio* vista desde la perspectiva de la modernidad, se caracteriza por carecer de un elemento primordial: la voluntad. En otras palabras, la antigüedad expresaba el supuesto de que la verdad manifiesta era de tal fuerza que una vez revelada cualquier individuo actuaría conforme a lo que ella establecía. Se pregonaba, entonces, la identidad entre saber y elegir; es decir, el conocimiento del bien con el actuar. Y aun en el caso del llamado incontinente, se afirmaba que la guía de sus acciones estaba también puesta en el bien, solo que la ignorancia del cual era víctima no le permitía discernir entre el bien verdadero y el bien falso. En síntesis, la *ratio* de los antiguos puede caracterizarse como restringida al campo de un yo-consciencia.

Ahora bien, los inicios de la modernidad significaron la liberación de la voluntad de las restricciones del intelecto. El saber en un filósofo como Descartes, no se prolongaba necesariamente en el hacer; el individuo siempre tenía la posibilidad de adoptar o no una resolución aun cuando supiera que esa era la correcta. Siendo, pues, la voluntad y el intelecto dos facultades distintas, el hombre buscaba el conocimiento de la realidad o del bien, con el propósito de hacerse a otra opción en su vida. La *ratio* cartesiana promulgaba, entonces, un hombre definible en los términos de un yo-consciencia-voluntad. Es decir, un ser cuyo precepto primordial es el “conocer para decidir”. Precepto que por cierto dio la posibilidad de que el individuo pudiera definirse como moralmente responsable de sus acciones. Es en consecuencia, el modelo de *ratio* que se promueve cuando la responsabilidad es la temática en discusión.

Ante la alternativa que supone los dos modelos, cabe con respecto a la obra freudiana formular esta pregunta: ¿es este el modelo de racionalidad que defendió Freud; o por el contrario; supuso un retorno a la visión antigua de la razón?

En un primer momento puede resultar un poco extraño tratar de determinar si las tesis producidas por Freud fueron moldeadas en una matriz similar a la matriz

en la que fueron formuladas las de los antiguos. Podría pensarse que un punto de partida obvio para un autor de la época actual estaría necesariamente en las propuestas hechas por Descartes. Es decir, parecería imposible suponer que haya algún escritor actual que no conjeture la voluntad en todo hombre. Luego, más bien sería de esperar que los contemporáneos cuestionaran a la conciencia y plantearan la pregunta de si en el ser humano operan o no procesos inconscientes y en qué medida. Sin embargo, precisamente las ideas desarrolladas por Freud han sido consideradas como guiadas ampliamente por el modelo de los antiguos. Es decir, se expresa el supuesto de que la cura de los síntomas de un paciente se logra en el momento mismo en que la verdad es revelada. Entonces, si con rapidez se tiene noticia de ella, el terapeuta estará en el deber de ahorrarle al aquejado tiempo y sufrimiento mostrándole su verdad. En palabras de Freud: “¿No padece el enfermo a causa de su no saber y de su no comprender y no es un deber hacerlo sapiente lo más pronto posible, vale decir, cuando el médico lo deviene?” (Freud, 1990, Vol. XII, p. 141).

Una respuesta afirmativa a esta pregunta solo es posible a condición de desconocer el fenómeno volitivo en el individuo, esto es, si no se presupone que en la etiología de la enfermedad psíquica pueda subyacer un “no querer saber” o un “no querer reconocer”. El procedimiento de expresar abiertamente lo hallado por el médico sin miramientos de ninguna clase y con la mayor rapidez del caso, pasa, entonces, a considerarse desde este punto de vista como el acto terapéutico por excelencia.

Lo que fundamentalmente se ha invocado para pensar la teoría de Sigmund Freud como encauzada por lo que llamamos la *ratio* de los antiguos concierne a ciertas fórmulas expresadas en los momentos iniciales de la formación del psicoanálisis. Durante esa época, la práctica clínica se desarrollaba con el auxilio que brindaba el método psicoterapéutico improvisado por Joseph Breuer. El uso del método catártico se justificaba, ciertamente, por la clase de comprensión que Freud había logrado de la enfermedad psíquica.

El procedimiento catártico tenía por condición que el paciente fuese susceptible de hipnosis y se basaba en la ampliación de la conciencia que sobreviene en ese estado. Su meta era eliminar los síntomas patológicos, y la alcanzaba haciendo retroceder al paciente hasta el estado psíquico en que el síntoma se había presentado por primera vez. Entonces emergían en el enfermo hipnotizado recuerdos, pensamientos e impulsos hasta entonces ausentes de su conciencia. Y tan pronto como, presa de intensas manifestaciones afectivas, comunicaba al médico estos procesos anímicos suyos, el síntoma quedaba superado y no retornaba más. (Freud, 1990, Vol. VII, p. 237).

La base de la enfermedad era, entonces, atribuida a la presencia en el sujeto de una amnesia que debía ser combatida con todos los medios que resultaran necesarios:

[...] en los tiempos iniciales de la técnica analítica atribuíamos elevado valor, en una actitud de pensamiento intelectualista al saber del enfermo sobre lo olvidado por él, y apenas distinguíamos entre nuestro saber y el suyo. Considerábamos una particular suerte obtener de otras personas información sobre el trauma infantil olvidado...; y nos apresurábamos a poner en conocimiento del enfermo la noticia y las pruebas de su exactitud, con la segura expectativa de llevar así neurosis y tratamiento a un rápido final. (Freud, 1990, Vol. XII, p. 142).

Desde esta perspectiva, la sugestión hipnótica sin duda parecía ser un método privilegiado para los fines curativos que se buscaban. La hipnosis inicialmente adoptada como una forma mejorada de la intervención sugestiva,* luego de integrarse en el contexto teórico formulado por Breuer, tenía el sentido de un procedimiento que permitía el acceso directo a los recuerdos traumáticos. Estos recuerdos, imposibles de evocar directamente, producían efectos patógenos por no estar sometidos al desgaste normal de toda representación contenida en la memoria. De tal manera, era consecuente pensar que solo tras conducírselas a la luz de la conciencia esas partes de la vida anímica agazapadas en la oscuridad, dejarían de provocar disturbios en el sujeto; es decir, la anhelada cura advendría.

A pesar de que Freud muy pronto abandonó la práctica de la hipnosis y la sustituyó por otras técnicas, el motivo por el cual fue justificada tal sustitución dio razones para creer que la asociación libre era sin más un método de intervención que permitía superar las dificultades de la hipnosis: las de no poder lograr la hipnotización de algunas personas y en esa medida la de no poder acceder al recuerdo traumático. “La hipnosis pronto empezó a desagradarme como un recurso tornadizo y por así decir místico; y cuando hice la experiencia de que a pesar de todos mis empeños solo conseguía poner en el estado hipnótico a una fracción de mis enfermos, me resolví a resignar la hipnosis” (Freud, 1990, Vol. XX, p. 19).

Ahora bien, si la asociación libre es la técnica desarrollada con el fin de asegurar la eficacia del procedimiento en un número irrestricto de enfermos, ¿por qué

* Como se recordará, la intervención sugestiva consistía básicamente en el intento del médico de convencer al paciente de la falsedad de sus síntomas. Además de procurar el convencimiento del enfermo al respecto, se ofrecían también algunas recomendaciones que eventualmente podían ayudar para el mejoramiento de la salud psíquica.

no hacer uso de la hipnosis cuando esta se muestra eficaz en algunos pacientes? Esta fue la consigna que adoptaron otros psicoterapeutas.

El éxito práctico del método catártico era notable. Los defectos que se le notaron más tarde eran los de cualquier tratamiento hipnótico. Todavía hay cierto número de psicoterapeutas que siguen empleando la catarsis en el sentido de Breuer, y suelen alabarla. En manos de Simmel (1918) ha vuelto a acreditarse como procedimiento terapéutico breve durante la reciente guerra mundial, en el tratamiento de los neuróticos de guerra del ejército alemán. (Freud, 1990, Vo. XX, p. 22).

Toda la conceptualización de la neurosis se redujo de este modo a un asunto de represión, lo que hacía justificable por demás cualquier intento por abreviar la duración de los análisis.

Un intento particularmente enérgico en esta dirección fue el que hizo Otto Rank basándose en su libro El trauma del nacimiento (1924). Supuso que el acto del nacimiento era la genuina fuente de la neurosis, pues conllevaba la posibilidad de que la “fijación primordial” a la madre no se superaba y prosiguiera como “represión primordial”. Mediante el trámite analítico emprendido con posteridad de ese trauma primordial, Rank esperaba eliminar la neurosis íntegra de suerte que una piccita de trabajo analítico ahorrara todo el resto. Unos pocos meses bastarían para esa operación [...] No se ha sabido mucho de lo conseguido con la ejecución del plan de Rank para casos patológicos. No más, probablemente, de lo que conseguiría el cuerpo de bomberos si para apagar el incendio de una casa, provocado por el vuelco de una lámpara de petróleo, se conformara con retirar esta de la habitación donde nació el incendio [...] Hoy, la teoría y la práctica del intento de Rank pertenecen al pasado... (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 219).

Aunque Freud consideraba como parte del pasado el intento de Rank y otros similares, no obstante es fácil corroborar que hasta hoy en día subsiste la activa promoción de terapias que prometen con unas pocas sesiones sacar a la luz lo reprimido y lograr así la anhelada cura de la enfermedad. En alguna medida es el espectro de la *ratio* de los antiguos el que retorna en estas pretensiones que hacen que lo inconsciente se reduzca a ser simple y llanamente la serie de contenidos que no tiene acceso a la conciencia, es decir, lo reprimido.

Lo inconsciente, mucho más que lo reprimido

Ahora bien, en la línea de pensamiento establecido por Freud el punto esencial –punto esbozado casi desde los inicios mismos del teorizar psicoanalítico– es que el inconsciente no se agota en lo reprimido; también remite a lo represor:

[...] nuestro interés no se dirige al papel patógeno de los mecanismos de defensa; queremos indagar cómo influye sobre nuestro empeño terapéutico la alteración del yo que les corresponde [...] lo esencial respecto de esto es que el analizado repite tales modos de reacción aun durante el trabajo analítico, lo muestra a nuestros ojos, por así decir [...] No queremos decir con esto que imposibiliten el análisis. Más bien, conforman una mitad de nuestra tarea analítica. La otra, la que el análisis abordó primero en su historia temprana, es el descubrimiento de lo escondido en el ello. Durante el tratamiento, nuestro empeño terapéutico oscila en continuo péndulo entre un pequeño fragmento del análisis del ello y otro del análisis del yo. En un caso queremos hacer consciente algo del ello; en el otro corregir algo en el yo. Y el hecho decisivo es que los mecanismos de defensa frente a antiguos peligros retoman en la cura como resistencias al restablecimiento, se desemboca en esto: que la curación misma es tratada por el yo como un peligro nuevo. (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 240).

Dicho en otros términos:

El efecto terapéutico se liga con el hacer consciente lo reprimido –en el sentido más lato– en el interior del ello; preparamos el camino a este hacer consciente mediante interpretaciones y construcciones, pero habremos interpretado solo para nosotros, no para el analizado, mientras el yo se aferra al defender anterior, mientras no resigne las resistencias. Ahora bien, estas resistencias, aunque pertenecientes al yo, son empero inconscientes y en cierto sentido están segregadas dentro del yo [...] Así pues, existe realmente una resistencia a la puesta en descubierto de las resistencias, y los mecanismos de defensa merecen realmente el nombre con que se los designó al comienzo, antes de ser investigados con precisión; son resistencias no solo contra el hacer-consciente los contenidos-ello, sino también contra el análisis en general y, por ende, contra la curación. (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 241).

Acorde con esto, habrá de observarse que es el yo la instancia psíquica en la cual mejor se hace manifiesta la escisión estructural.

La única oposición admisible es la que media entre consciente e inconsciente pero sería un grave error creer que esa oposición coincide con la división entre el yo y el ello. En verdad sería maravilloso que fuera tan simple, pues nuestra teoría tendría una fácil tarea; pero las cosas no son tan simples. Lo único correcto es que todo lo que ocurre en el ello es y permanece inconsciente, y que los procesos que acontecen en el interior del yo pueden devenir conscientes (solo ellos). Pero no todos ellos, no siempre ni necesariamente, y grandes sectores del yo pueden permanecer inconscientes de manera duradera. (Freud, 1990, Vol. XX, p. 185).

El yo, pues, no está limitado a ser la instancia de la psique encargada del sistema percepción-conciencia. No es su único precepto procurar la adecuación del individuo a la realidad. Bajo su encargo también actúan los mecanismos de

defensa. Es decir, los procedimientos defensivos que procuran mantener alejadas de la conciencia las representaciones generadoras de angustia. Los mecanismos de defensa se constituyen, según Freud, en el soporte o fundamento de las manifestaciones sintomáticas del individuo. Estas, a pesar de provenir del yo, no operan al modo como funcionan los propósitos conscientes, pues como bien él lo había señalado, “de procesos conscientes, no se forman síntomas” (Freud, 1990, Vol. XVI, p. 256). Entonces el yo solo puede actuar, para tener éxito en sus pretensiones si procede subrepticamente. El descubrimiento de ese lado oscuro del yo le permitió a Freud advertir que en el individuo se daba el no querer saber, o el no querer admitir la verdad de su ser. Sin embargo, será la otra fracción del yo, esto es, la constituida según los parámetros de la conciencia, la que proporcionará la motivación para emprender la cura. “El motor más directo de la terapia es el padecer del paciente y el deseo, que de ahí se engendra, de sanar” (Freud, 1990, Vol. XII, p. 143).

De tal manera, solo cuando se logró ir más allá de lo que se presentaba a la conciencia como padecimiento, salieron a la luz las enormes satisfacciones que daban a los individuos sus síntomas.

Cuando emprendemos el restablecimiento de un enfermo para liberarlo de sus síntomas patológicos, él nos opone una fuerte, una tenaz resistencia, que se mantiene durante todo el tratamiento. Es este un hecho demasiado extraño [...] Piensen un poco: el enfermo, a quien sus síntomas hacen penar tanto, y ve sufrir también a sus parientes, [...] que se empeña en vencerse a sí mismo para liberarse de ellos... ¿Se rebelaría acaso contra su auxiliador en beneficio de su enfermedad? ¡Cuán inverosímil tiene que sonar esta aseveración! No obstante, así es; [...] Ahora bien, ¿de qué manera explicamos esta observación, a saber, que el enfermo se defiende con tanta energía contra la eliminación de sus síntomas y el restablecimiento de un discurrir normal en sus procesos anímicos? [...] En la formación del síntoma tiene que haber ocurrido algo que ahora podemos reconstruir por las experiencias que hacemos en su solución. Ya desde la observación de Breuer lo sabemos: [...] Debe de haberse producido una violenta renuencia a que el proceso anímico cuestionado penetrase hasta la conciencia; por eso permaneció inconsciente. Y en cuanto inconsciente tuvo el poder de formar un síntoma. Esa misma renuencia se opone durante la cura analítica al esfuerzo por volver a transportar lo inconsciente a lo consciente. Esto es lo que sentimos como resistencia. El proceso patógeno que la resistencia nos revela ha de recibir el nombre de represión”. (Freud, 1990, Vol. XII, p. 269).

La corroboración de la participación del yo en el proceso sintomático demostró, entonces, cuán comprometido estaba el individuo con su padecer. Circunstancia que Freud había colegido desde sus primeras teorizaciones, tal como se demuestra

en especial por la reiterada frecuencia con que él acompañaba el concepto de represión con vocablos que remitían a consideraciones de intención.

En algunas de sus apariciones [...] el verbo “reprimir” iba acompañado, como aquí, por un adverbio con el sentido de “adrede”, “intencionalmente” (absichtlich, willkürlich). Freud explicita esto en uno de sus escritos, al aseverar que el acto de la represión “es introducido por un empeño voluntario, cuyo motivo es posible señalar”. Así pues, la palabra “intencionalmente” no hace sino indicar la existencia de un motivo, y no implica que haya una intención consciente. (Strachey, “Prólogo de Sigmund Freud”, 1990, Vol. II, “Estudios sobre la histeria”, p. 36, Nota 9).

Y gracias a eso, a la participación del yo en el proceso de formación y sostenimiento de la afección psíquica, fue posible que él juzgara los síntomas como susceptibles de interpretación. Dicho en otros términos, fue la observación de los reiterativos esfuerzos del individuo por alejar de su conciencia ciertos recuerdos particulares la que brindó la posibilidad de revelar intenciones y sentidos en las enfermedades anímicas. “El sentido de los síntomas es por regla general inconsciente [...] Toda vez que tropezamos con un síntoma tenemos derecho a inferir que existen en el enfermo determinados procesos inconscientes que, justamente, contienen el sentido del síntoma” (Freud, 1990, Vol. XVI, p. 257).

No obstante, cabe agregar que en torno a la cuestión del sentido de los síntomas Freud además especificó el origen del cual estos provenían. Es decir, también subrayó los elementos o recuerdos que habían conducido al individuo a tomar medidas defensivas. De este modo, Freud aseguraría que son dos los aspectos constituyentes del sentido o significado de los síntomas:

[...] su “desde donde” y su “hacia donde” o para qué. Es decir, las impresiones y vivencias de las que arranca, y los propósitos a que sirve. El “desde donde” de un síntoma se resuelve, pues, en impresiones venidas del exterior, que necesariamente fueron una vez conscientes y después pueden haber pasado a ser inconscientes por olvido. El “para qué” del síntoma, su tendencia, es todas las veces, empero, un proceso endopsíquico que puede haber devenido consciente al principio, pero también puede no haber sido consciente nunca y haber permanecido desde siempre en el inconsciente... El “hacia donde”, la tendencia del síntoma, que desde el comienzo puede haber sido inconsciente, es lo que funda su dependencia respecto del inconsciente. (Freud, 1990, Vol. XVI, p. 260).

Ese “hacia donde” es traducido en los términos de unos beneficios obtenidos por el sujeto al adoptar una posición defensiva hacia una representación inconciliable. Los primeros de esos beneficios corresponden a los móviles que fundan la enfermedad: mantener alejada de la conciencia a un recuerdo que posee la

facultad de producir dolor anímico. Sin embargo, este no es el único beneficio que puede ofrecer la afección psíquica. Como Freud bien lo señaló en el caso Dora, una serie de beneficios secundarios se le añan al primario en un intento del yo por hacer parte de sí un complejo representacional que lo habita al modo de una partícula ajena.

Ahora vuelvo al reproche de “simulación” de enfermedades que Dora hacía a su padre... tuve que llamar la atención de la paciente sobre el hecho de que su actual enfermedad respondía a motivos y era tendenciosa tanto como la de la señora K., que ella había comprendido [...] no había duda de que ella tenía en vista un fin que esperaba alcanzar mediante su enfermedad. Ahora bien, este no podía ser otro que el de hacer que el padre se alejase de la señora K. Mediante ruegos y argumentos no lo lograba; quizás esperaba alcanzarlo causando espanto al padre (véase la carta de despedida), despertando su compasión (por medio de los ataques de desmayo) y, si nada de eso servía, al menos se vengaría de él. Bien sabía cuánto apego le tenía él [...] Yo estaba plenamente convencido de que habría sanado enseguida si el padre le hubiera declarado que sacrificaba a la señora K. en bien de su salud; y esperaba que el padre no cediese, pues entonces ella conocería por experiencia el poderoso medio que tenía en sus manos, y por cierto no dejaría de servirse de sus posibilidades de enfermar en toda ocasión futura. (Freud, 1990, Vol. VII, p. 38).

Por consiguiente, en la medida en que el sentido de un síntoma implica intencionalidad de algún tipo, la dimensión volitiva del sujeto es resaltada sin importar si dicha facultad es ejercida en compañía de la conciencia. Por esto lo inconsciente dejó de definirse en términos fisiológicos a la manera como los predecesores de Freud lo habían establecido. El inconsciente freudiano no es equivalente a lo fisiológico que opera mecánica o automáticamente, puesto que bajo ese nombre Freud situó procesos que entrañaban intenciones. Y lo fisiológico, como se sabe, no remite a intencionalidad alguna más allá de la cual ella en su conjunto viene estrictamente a responder: la de preservar cierto equilibrio físicoquímico dentro del organismo; equilibrio que fenoménicamente consiste en la conservación de la vida del ser viviente. Así pues, al mostrar que la actividad inconsciente era susceptible de interpretación al haber logrado mostrar el compromiso del sujeto con algo del que parecía estar ausente, los efectos teóricos que conllevaron la adopción de esta perspectiva implicaron ante todo la ruptura con los postulados tradicionales que se habían desarrollado respecto a los fenómenos psicológicos.

(Se) dice que quiere exponer (se) una nueva psicología, pero (se creará) que la psicología no es una ciencia nueva. Harta psicología y sobrados psicólogos existieron... (con) grandes logros obtenidos en ese campo... pero si (se) examina con mayor atención, deberá clasificarlos más bien en la fisiología de los sentidos... Es evidente

que ello no basta para aprehender nuestra vida anímica... (Por ejemplo) la psicología escolar nunca pudo indicar el sentido de los sueños. No atinó a nada con el sueño, y cuando ensayó explicaciones, fueron apsicológicas: su reconducción a estímulos sensoriales a una desigual profundidad del dormir en diversas partes del cerebro, y cosas por el estilo. Pero es lícito decir que una psicología que no puede explicar el sueño es también inutilizable para la comprensión de la vida anímica normal, no tiene derecho alguno a llamarse "ciencia". (Freud, 1990, Vol. XX, p. 181).

De modo que “el psicoanálisis se ha distanciado [...] de la psicología descriptiva de la conciencia y se ha procurado un nuevo planteamiento y un nuevo contenido. De la psicología que ha imperado hasta ahora se distingue principalmente por su concepción dinámica de los procesos anímicos” (Freud, 1990, Vol. XIV, p. 169). Esta “concepción dinámica” atribuida a lo no susceptible de conciencia,* ese “inconsciente eficiente que permanece inconsciente y parece estar cortado de la conciencia” (Freud, 1990, Vol. XII, “Nota sobre el concepto de lo inconsciente en psicoanálisis”, p. 275), le permitió a Freud describir sus influencias y estructurar conceptualmente sus modos de operación, en especial en lo que concierne a los fenómenos oníricos. Ahí observó que el yo nunca descansaba aunque sí disminuía notablemente el control censorador que ejercía.** La desfiguración característica que se advertía en el contenido manifiesto del sueño en relación con el contenido latente que se alcanzaba a reconstruir tras el análisis, suministró razones para juzgar que el yo estaba eternamente vigilante y solo mediante una mudanza, un disfraz o una desfiguración de las representaciones inconscientes estas podían escapar de su control y acceder a la conciencia. Por

* No está por demás decir que esta clase de concepción de lo inconsciente ha motivado, en alguna medida, a que el inconsciente sea considerado como una especie de ente que convive a la par con el oficialmente reconocido sujeto de la conciencia. Así, se lo plantea como alguien o algo que toma decisiones, reflexiona y realiza una serie de actividades cognitivas. En palabras de Rorty (1991): “*The Sigmund Freudian unconscious does not look like something that we might usefully, to achieve certain of our purposes, describe ourselves as. It looks like somebody who is stepping into our shoes, somebody who has different purposes than we do*” (p. 146) (El inconsciente freudiano no parece como algo que nosotros podamos utilizar para alcanzar ciertos de nuestros propósitos, que nosotros mismos nos proponemos. Él parece como alguien que está parado dentro de nuestros zapatos, alguien que tiene diferentes propósitos de los que nosotros hacemos).

** Es de advertir la diferencia conceptual que allí se esboza entre la censura, por un lado y la conciencia moral o superyó por el otro. La primera remite al ejercicio que practica el yo sobre todo aquello que eventualmente pudiera ocasionar displacer. En cambio, la conciencia moral o superyó es la instancia psíquica que se opone al yo y supervisa cada una de sus realizaciones es decir, cuida de que el yo ejerza funciones como la de inhibir, censurar, actuar, etc.

lo tanto, al demostrar que el yo del enfermo encerraba mociones voluntarias (pero no conscientes) para conservar la enfermedad, Freud enmarcó estrictamente el proceder analítico dentro de las reglas que promulgan la prudencia.

Examinó este aspecto en un ensayo en el que ejemplificó un proceder en el cual era descuidado ese requerimiento. Era un caso de *análisis silvestre*:

Hace unos días se presentó en mi consultorio [...] una dama de mediana edad... que se quejaba de estados de angustia. Bastante bien conservada, era evidente que no había dado por concluida su feminidad. La ocasión del estallido de esos estados había sido su separación de su último esposo; pero indicó que la angustia se le había acrecentado mucho después de consultar a un joven médico en el suburbio en que vivía. Es que este le había dicho que la causa de su angustia era su privación sexual, que ella no podía prescindir del comercio con el varón, y por eso, solo tenía tres caminos para recuperar su salud: regresar junto a su marido, tomar un amante o satisfacerse sola. Desde entonces ella tuvo el convencimiento de que era incurable, pues no quería regresar junto a su marido, y su moral y religiosidad le vedaban los otros dos recursos. (Freud, 1990, Vol. XI, "Sobre el psicoanálisis silvestre", p. 221).

Sobre esta forma de intervención "psicoanalítica", Freud declaró lo siguiente:

Los consejos de nuestro médico dejan traslucir un [...] malentendido. Es cierto que según el psicoanálisis una insatisfacción sexual es la causa de las afecciones neuróticas. Pero, ¿no dice más? ¿Se pretende dejar de lado, por demasiado compleja, su enseñanza de que los síntomas neuróticos brotan de un conflicto entre dos poderes, entre una libido [...] y una desautorización sexual demasiado estricta o represión? Quien no olvide este último factor, [...] no podrá creer que la satisfacción sexual constituya en sí la panacea universal y confiable para los achaques de los neuróticos. En efecto, [...] si estos hombres [...] no tuvieran sus resistencias interiores, la intensidad de la pulsión les enseñaría el camino para satisfacerla aunque el médico no se los aconsejara... Si no tuviera ninguna resistencia interior al onanismo o a enredos amorosos, ya habría apelado mucho antes a uno de esos recursos. ¿O cree acaso el médico que una señora que ha pasado los cuarenta años no sabe que puede tomarse un amante, o sobrestima su influjo al punto de creer que sin dictamen médico ella nunca se atrevería a dar ese paso? (Freud, 1990, Vol. XI, p. 223).

La concepción teórica que, según Freud, subyacía al proceder de este médico, es fácilmente reconocible:

Una concepción hace mucho superada, y que se guía por una apariencia superficial, sostiene que el enfermo padece como resultado de algún tipo de ignorancia, y entonces no podría menos que sanar si esta le fuera cancelada mediante una comunicación (sobre la trama causal entre su enfermedad y su vida, sobre sus

vivencias infantiles, etc.). Pero el factor patógeno no es este no-saber en sí mismo, sino el fundamento del no-saber en unas resistencias interiores que primero lo generaron y ahora lo mantienen [...] Si el saber sobre lo inconsciente tuviera para los enfermos una importancia tan grande como creen quienes desconocen el psicoanálisis, aquellos sanarían con solo asistir a unas conferencias o leer unos libros. (Freud, 1990, Vol. XI, p. 225).

El olvido de tan elemental precepto por parte del médico traía, según la experiencia de Freud, consecuencias que en la mayoría de los casos no eran las que el terapeuta esperaba y que por el contrario solían conllevar la pérdida de la confianza en el médico y la ruptura de la continuidad del tratamiento emprendido. “[...] la comunicación de lo inconsciente a los enfermos tiene por regla general la consecuencia de agudizar el conflicto en su interior y aumentar sus penurias” (Freud, 1990, Vol. XI, p. 225). Además añade: “[...] la brusca comunicación, en su primera visita al consultorio de los secretos que el médico le ha colegido es reprobable técnicamente y las más de las veces se paga con la sincera hostilidad del enfermo hacia el médico, quien así corta toda posibilidad de ulterior influjo” (Freud, 1990, Vol. XI, p. 226). La comunicación del contenido inconsciente requeriría, pues, la estricta sujeción del terapeuta a dos condiciones indispensables. “En primer lugar; que el enfermo haya sido preparado y él mismo ya esté cerca de lo reprimido por él; y en segundo lugar, que su apego al médico (transferencia) haya llegado al punto en que el vínculo afectivo con él, le imposibilite una nueva fuga” (Freud, 1990, Vol. XI, p. 225).

En otros términos, Freud establece los dos preceptos necesarios para comunicar al enfermo las interpretaciones colegidas a partir del material asociado, fuera del más elemental y obvio requerimiento de saber cómo decirlo, el de determinar si el enfermo está lo suficientemente cerca del esclarecimiento de un punto nodal de su neurosis, e igualmente que la neurosis transferencial, desde luego de prevalencia positiva, esté desarrollada. Estos preceptos, en especial el último, son los que para Freud permiten sustituir el “tacto médico”, que tenía la finalidad de ganarse la buena disposición del paciente hacia el facultativo y su tratamiento, pues desde mucho tiempo atrás ya se había observado que cuando los enfermos guardaban alguna inquina contra el médico usualmente fracasaban los intentos de curación. “Solo cumplidas estas condiciones se vuelve posible discernir y dominar las resistencias que llevaron a la represión y al no-saber [...] Mediante estos preceptos técnicos bien determinados, el psicoanálisis sustituye al inasible ‘tacto médico’, en el que se pretende ver un don particular” (Freud, 1990, Vol. XI, p. 226).

En tal sentido, hay que entonces:

[...] mantener una diferenciación estricta entre nuestro saber y el saber del paciente. Evitamos comunicarle enseguida lo que hemos colegido a menudo desde muy temprano, o comunicarle todo cuanto creemos haber colegido. Meditamos con cuidado la elección del momento en que hemos de hacerlo consabedor de una de nuestras construcciones; aguardamos hasta que nos parezca oportuno hacerlo, lo cual no siempre es fácil decidirlo como regla, posponemos el comunicar una construcción, dar el esclarecimiento hasta que el mismo se haya aproximado tanto a este que solo le reste un paso, aunque este paso es en verdad la síntesis decisiva. Si procediéramos de otro modo, si lo asaltáramos con nuestras interpretaciones antes que él estuviera preparado, la comunicación sería infecunda o bien provocaría un violento estallido de resistencia, que estorbaría la continuación del trabajo o aún lo haría peligrar. (Freud, 1990, Vol. XXIII, p. 178).

Este aspecto subrayado por Freud fue objeto después de una formulación en la que resumió su posición: “(es) preciso quitar el saber como tal el significado que se (pretende) para el, y poner el acento sobre las resistencias que en su tiempo habían sido la causa del no saber y ahora estaban apuradas para protegerlo” (Freud, 1990, Vol. XII, p. 142).

De modo que siendo esta la perspectiva que Freud adoptó con respecto a las afecciones nerviosas, al aspirar al final de cuentas que el individuo mediante el auxilio de la psicoterapia asuma otra postura con lo “infantil”, y al señalar igualmente que el sujeto se muestra más ignorante del estado de las cosas cuanto más comprometido está con ellas, con toda lógica es posible concluir que lo que él pretendió fue contribuir a la lucha del hombre contra ese mismo determinismo que precisamente le habían endilgado. Y su magna contribución consistió, quizás, en haber descubierto la única manera en que el ser humano puede llegar a ser libre: ser con lo que se es y no ser con lo que no se es. Porque si esto último es lo que pretende el neurótico, Freud le objeta lo siguiente: “Está por verse si llegará en la vida a algo más que a la hipocresía o a la inhibición quien no satisfecho con ello pretenda ser ‘mejor’ de lo que ha sido creado” (Freud, 1990, Vol. XIX, p. 136).

Conclusiones

El recorrido que realizamos a lo largo de la doctrina de Freud efectivamente ha mostrado que su teoría no conduce de manera alguna a consideraciones en las que la responsabilidad del ser humano por su hacer es eliminada.

Así, se señaló que el concepto de *determinismo psíquico* aboga por reconocer que en toda forma de fenómeno psíquico aun en los más ínfimos e insignificantes, existía cierta regularidad que permitía tomarles como objetos serios para la investigación científica. Es decir, que las expresiones de la psique no seguían el sendero de lo arbitrario y lo caprichoso; todo lo contrario, se las podía concebir como determinadas por alguna forma de regularidad que solo con la exploración amplia podía ser descubierta. Dicha regularidad por cierto, no estaba articulada según una serie de determinismos mecanicistas que muchos intérpretes de Freud le habían atribuido. Por ejemplo, se señaló que de manera alguna su teoría era subsidiaria del determinismo genético, puesto que la herencia a pesar de haber sido un factor de importancia en su ecuación etiológica de las enfermedades nerviosas, nunca fue definida como un elemento capaz de producir por sí sola las dolencias anímicas. Si ello hubiese sido así la propuesta terapéutica para los neuróticos se hubiera convertido en un imposible, pues al considerarse la herencia como el único factor etiológico para las enfermedades anímicas, se está postulando que el sujeto es determinado por una causa externa a él sobre la que no tiene control posible, y que en últimas sella la condena del individuo a las penurias de su dolencia psíquica.

Ni aun con la referencia a las pulsiones se alcanza a inscribir la doctrina psicoanalítica dentro de las teorías del *homo homini lupus*. Las pulsiones no significan la animalidad indiscutible del ser humano. Una postura opuesta es la que adopta Freud al destacar que el hombre, más que tener la posibilidad de construir destinos que trasciendan cualquier inclinación biológica, tiene en las experiencias vitales (que ponen en juego esas inclinaciones y no estas últimas *per se*) y en los modos de significación de dichas experiencias los elementos que configuran las formas particulares de su vida.

La enfermedad psíquica no es en Freud la expresión de alguna anomalía fisiológica, sea esta de los genes, de los impulsos u ocasionadas por sustancias nocivas, ya que su aparato psíquico, lejos de ser la máquina mental que algunos describen fue instituido como una estructura que además de evaluar sus propios procesos podía establecer sus propios fines. Intencional, sintética, autorretroalimentable, susceptible al sentido; en fin, posee todos los matices de la subjetividad y no del mecanicismo. Así, pues, de su doctrina se concluye que los seres humanos no son seres pasivamente moldeados según los abusos, seducciones, errores, limitaciones e imposiciones que la naturaleza y otros activamente efectuaron. Los sucesos traumáticos en sí mismos o las alteraciones fisiológicas no son el factor etiológico que Freud propone. Lo que puso de relieve fueron los nudos de significación que implicaban esos hechos, cuestión última en la que indudablemente el sujeto participa activamente y que por consiguiente, lo hace responsable de sus acciones y en amplia medida de sus dolencias.

En este sentido indicó que la asunción de la ley en el sujeto no se daba como resultado de un proceso de alienación basado en la evidente superioridad de fuerzas de los padres con respecto al niño. El modelo hobbesiano del *Leviathan*, lejos de ser la fórmula explicativa para comprender este asunto, es por el contrario el tipo de relación con lo legal que, a su parecer, el sujeto debe destituir para hacer parte de sí el precepto normativo. Y si el sujeto termina por acatar la regla, la voz de su conciencia, más que el mero eco de las prohibiciones parentales, es el eco de sus deseos personales más intensos que claman por satisfacerse.

Ahora bien, en el campo de la ética (la filosofía moral) delimitado por las doctrinas de Aristóteles y de Kant, ¿dónde se sitúa Freud? Es poskantiano (cronológicamente), pero, ¿rompe con Kant? ¿Lo sigue? ¿Es un retorno a Aristóteles? ¿Regirá la episteme antigua (anacrónicamente)? Más bien Freud sitúa al sujeto como lo que no tiene cabida en una ética nomológica como la kantiana y muestra que el sujeto moral se halla en un delicado equilibrio entre el *telos* (la búsqueda de su bien singular) y el *nomos*, la regularidad de las leyes universales.

Dicho en otros términos, es el sujeto con su padecimiento neurótico el que revela la imposibilidad de una moral universal y que muestra que la elección ética individual es la única forma de realizarse como lo que es, sin sucumbir en la homogeneización normalizadora.

El análisis es una operación ética en la que se pretende que el sujeto obre por sí mismo en busca de su bien. La paradoja de esta operación consiste en que buscar ser mejor es buscar la manera de aceptarse como se es. En última instancia, nuevamente es el decir de los antiguos el que probó en la doctrina

psicoanalítica su enorme sabiduría: “Llega a ser tal como eres” (Lacan, 1988, p. 168). En síntesis, la magna contribución que realizó Freud al conocimiento del ser humano es haber redescubierto o reactualizado un precepto ético griego: la única manera que tiene el ser humano de ser libre, de estar más allá de todo determinante exterior, es, paradójicamente, procurando ser fiel a sí mismo. El rescate del hombre en su particularidad individual, en su idiosincrasia, es al final de cuentas lo que el autor del psicoanálisis pregona.

Bibliografía

- ABBAGNANO, Nicola (1963). *Diccionario de filosofía*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ARISTÓTELES (1981). *Ética nicomaquea*. Medellín: Editorial Bedout.
- AULAGNIER, Piera (1993). *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- BERCHERIE, Paul (1988). *Génesis de los conceptos freudianos*. Argentina: Paidós.
- BERNSTEIN, Richard (1971). *Praxis y acción*. Madrid: Editorial.
- BREUER (1990). En: “Estudios sobre la histeria” *Obras completas de Sigmund Freud*.
- DESCARTES, René (1977). *Meditaciones metafísicas*. España: Ediciones Alfaguara.
- _____. *Correspondencia. Carta 9 de febrero de 1645*.
- _____. *Correspondencia. Carta a Mesland*. Mayo 2 de 1644.
- Diccionario Enciclopédico Espasa (1985). Madrid: Editorial Espasa-Calpe.
- FERRETER MORA, José (1988). *Diccionario de filosofía*. Madrid: Editorial.
- FOUCAULT, Michael (1970). *Vigilar y castigar*. México: Siglo XXI.
- FREUD, Sigmund (1990). *Obras completas*. Argentina: Amorrortu Editores.
- FROMM, Erich (1968). *Miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós.
- GALENDE, Emiliano (1992). *Historia y repetición. Temporalidad subjetiva y actual modernidad*. 1ª. edición. Buenos: Paidós.
- Gran Enciclopedia Larousse (1971).

- HOBBS, Thomas (1983). *Leviathan*. Madrid: Editora Nacional.
- KENNETH, Levin (1978). *Sigmund Freud's early psychology of the neuroses*. University of Pittsburg Press.
- JONES, Ernest (1985). *Freud*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- LACAN, Jacques (1988). *Escritos I*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- _____ (1994). *Los complejos familiares en la formación del individuo*. Texto de circulación universitaria. Traducción María C. Tenorio. Escuela de psicología. Universidad del Valle.
- LAPLANCHE, Jean y PONTALIS, Jean (1981). *Diccionario de psicoanálisis*. 3ª. edición. Barcelona: Editorial Labor.
- LEVIN, Kenneth (1978). *Freud's early psychology of the neuroses*. University of Pittsburgh Press.
- RABINOVICH, Diana (1988). *El concepto de objeto en la teoría psicoanalítica*. Argentina: Editorial Manatíal.
- ROBER, Marthe (1996). *La revolución psicoanalítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- RORTY (1991). *Sigmund Freud and moral reflection*. Cambridge University Press.
- SAFOUAN (1982). *El ser y el placer*. Barcelona: Ediciones Peter.
- SALCEDO, Marco Alexis (2010). "El aparato psíquico freudiano: ¿una maquina mental?" En: *Revista de Psicología Gepu*. Universidad del Valle. Numero 2, julio 2010.
- _____ (2010). "El determinismo en el psicoanálisis". *Revista Psicología CES*, Medellín, Colombia. Volumen 3 - Número 1, enero-junio 2010
- _____ (2010). "La dimensión económica en la metapsicología freudiana: un constructo teórico mecanicista". En: *Perspectiva. Temas de interés universitario*. Universidad del Valle, sede Palmira, julio 2011.
- _____ (2010). "La influencia de los otros y la responsabilidad del sujeto en su síntoma". En: *Psicoanálisis y el hospital*. Noviembre de 2010. Vol 38. Buenos Aires, Argentina.

- SAPHOUAN, Moustafa (1982). *El ser y el placer*. Barcelona: Ediciones Peter.
- STUART, Mill John (1917). *Sistema de lógica inductiva-deductiva*. Madrid: Editorial Biblioteca Científico Filosófica.
- TORRENTE (1980). *Kant*. Buenos Aires: Editorial Charcas.
- WALLWORK, Ernest (1994). *El psicoanálisis y la ética*. México: Fondo de Cultura Económica.
- ZULETA, Estanislao (1985). *Pensamiento psicoanalítico*. Medellín: Editorial Percepción.

